

OBRAS DE SAN JUAN EUDES

**VIDA Y REINO DE JESÚS
EN LAS ALMAS CRISTIANAS**

Volumus, Domine Jesu, te regnare super nos.

EDITORIAL «SAN JUAN EUDES»
USAQUEN-BOGOTA, D.E.

1956

NIHIL OBSTAT
Theodorus Hernández F.
C.J.M.

IMPRIMI POTEST
Camillus Macias, C.J.M.
Praep. Prov.
Bogotae, die 24 Aprilis 1.956.

Bogotae, die 22 Maii, 1.956.

IMPRIMATUR:
Ludovicus Péres Hernández
Epp. Aux. Vic. Gen.

Numérisé par cotejr8@videotron.ca

SAN JUAN EUDES

**VIDA
y
REINO DE JESÚS
EN LAS ALMAS CRISTIANAS**

EDITORIAL «SAN JUAN EUDES»

USAQUEN-BOGOTÁ. D.E.

1956

PRELIMINARES

«**Mirabilis Deus in Sanctis suis**, dice la Escritura, Amirable es Dios en su Santos», Y esa afirmación es magnífica realidad, sobre todo, cuando miramos en ellos la prodigiosa multiplicidad de formas en que su celo, siempre ardentísimo, supo actuarse en la búsqueda incontenible de la gloria del Señor.

Quien serenamente estudie la vida y obras del gran Apóstol del siglo XVII, San Juan Eudes, llamado por sus contemporáneos «**la maravilla de su siglo**» no podrá no admitir que también de él vale la afirmación del Salmista: «Admirable es Dios en su Santos»... Es inconcebible cómo aquel hombre que desde los veinticinco años casi hasta los ochenta, estuvo entregado a las arduas labores de la predicación misionera llegando al extraordinario número de ciento veinte misiones de tres y cuatro meses, darse a la labor, más ardua aún, de fundar tres Comunidades religiosas, lo que ciertamente le trajo complicaciones sin cuento, envidias y persecución. Pero la admiración llega al colmo cuando sabemos que vida tan agitada no impidió al celoso Apóstol darse también al ministerio de la pluma, y que de la suya salieron, además de varias obras perdidas, doce volúmenes en 8e. con la cifra pasmosa de seis mil cuatrocientas sesenta páginas sobre los más variados temas de espiritualidad.

Ya lo constataba uno de sus primeros biógrafos, el P. Hérambourg: «Admirable es ver como un hombre tan ocupado en labores externas, predicación, confesionario, misiones... ha podido sin embargo componer tantos libros de piedad. El celo por las almas lo devoraba, y así, en procurar su salud y perfección gustoso empleaba aún las horas de reposo. Ni un momento quería perder en el servicio de su Señor. Sabido es cómo recorriendo las calles de París, mientras

VIDA Y REINO DE JESÚS

allí le mantuvieron múltiples cuidados, fue como compuso los himnos del Oficio del Corazón de Jesús y del Corazón de María ... »

Si fue grande la labor realizada por el Santo durante su vida en sus misiones extraordinarias, si fue y sigue siendo rica en frutos la ejecutada por sus Congregaciones esparcidas hoy por el mundo, ciertamente más eficaz ha sido su acción en las almas mediante sus escritos. Desgraciadamente, hasta hace poco, esa acción no podía ejercerse más que en medios franceses debido a que sus Obras no habían sido traducidas. Hace sólo diez años se dio a la prensa la traducción inglesa en una bellísima edición que pronto se agotó gracias a la favorable acogida de los medios religiosos norteamericanos.

Con la esperanza de que otro tanto suceda entre nosotros, nos proponemos ahora, bien que en forma más modesta para lograr mayor difusión dilatar el campo de apostolado del gran Santo normando poniendo su escritos alcance de los medios de habla española. Tal labor se había iniciado en España gracias al celo de un fervoroso admirador del Santo, el P. Germán Jiménez; pero éste sólo alcanzó a publicar tres de las Obras.

Con la ayuda eficaz de varios Padres Eudistas, especialmente del R.P. Luis Eduardo Uribe y del Director de nuestra Editorial San Juan Eudes, R.P. Eladio Acosta, y confiados en la asistencia del Santo nos proponemos llevar a cabo la publicación de todas sus Obras, buscando la gloria de Dios mediante el mayor conocimiento del Padre, Doctor y Apóstol del culto litúrgico a los Sagrados Corazones, reformador del clero mediante sus Instituciones y escritos sacerdotales tales, y gran Maestro de la ya bien conocida entre nosotros, Escuela francesa del siglo XV11.

La siguiente es la lista de las Obras extensas del Santo: **Vida y Reino de Jesús; Memorial de la Vida Eclesiástica; El Predicador apostólico; El buen Confesor** (estas tres obras aparecerán en un solo tomo bajo el título: El Sacerdote); **La Infancia admirable de la Madre de Dios; El Corazón admirable de la Madre de Dios.**

Esta última es la más extensa de las Obras de San Juan Eudes -tres volúmenes- y en ella dedica el último libro al Sacratísimo Corazón de Jesús. Es a manera de una Suma teológica sobre la devoción a los Sagrados Corazones y es la que le ha merecido el título en verdad glorioso de «Padre, Doctor y Apóstol del culto litúrgico a los Sagrados Corazones» con que los Pontífices romanos lo han honrado.

Escribió además el Santo las Reglas y Constituciones de su Congregaciones y una serie de Opúsculos de grande interés, como **El Contrato del hombre con Dios por el santo Bautismo; Tratado sobre el respeto debido a los lugares santos; Coloquios del alma con Dios; Meditaciones sobre la Humildad; Catecismo de la Misión, etc...**

Otras Obras escritas y no publicadas, desgraciadamente desaparecieron en la Revolución francesa, y es lástima porque parece eran de gran valor. Entre otras, nos hablan los primeros biógrafos con gran elogio de una sobre **El Oficio divino** y otra, tres tomos de **Meditaciones.**

Por lo que hace al valor doctrina y práctico de las Obras de San Juan Eudes nada mejor podemos decir que lo que de ellas en general dice el P. Angel Le Doré, por largos años Superior General de la Congregación de Jesús y María y conocedor profundo de la espiritualidad y obras del Santo Fundador: «Aunque

10 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

las Obras del P. Eudes, dice, no lleven el matiz científico de un teólogo de profesión, son, sin embargo, prueba de su notable cultura teológica, ascética y escriturística... No es él un doctor según la moda de los escolásticos del siglo XIII ó de los grandes teólogos de los siglos XVI y XVII. Como ellos, pudo haber compuesto tesis y libros didácticos por su forma; pero ante todo fue un salvador de almas. Para él la ciencia de la teología tuvo su principal campo de utilidad en la práctica de la virtud y en la adquisición de la santidad, cuyo fundamento científico lo constituye la misma teología... El Santo fue un doctor a la manera de los Apóstoles, de los Padres de la Iglesia, de San Francisco de Sales y San Alfonso de Liguorio. La ciencia que brilla en sus Obras no sólo emite luz, sino que engendra piedad y santidad».

Un testimonio más, el del Cardenal Vives y Tuto, encargado de estudiar esas Obras en la Congregación de Ritos cuando se trató de la canonización del P. Eudes: «Conocía yo muy bien, dice el Cardenal, a los doctores de la Orden franciscana y estaba muy familiarizado con Santa Teresa y San Juan de la Cruz, los escritores místicos de España, nuestra Patria; pero desconocía completamente los escritos del P. Eudes. Como miembro de la Sagrada Congregación de Ritos fue mi deber estudiar su vida y sus obras y cuán admirado estoy! El Bienaventurado Juan Eudes debe ser colocado entre las grandes lumbreras de la Iglesia. Su doctrina espiritual es profunda y de una precisión maravillosa. Es uno de los escritores que mejor ha expuesto la doctrina del Evangelio».

Empezamos la edición castellana por la Obra **Vida y Reino de Jesús**, porque en realidad de verdad es la Primera del Santo, cronológica y doctrinariamente.

En efecto, vio la luz pública este libro en su primera edición, en 1637, cuando el Santo contaba apenas treinta y seis años y ni remotamente pensaba en dejar el Oratorio para fundar su Congregación de Jesús y María. De ahí el influjo poderoso que en su obra se nota, de los grandes Maestros de la Escuela francesa, el Cardenal de Bérulle y el P. de Condren. Y si doctrinariamente se considera la Obra, también es la primera, pues sienta en ella las bases de su espiritualidad. Sus demás Obras no son sino desarrollo y aplicación práctica de los grandes principios sentados en Vida y Reino de Jesús.

Ampliamente nos dirá el P. Lebrun en el Prólogo que sigue, cuál es el alcance y trascendencia de esta magnífica Obra. Para concluir estas breves notas preliminares queremos aducir sólo dos testimonios que por venir de fuente extraña, tienen singular significación.

Es el uno, sobre la actualidad de la Obra y es del célebre escritor norteamericano Monseñor Fulton Sheen quien prologando precisamente la edición inglesa del Reino de Jesús dice: «No deja la doctrina espiritual de San Juan Eudes de tener un muy singular realce en nuestros tiempos. El Poeta enfocaría en un espejo la naturaleza»; este Santo «enfoca a Jesús». Al hombre moderno, que está extraviado, San Juan Eudes le da a Jesús, Camino de Vida; al hombre moderno, que está desconcertado, el Santo le ofrece a Jesús como Ejemplar; y al hombre moderno, que está fracasado, el Santo le ofrece a Jesús, Prototipo de los hijos de Dios, Primogénito de las criaturas».

El segundo testimonio es de un hijo de San Ignacio, el piadoso P. Jaegher en su precioso opúsculo «Vida de identificación con Cristo: «Nada más útil en la vida espiritual que la gran doctrina de San Pablo

12 - VIDA Y REINO DE JESÚS

sobre la vida en Cristo, Cabeza del Cuerpo Místico. De esta doctrina, que San Agustín y Santo Tomás tan admirablemente habían tratado, San Juan Eudes ha hecho, más que cualquiera otro, así nos parece, el centro de su espiritualidad sublime. Nada mejor podríamos desear que ver propagarse por todas partes la espiritualidad eudista y encontrar en manos de todos el hermoso libro del **Reino de Jesús**. Si esta grandiosa doctrina fuese más conocida, **si este libro estuviera en las manos de los encargados de dirigir las almas a la unión divina, de Instruir a Sacerdotes y Religiosos o Religiosas**, indudablemente serían muchas las almas capaces de elevarse muy alto, muchas las favorecidas con los diversos grados de unión mística y que ahora no pueden sino vegetar en la mediocridad ... »

Al publicar esta Obra y las demás de San Juan Eudes, de todas las cuales puede decirse lo que del Reino de Jesús dice el P. Jaegher, deseamos que los vivos anhelos del fervoroso Jesuita se realicen ampliamente a fin de que sean muchas las almas, en particular entre los hijos é hijas del Santo, entre los miembros del Clero, entre Religiosos y Religiosas y aún entre los simples cristianos, que lleguen a la unión mística, y así glorifiquen inmensamente más al Señor nuestro Dios en el tiempo y por la eternidad.

Bogotá, 19. de 1956, Solemne Festividad de la Pascua.

CAMILO MACIAS,
Superior Provincial de los
PP. Eudistas.

INTRODUCCIÓN

El Reino de Jesús (1) apareció en Caen el año 1637 (2). Después de rendir homenaje y consagrar la Obra a Jesús y María, el autor la dedicó a la Sra. de Budos, abadesa de la Santísima Trinidad de Caen, y a sus religiosas. En la elevación preliminar, lo presenta también a las almas piadosas que quieren amar a Jesucristo, en especial a las que están a su cargo. Los hijos e hijas del Santo siempre han tenido esta Obra en la mayor estima y han hecho de ella su manual preferido.

Cuando publicó el *Reino de Jesús*, el P. Eudes pertenecía a la Congregación del Oratorio, donde entró en 1623 y de la que se separó el año 1643 para fundar la Congregación de Jesús y María. Intensamente impregnado de la doctrina espiritual de los PP. de Bérulle y de Condren, de la que había hecho la regla de su vida, trabajó con todas sus fuerzas por difundirla en torno suyo. Tal es el fin que se propuso al publicar *el Reino de Jesús*. Es indudable que en vano se buscarían en él las elevadas especulaciones del Cardenal de Bérulle sobre el misterio de la Encarnación y las no menos elevadas consideraciones del P.

(1) La obra de san Juan Eudes tiene por título: *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas*, pero cuando habla de ella, el autor la llama sencillamente el *Reino de Jesús*, y ordinariamente se le designa bajo este título abreviado.

(2) El *Reino de Jesús* ha tenido numerosas ediciones. Las que conocemos son las siguientes: Caen, 1637; Rouen (antes del 1642) - Caen 1642- París, 1643; Caen, 1644; París, 1645; Rouen, 1647; Caen, 1647-1648; Rouen, 1650; Lyon, 1656; Rouen, 1665; Caen, 1666; París, 1670-1695; Lyon (sin fecha); Mona, (fecha desconocida); Rennes, 1869; París 1884, Vannes 1905 (Edición de las Obras Completas); París, 1924; Montreal, 1930; París. 1931; New York, 1946 (inglesa); París, 1950.

VIDA Y REINO DE JESÚS

de Condren sobre el sacerdocio y el sacrificio de Jesucristo. El Santo las había sin duda ávidamente recogido para nutrir con ellas su piedad personal, pero, apóstol ante todo, lo que se proponía enseñar a las almas no era la teoría, sino la práctica de la vida cristiana. En el *Reino de Jesús* se limita a lo que tiene de práctico la doctrina de sus maestros, haciendo ver su aplicación a los detalles todos de la vida. Su libro es una obra de vulgarización en la que se esfuerza por poner al alcance de todos las enseñanzas tan hermosas de la Escuela francesa (1). Añade ciertamente citas de autores que no pertenecen a esta escuela, por ejemplo, a santa Gertrudis, a santa Matilde, a san Francisco de Sales, al P. Rodríguez. Su pensamiento, además parece orientarse ya hacia la devoción a los Sagrados Corazones, que más tarde le será tan querida. Pero los principios dominantes de su libro, y que forman como su osamenta, son los de la *Escuela Francesa*, y cuando se quiere dar plenamente con su originalidad y alcance, es por lo menos utilísimo recurrir a los escritos del Cardenal de Bérulle, del P. de Condren, de san Vicente de Paúl, de M. Olier y de Otros escritores de esta gran época. En algunas de las páginas siguientes recordaremos sumariamente estos principios a fin de facilitar la lectura y el uso del *Reino de Jesús*.

I. LA DEVOCIÓN A JESÚS

Toda la doctrina de san Juan Eudes gravita en torno a la persona del Verbo encarnado que es para él el objeto y principio de la vida cristiana.

De hecho, después de la Encarnación, la vida religiosa de la humanidad se orienta sobre todo hacia Jesucristo. Y se comprende. El Dios del cielo está

(1) Acerca de la *Escuela francesa*, véase sobre todo a H. Bremond, *Historia del sentimiento religioso*,

VIDA Y REINO DE JESÚS

15 -

a mucha altura sobre nosotros. La espiritualidad de su naturaleza escapa al alcance de nuestras facultades sensibles, la infinitud de sus perfecciones desconcierta nuestra inteligencia, y, cuando pensamos en él, lo que más impresiona es su majestad que nos deslumbra, su omnipotencia que nos abrumba, su justicia que nos espanta. El Dios del pesebre, del Calvario y del Altar está más a nuestro alcance. Haciéndose nuestro hermano, nos permite ir a El con todas las potencias de nuestra naturaleza, y sobre todo preséntase El como despojado de todo lo que nos mantenía como apartados, no dejando patente sino una bondad infinita que nos atrae. De manera que, después de la Encarnación, él centro de atracción de las almas religiosas, como se ha indicado, se ha desplazado, no para alejarse de Dios, sino para permitirnos ir a El por un camino más fácil, y encontrarle en la persona del Verbo encarnado.

El primer historiador del P. de Bérulle, Germán Habert, nos advierte lo mismo:

«Si bien es verdad, escribe, que la Santísima Trinidad es el mayor de todos los misterios que adoramos, principio y fin de todos ellos, si bien, todos los demás misterios no tienden sino a honrarla..., y si bien una de las cualidades mismas de Jesucristo estriba en ser uno de sus vasallos, de sus siervos, de sus adoradores; atrévome no obstante a decir que durante el tiempo de la vida presente, en la que nos guiamos por la fe, la principal aplicación y la mayor piedad de la vida cristiana, no se encamina a la Trinidad, sino a la Encarnación. Este es el espíritu, ésta es la conducta de la Iglesia, que, en ésta como en las demás devociones, sigue fielmente el espíritu y la conducta del mismo Dios. En efecto, Dios con su divina Palabra no nos revela la Trinidad sino relacionándola con la Encarnación, no nos descubre las tres Personas, sino en cuanto es necesario para darnos a conocer a la Segunda, y al reservarnos para la gloria

16 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

y para el cielo la manifestación de este primero y gran misterio diríais por el contrario que pone empeño en describirnos ampliamente, con esta misma, Palabra, al Verbo encarnado. En esto se extienden siempre las Escrituras Sagradas, en darnos un conocimiento perfecto de sus diversos estados, oficios y cualidades; diríase que, como en el Tabor, nos lo propone y muestra siempre diciéndonos: «He aquí a mi Hijo muy amado, oídle y miradle atentamente» (1).

No sé si estas ideas han sido jamás mejor estudiadas que en el Oratorio de Francia. cuyo fundador mereció ser llamado por Urbano VIII «El Apóstol del Verbo encarnado». Profesábase allí una devoción singular» a Jesucristo, a Quien se trataba de considerar y honrar en todas las cosas. El P. Eudes, discípulo fiel del Cardenal de Bérulle, nos invita a concentrar sobre la persona adorable del Salvador todos los esfuerzos de nuestra devoción. Quiere que, a ejemplo del Padre celestial, pongamos en Jesús «todas nuestras complacencias», que hagamos de él «el único objeto de nuestros pensamientos y de nuestros afectos, el fin de todas nuestras acciones, nuestro centro, nuestro paraíso, nuestro todo». A esto es a lo que nos invita incesantemente en el *Reino de Jesús*. Porque, como él mismo lo dice, su libro «no habla más que de Jesús» y «no tiende sino a establecerle en las almas». Quiere «que no se vea más que a Jesús, que no se busque más que a Jesús, que no se encuentre más que a Jesús y que no se aprenda sino a amar y a glorificar a Jesús».

Y no vayamos a creer que el culto al Verbo encarnado, así entendido, perjudique -lo más mínimo al que debemos a las otras dos personas de la augusta Trinidad.

(1) Citado por Bremond, *La Escuela francesa*, p. 44. Por esto, en vez de decir sencillamente el Padre y el Espíritu Santo, san Juan Eudes dice con frecuencia el Padre de Jesús y el Santo Espíritu de Jesús.

Jesús no puede ser separado ni del Padre de quien procede, ni del Espíritu Santo que de El procede. No hay, con ambos, más que un solo y mismo Dios, y desde luego los homenajes que se le tributan se dirigen igualmente al Padre y al Espíritu Santo, aun cuando no hubiera intención explícita de honrarles con El y en El.

«Cuando os exhorto, dice San Juan Eudes, a arrodillaros todas las mañanas... para adorar a N. Señor Jesucristo, para darle gracias y ofrecerle a él, no pretendo que estos actos hayan de hacerse respecto solamente de la persona del Hijo de Dios, sino de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Lo que se verifica siempre de infalible manera, por más que no siempre se tenga esta mira delante. Porque, si Jesucristo no es sino una misma cosa con el Padre y el Espíritu Santo, y toda la santísima Trinidad, o, como habla San Pablo, toda la plenitud de la Divinidad habita en Jesucristo hay que concluir necesariamente que adorar y glorificar a Jesús, es adorar y glorificar al Padre y al Espíritu Santo; ofrecer a Jesús toda la gloria que en el cielo y en la tierra le es debida, es ofrecer esta misma gloria al Padre y al Santo Espíritu; y rogar al Padre y al Espíritu Santo que glorifiquen a Jesús, es rogar que se glorifiquen ellos a sí mismos».

San Juan Eudes, a ejemplo del Cardenal de Bérulle, nos recomienda que jamás separemos a Jesús de María.

«Jesús y María, escribe, son los dos primeros fundamentos de la religión cristiana, los dos manantiales vivos de todas nuestras bendiciones, los dos objetos de nuestra devoción que debemos tener siempre delante en todas nuestras acciones y ejercicios».

Es cosa averiguada que el Cardenal de Bérulle y el P. de Condren impulsaban a sus discípulos a someterse a María en calidad de esclavos, para honrar la dependencia de Jesús respecto de ella durante treinta años

de su infancia y de su vida oculta. Lo mismo hacia el Padre Eudes. Quiere que miremos a María como a nuestra Soberana, que, después de Dios, le refiramos nuestro ser y nuestra vida, que nos ponga, nos bajo su dependencia rogándole que nos guíe y disponga de nosotros según su beneplácito para la gloria de su divino Hijo. Este es uno de los aspectos salientes de su manera de entender el culto a María. Lleva sin embargo su devoción a la santísima Virgen la nota distintiva de una ternura filial, como no se encuentra, por lo menos en el mismo grado, en los escritos de sus maestros.

Pero lo que por encima de todo recomienda el P. Eudes, es honrar a María, no tanto en ella misma y en sus perfecciones personales, por grandes que sean, cuanto en sus relaciones con Jesús, a quien ella engendró una vez a la vida corporal, pero que no deja de vivir espiritualmente en su corazón; o por decirlo, según él el objeto de nuestra veneración y de nuestro amor debe ser Jesús en cuanto vive y reina en su santa Madre. «Para honrar a María, como Dios nos lo pide, y como ella lo desea, escribe el Santo, es preciso que veamos y adoremos a su Hijo en ella, sin mirar ni adorar más que a él. Así es como ella quiere ser honrada, porque de sí misma y por ella misma, nada es, sino que lo es todo en ella su Hijo Jesús: él es su ser, su vida, su santidad, su gloria, su poder, su grandeza». En los honores que a María tributamos, el objeto principal de nuestra devoción será pues Jesús en lo que de gracia y gloria obra en su santa Madre como también en las alabanzas y en el amor que incesantemente recibe de su corazón tan amante. Y el fruto de esta devoción será obtener de Jesús por María la muerte a nosotros mismos y una participación de la vida del Hijo en el Corazón de la Madre.

Guardada la debida Proporción, el P. Eudes concebía la devoción a los Ángeles y a los Santos

como la devoción a María. Jesús, sea como Dios, sea como

VIDA Y REINO DE JESÚS

19 -

hombre, es todo en ellos, lo mismo que en María. La verdadera manera de honrarles, es por lo tanto, adorar a Jesús en lo que en ellos es y obra, como también en la gloria que ellos le procuran con sus alabanzas y con su amor.

Así mismo en el amor al prójimo y en cuanto hacemos por el bien de nuestra alma y de nuestro cuerpo, debemos igualmente tener a Jesús ante nuestra vista. «Mirad, dice el P. Eudes, vuestra salud, vuestra vida, vuestro cuerpo, como cosa que pertenece a Jesús, y que debéis cuidar, no para vosotros, sino para él».

Aún en las criaturas irracionales, se ha de mirar a Jesús. Como Dios, las ha creado; como hombre, nos ha conquistado al precio de su sangre el derecho a usar de ellas, que por el pecado habíamos perdido. Ellas cantan su gloria «con toda la amplitud de su ser y con todo su poder natural» y nos invitan a glorificarle con ellas. Sirvámonos de ellas en acción de gracias y para la mayor gloria del que las puso a nuestra disposición.

En una palabra, quiere el P. Eudes que consideremos a Jesús en todo y por todo: en el mundo natural, como en el espiritual, porque reina en el uno y en el otro, aunque de diferente manera; en la muerte, donde ejerce su soberanía; en el juicio particular, donde brilla su justicia; en el cielo, que es el reino de su gloria; en el purgatorio, donde se revelan a la vez su justicia y su misericordia; en el infierno mismo, donde de terrible manera triunfa de sus enemigos.

De esta suerte, Jesús será verdaderamente nuestro «único objeto», puesto que no veremos ni a las personas ni a las cosas sino en sus relaciones con él. El será nuestro «todo», puesto que no buscaremos ni amaremos más que a él en todas las cosas.

20 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

11 EL PURO AMOR.

Los sentimientos que debemos tener para con Jesucristo son aquellos cuyo conjunto constituye la religión completa de la criatura para con el Creador. Ocupa el primer lugar la adoración que se impone al hombre por razón de su nada y de la soberanía absoluta de Dios. De aquí que el presentarnos delante de Jesucristo, tengamos que comenzar siempre por adorarle en sí mismo, en sus infinitas perfecciones, en sus misterios, en sus virtudes, en todo lo que es y en todo lo que hace por su Padre y por nosotros.

En el *Reino de Jesús* no encontraréis un solo ejercicio que no comience con este acto de adoración.

A la adoración hay que añadir la alabanza, la acción de gracias, la renuncia y sobre todo la confianza y el amor. Lo que en efecto más impresiona a san Juan Eudes en la vida y misterios del Verbo encarnado, no son sus grandezas, sino su bondad, su amor y su misericordiosa ternura para con nosotros. Y así después de haber recordado sumariamente las razones que nos obligan a emplear toda nuestra vida en el servicio de Jesús, corrobora su argumentación con este pensamiento: que el divino Maestro nos ha dado todo lo que tiene y todo lo que es.

«Nos ha dado, dice, a su Padre por padre nuestro, haciéndonos hijos de su propio Padre. Nos ha dado a su Santo Espíritu para que sea nuestro propio espíritu, y para enseñarnos, regirnos Y

governarnos en todas las cosas. Nos ha dado a su santa Madre por madre nuestra. Nos ha dado a sus Ángeles y Santos por protectores e intercesores nuestros. Nos ha dado todas las demás cosas que hay en el cielo y en la tierra, para nuestro uso y necesidades. Nos ha dado su propia persona en su Encarnación. Nos ha dado toda su vida, no habiendo pasado un momento de ella que no lo empleara por nosotros; no habiendo tenido un pensamiento, dicho una palabra, hecho una acción ni

VIDA Y REINO DE JESÚS

21 -

dad un paso, que no fuera consagrado a nuestra salvación. Nos ha dado, en fin, en la santa Eucaristía su cuerpo y su sangre, su alma, su divinidad, y todas las maravillas y tesoros infinitos que están encerrados en la divinidad y en su humanidad, y esto todos los días, o por lo menos tantas veces cuantas queramos disponernos a recibirle».

Concluye de aquí el Santo que, a nuestra vez, debemos darnos enteramente a Jesús y consagrarle todas las funciones y ejercicios de nuestra vida».

El Reino de Jesús está todo él repleto de este pensamiento, que Jesús es todo amor para con nosotros, debiendo nosotros en retorno ser todo amor para con Él. En la cuarta parte hay un largo capítulo donde el autor celebra con complacencia todas las perfecciones del amor de Jesús para con nosotros y hace brotar de su corazón un magnífico cántico de amor al divino Maestro (1).

Se hace notar que el amor de Dios al posarse en Jesús adquiere una ternura que antes no tenía. Prueba manifiesta de ello el *Reino de Jesús*. El amor de Dios expláyase aquí con una vivacidad, una delicadeza y una intimidad que asombra. Esta exquisita ternura se revela hasta en las fórmulas de que se sirve el P. Eudes respecto del Salvador. No sólo, a ejemplo de San Pablo, no se cansa de repetir el nombre de su Amado, sino que cuando se dirige a él directamente se presentan espontáneamente a él los términos más afectuosos, y le llama, ora «su queridísimo, buenísimo, amabilísimo, desiderabilísimo, benignísimo Jesús», ora «el deseado de su alma, su vida, su todo, el rey de su corazón, su dulce amor», etc., no

(1). En el siglo XVIII se aplicó este capítulo a la devoción al sagrado Corazón de Jesús. De hecho creemos que es imposible encontrar un comentario más hermoso de las palabras de N. Señor a santa Margarita María: «He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres».

22 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

terminarla, si quisiera exponer todos los términos con que se manifiesta el tierno amor de san Juan Eudes para con el divino Maestro.

Sin embargo, el verdadero amor no consiste en meros afectos, sino que se traduce en obras. Para mostrar a Jesús que le amamos, es por lo tanto necesario hacer lo que él espera de nosotros, y no es difícil conocerlo. Pide Jesús que observemos los preceptos y consejos evangélicos, que cumplamos los deberes del propio estado, que obedezcamos a los encargados de dirigirnos, y que nos sometamos a las disposiciones de la divina Providencia, manifestadas por los acontecimientos, grandes o pequeños, en los que va envuelta nuestra existencia. No es poco realizar este programa. Sin embargo, el P. Eudes desea que vayamos más lejos y que pongamos toda nuestra persona al servicio del divino Maestro, sin perdonar trabajo alguno de cuerpo y alma, cuando de los intereses de su gloria y de la salud de las almas de nuestros hermanos se trata. Pensaba, con el P. de Bérulle y su escuela, que nos hemos comprometido a ello en el santo bautismo. Porque, al recibir este sacramento, «hicimos, dice, profesión de servidumbre para con Jesucristo y todos sus miembros. Y, como consecuencia de esta profesión, los cristianos todos no son sino siervos, sin que nada tengan de sí mismos, ni siquiera el derecho de hacer uso alguno ni de sí mismos ni de los miembros de su cuerpo, ni de las potencias de su alma, ni de su vida, ni de su tiempo, ni de los bienes temporales que poseen, sino por Jesucristo y

por los miembros de Jesucristo, que son todos los que creen en él».

Pero el valor de nuestras obras, no estriba únicamente en su naturaleza, derivase también de los motivos que nos impulsan a obrar. Cuando lo que nos mueve es la caridad y sólo la caridad, pone ella singularmente de relieve el precio de lo que por Dios hacemos. Por eso el P. Eudes nos exhorta, no sólo a

VIDA Y REINO DE JESÚS

23 -

servir a Jesucristo, sino además a hacerlo con el fin único de agradarle, por puro amor a él, sin motivo alguno de interés. «Entre todos los ejercicios de un alma verdaderamente cristiana, escribe, el más noble, el más santo, el más elevado y el que Dios principalmente pide, es el ejercicio del divino amor. He aquí por qué debéis tener sumo cuidado, en todos vuestros ejercicios de piedad y en todas vuestras acciones, de protestar a Nuestro Señor Jesucristo que queréis hacerlos, no por el temor del infierno, ni por la recompensa del paraíso, ni por el mérito, ni por vuestra satisfacción y consuelo, sino por amor de él mismo, por su contentamiento, por su sola gloria y por su purísimo amor».

El santo no cesase impulsar a sus lectores a este puro amor, y por eso, el *Reino de Jesús* es, como se ha dicho, «el manual de la caridad perfecta». Otro tanto puede decirse del *Manual de piedad* y de las *Constituciones de la Congregación de Jesús y María*.

Desde este punto de vista, la doctrina de nuestro Santo se resume en estas palabras de N. Señor a santa Catalina de Sena: «Hija mía, piensa en mí, y yo pensaré en tí». El P. Eudes nos invita a hacer nuestra esta invitación del divino Maestro, y a realizarlo todo con la sola mira de agradarle, abandonando en él el cuidado de nuestros intereses. Por otra parte, es éste el mejor medio de dar a nuestros actos toda la perfección de que son susceptibles, y, por consiguiente, de hacer fortuna para el paraíso (1).

(1) Se ve, pues, que la espiritualidad del Santo es netamente teocéntrica en el sentido de que es desinteresada y orientada toda ella hacia la gloria de Dios. En cuanto a esto, véase en el *Reino de Jesús* lo que dice del fin del hombre, de la oración, de las virtudes cristianas, de la confesión, de las indulgencias, de las arideces, etc., etc. Véase también en el *Reino de Jesús*, parte 3a., n. Y. XV parte 4a, n.III, y en las Obras completas, t.II, p.166-167, etc., este principio caro a Bérulle y su Escuela, a saber que «los intereses de Dios deben sernos más queridos que los nuestros». Cfr. Bremond, *Historia del sentimiento religioso*, III, p.29.

24 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

Falta un supremo testimonio de amor que Jesucristo puede exigirnos, el de sacrificar nuestra vida por él. El mismo año en que escribía el *Reino de Jesús*, el Santo se comprometía con voto a sufrir el martirio por Jesucristo, si se presentaba la ocasión, y deseaba vivamente que se presentase. En su libro se esfuerza por inspirar a los demás sentimientos parecidos a los suyos. Quería que todos los cristianos estuviesen dispuestos a sufrir y a morir por Jesucristo. Creía que nos obliga a ello el bautismo, porque, al recibirlo, hacemos profesión de ser con Jesucristo hostias y víctimas sacrificadas a la gloria de Dios. Creía que en calidad de cristianos, debemos estimarnos dichosos al permitir al Salvador que satisfaga en nuestra persona el deseo que tiene de continuar en sus miembros el sacrificio que de su vida hizo el día de su Pasión. Sin embargo, la razón de aceptar el martirio que al Santo parecía la más poderosa, y en la que más insiste, es que Jesucristo, él el primero, ha querido morir por nosotros con la muerte mas ignominiosa, y que sigue sacrificándose todos los días en el altar. Se necesitaría ser muy ingrato, pensaba, para no estar dispuestos a derramar su sangre por un Dios que se dignó derramar por nosotros hasta la última gota de la suya.

III. LA VIDA DE JESÚS EN NOSOTROS

El Reino de Jesús descansa todo él en esta idea, juzgada fundamental por el mismo P. Eudes, que la vida cristiana no es sino la continuación y el complemento en cada uno de nosotros de la vida de Jesús.

VIDA Y REINO DE JESÚS

25 -

El título del libro expresa ya esta idea. En su Prefacio, el autor nos advierte que su fin es hacerla clarividente y enseñarnos a ponerla en práctica.

Esta noción de la vida cristiana la justifica con numerosos pasajes de san Juan y de san Pablo, pero principalmente se apoya en las enseñanzas del Apóstol relativas al cuerpo místico de Jesucristo. Se sabe, en efecto, que, según san Pablo, los fieles no forman con Jesucristo sino un cuerpo moral, del que él es cabeza; de suerte que el Salvador posee un doble cuerpo y una doble vida: su cuerpo natural, que tomó en el seno de María, y su cuerpo místico, que es la Iglesia rescatada al precio de su sangre; su vida personal que se desplegó acá abajo en el sufrimiento y se continúa en el cielo en la gloria, y la vida mística de que goza en sus miembros, y que, también ella, comienza por la prueba para terminar en la beatitud del cielo.

Esta doctrina entusiasmaba a nuestro Santo y, siguiendo a los PP. de Bérulle y de Condren, hizo de ella la base de sus enseñanzas sobre la vida cristiana.

«Parece complacerse, dice uno de sus biógrafos, en el estudio de la doctrina de san Pablo sobre el cuerpo místico de Jesucristo. Ve siempre en la Iglesia el desarrollo progresivo de este gran cuerpo. Para él, cada cristiano es ante todo un miembro que, ocupando su lugar en el conjunto, debe reproducir en el mismo los diferentes estados que se realizan en el cuerpo entero, como se realizaron en la persona misma de Jesucristo. Para hacer converger toda la vida cristiana en esta doctrina compuso su libro de la Vida y Reino de Jesús.»

De ordinario, los autores espirituales adoptan otro punto de vista. Miran la vida cristiana tía en su principio interno que es la gracia santifica y la caridad, Y sólo accidentalmente, y como de paso, recuerdan las enseñanzas de san Pablo sobre la vida de Jesús en nosotros. Así es como procede san Francisco de Sales.

26 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

La Introducción ti la vida devota y el Tratado del amor de Dios están plenos del pensamiento de que la vida cristiana, en todos sus grados, no es otra cosa sino el amor de Dios, y estas dos obras, tan conocidas y estimadas, no tienen otro fin sino enseñarnos a conservar, aumentar y poner en práctica la divina caridad. San Juan Eudes, por el contrario, mira siempre la vida cristiana en sus relaciones con Jesucristo. Trátese de la oración, de las virtudes cristianas, de las acciones ordinarias, vuelve de continuo sobre este principio, de que la vida cristiana, de que gozamos, es la continuación y la prolongación en cada uno de nosotros de la vida misma de Jesús, y quiere que obremos siempre en su nombre, con sus disposiciones e intenciones y en unión con él y con todos los miembros de su cuerpo místico.

IV. LA OBLACIÓN DE SI MISMO A JESÚS

El principal medio de vivir la vida de Jesús, es someternos a su influencia y dejarnos llevar por él, porque en el cuerpo místico de Jesucristo como en el cuerpo humano, la vida procede de la

cabeza. El P. Eudes repite continuamente que es preciso «ofrecernos, entregarnos, darnos, abandonamos» a Jesús para que haga él en nosotros y por nosotros cuanto le plazca (1) -

A veces pide también que se dé uno al Espíritu de Jesús. Por Espíritu de Jesús entiende, no sólo las disposiciones e intenciones del Salvador, sino también y sobre todo, el Espíritu Santo que de ellas nos hace participar. El Espíritu Santo, es, efectivamente, el

(1) Es lo que M. Bremond y M. Pourrat llaman adherencia, expresión que toman de Bérulle y de sus discípulos, y de la que san Juan Eudes se sirve también a veces. Cfr. *Reino*, parte 2a., n.XXXVIII.

VIDA Y REINO DE JESÚS

27 -

Espíritu de Jesús, puesto que procede de él, lo mismo que del Padre. Lo es además, porque la santa humanidad del Salvador fue llena de este divino Espíritu y sigue siempre su dirección y sus inspiraciones. Los miembros, no pudiendo estar animados de otro espíritu que el de la cabeza, debemos, lo mismo que Jesús, dejarnos guiar por el Espíritu Santo. Darse al Espíritu Santo en definitiva es darse a Jesús que es su principio, que nos lo mereció con su muerte y que nos lo envía para difundir en nuestras almas la vida de la gracia.

Se ve, pues, que jamás separa San Juan Eudes la gracia, que es el principio interno de la vida cristiana, de su divino autor. La mira siempre como la acción de Jesús en nosotros, y no ve en la fidelidad a la gracia sino la, flexibilidad del alma en dejarse dirigir por su divino Espíritu.

El abandono de sí mismo en manos de Jesús tiene un importante lugar en la espiritualidad del P. Eudes. El piadoso autor lo practica sin cesar y, en los ejercicios que propone, lo hace siempre objeto de un acto especial, precedido de ordinario de un acto de renuncia de sí mismo.

La razón de tal renuncia, es que Jesús no puede vivir en nosotros sino en la medida en que renunciemos a lo que la Sagrada Escritura llama la carne, el hombre vicio, es decir, a nosotros mismos tal como nos encontramos por el pecado original. En efecto, el pecado de Adán, al despojarnos de la justicia original, no sólo nos ha reducido a la impotencia más completa en el orden sobrenatural, sino que ha pervertido la naturaleza privándola de su rectitud primitiva, lo que hace que nuestras inclinaciones naturales sean desordenadas y tiendan sin regla ni medida a los bienes inferiores. Esta depravación de la naturaleza es la obra de Adán y la nuestra, puesto que Adán obraba en nuestro nombre; y por otra parte, nuestros pecados personales han agravado en nosotros las consecuencias

28 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

del pecado de naturaleza. Esto constituye para nosotros un obstáculo permanente al bien y una tendencia continua al mal; de tal suerte que encontramos en nosotros, en nuestra sensualidad y orgullo, en nuestro propio espíritu y en nuestra propia voluntad, y generalmente en lo que nos es connatural, el germen de todos los vicios, el principio de todos los pecados, y, como dice el P. Eudes, un verdadero «anticristo».

En esta corrupción de la naturaleza por el pecado resulta que no tenemos otro camino de salvación que renunciar a nosotros mismos, y darnos a Jesús para obrar en todo bajo su influencia. Esto es lo que san Juan Eudes no cesa de repetir. Quiere que hagamos constantes esfuerzos para combatir los instintos de la naturaleza depravada, que son el gran obstáculo a la vida de Jesús en nosotros. Y como estos instintos forman parte de nosotros mismos, como quiera que son nuestra propia naturaleza deformada por el pecado, quiere que trabajemos sin descanso para salir de nosotros mismos, para 'despojarnos de nosotros mismos, y, como dice con su enérgico lenguaje, «para anonadarnos a nosotros mismos». Al comienzo de cada una de nuestras acciones, nos invita a renunciar expresamente a nosotros mismos, a nuestro propio espíritu, a nuestra propia voluntad, a

nuestras propias fuerzas, y a darnos a Jesús para que obre El en nosotros según los designios de su amor y de su misericordia. Y de ordinario hace seguir estos dos actos de una oración en la que pide a Jesús que El mismo nos anonade y que tome posesión de nuestro corazón para ejecutar en él con plena libertad los actos de virtud que constituyen la vida cristiana.

No que nos dispense de los esfuerzos necesarios para servir a Dios; quiere, por el contrario, que hagamos todo lo que de nosotros depende para vencer el vicio y practicar la virtud y que trabajemos por nuestra parte como si nada esperáramos de parte de Dios. Pero lo esencial a sus ojos, es desprenderse de

VIDA Y REINO DE JESÚS

29 -

sí mismo y ofrecerse a Jesús. Jesús es para él el autor principal de cuanto bueno hacemos. Atañe a nosotros ponernos a su disposición como instrumentos dóciles que pueda El manejar a su placer. No oponerse a su acción, seguir dócilmente sus inspiraciones, dejarse guiar por él, como un niño por su madre, he aquí para la libertad humana el mejor medio de cooperar a la obra de santificación que Jesús quiere realizar en nosotros.

Desde luego se comprende cómo ciertos ejercicios muy recomendados por otros autores no coincidan con la espiritualidad del P. Eudes. El examen particular por ejemplo, no parece tener para él tanta importancia como para los discípulos de san Ignacio: no habla de él en el *Reino de Jesús*. Por otra parte, sin rechazar los métodos, no da sin embargo a ellos sino una importancia limitada, y no duda en escribir estas palabras que se han citado ya varias veces: «La práctica de las prácticas, el secreto de los secretos, la devoción de las devociones, es no estar aficionado a práctica alguna o ejercicio particular de devoción, sino poner sumo cuidado, en todos vuestros ejercicios, en daros al Santo Espíritu de Jesús... a fin de que tenga él pleno poder y plena libertad de obrar en vosotros según sus deseos, entrando en las disposiciones y sentimientos de devoción que a El le plazca y guiándoos por los caminos que a El le parezca».

V. LA IMITACIÓN DE JESÚS (1)

Para que Jesús viva en nosotros, no basta ofrecernos a la acción de su gracia, es preciso cooperar a ello trabajando por conformarnos a la divina Cabeza, en

(1) Se ha opuesto la imitación a la adherencia como si fuesen dos cosas que se excluyen una a otra. Son ciertamente dos cosas distintas, pero que se completan y no pueden existir la una sin la otra. La adherencia, es la oblación de sí mismo a Jesús; ella nos somete a su gracia va aún más allá, nos presenta a su acción. La imitación es la cooperación a la gracia, acto libre y reflexivo por el que nos esforzamos en hacernos a los pensamientos y sentimientos de Jesús y en regular nuestra vida por la suya. Una cosa es, como dice Bourgoing en el Prefacio de las Obras de Bérulle (Migne, p.87-88) «la operación de Dios en el alma», y otra «la operación del alma hacia Dios». Por la primera nos ofrecemos a Jesús a fin de que imprima en nosotros una imagen de su vida; por la segunda, nos esforzamos en reproducir en nosotros, bajo la acción de la gracia, la vida de Jesús.

30 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

Nos miembros tenemos el honor de ser. El P. Eudes nos presenta además a Jesucristo como el *Libro de vida* que es preciso tener siempre delante de nuestra vista, el *Ejemplar* que tenemos que copiar, el *Prototipo*, cuyos rasgos hemos de reproducir, la *Regla suprema* a la que debemos conformar toda nuestra conducta.

Todos los autores espirituales, es verdad, recomiendan la imitación de Jesucristo. Pero, sin embargo, al trazar las reglas de la vida y perfección cristianas, se atienen mucho a la exposición de

los preceptos y consejos evangélicos, e invocan los ejemplos del Salvador, más como un estímulo a la virtud, que como una regla de vida. No procede así el P. Eudes. Como los PP. de Condren y de Bérulle, que fueron sus maestros en la vida espiritual, procura no separar la doctrina de Jesús de su persona y de su vida. De buenas a primeras coloca a las almas ante Jesús y les pide pongan su vida en armonía con la de Aquel.

Ante todo es preciso que aprendamos a pensar y a querer como Jesús. Esto es lo que exige san Pablo en estas célebres palabras que nuestro Santo se complace en citar y que no ha dejado de aplicar al culto del Sagrado Corazón: *Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu*; «revestíos de los sentimientos de Jesucristo». Los pensamientos del Salvador vienen a

VIDA Y REINO DE JESÚS

31 -

ser los nuestros por la fe, que es una participación de su ciencia, y que nos hace ver las cosas con los mismos ojos con que él las ve; apropiarse uno sus sentimientos por medio del odio al pecado y por la renuncia a sí mismo. Estos efectivamente eran los sentimientos dominantes que mantenía en el alma santa de Jesús el amor inmenso para con su Padre. líe aquí, Pues, por dónde debedar comienzo nuestra conformidad con el divino Maestro, y lo que, con la oración, que fue la ocupación constante del Verbo encarnado, constituye, para el P. Eudes, los fundamentos de la vida cristiana.

Bosquejada por estas disposiciones fundamentales, la imagen de Jesús, se perfecciona en el alma cristiana por la aplicación que ella aporta en orden a revestirse de las virtudes del Salvador, porque las virtudes cristianas no son, para el P. Eudes, sino la continuación y la extensión en cada uno de nosotros de las virtudes de Jesús. No quiere que las consideremos en sí mismas, en su excelencia intrínseca, como lo hacen los paganos y los filósofos, sino en Jesús, su principio y acabado modelo; ahí es donde debemos estudiarlas, debiendo ejercitarnos en practicarlas con el fin de hacernos semejantes a él y Para glorificar a su Padre, como él mismo lo hacía.

La conformidad con el divino Maestro llega en nosotros a su cima por la Participación en los diversos estados y diferentes misterios de su vida. Enseña en efecto el P. Eudes que los misterios de Jesús deben, lo mismo que su vida y sus virtudes, renovarse y completarse en los cristianos. «Es una verdad digna de ser notada, escribe, que los misterios de Jesús no están aún en su entera perfección y cumplimiento. Han sido realizados y perfeccionados en la Persona de Jesús, no lo han sido aún en nosotros que somos sus miembros, ni en su Iglesia que es su cuerpo místico. Porque el Hijo de Dios abraza el designio de hacer participar y de extender y continuar en nosotros

32 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

otros y en toda su Iglesia el misterio de su Encarnación, de su Nacimiento, de su Infancia... y demás misterios».

En el fondo de toda vida cristiana hay una participación de los misterios del Salvador. Muertos místicamente con El en el santo bautismo, debemos llevar con él una vida nueva y toda celestial. Sean cuales fueren las circunstancias en que nos encontremos, debemos por lo tanto conformarnos espiritualmente con los misterios del Salvador, dándonos a expresar en nuestra vida las virtudes que brillaron con particular esplendor en cada uno de ellos. El Santo nos recomienda, además, que meditemos asiduamente los misterios de Jesús. Nos aconseja que no limitemos nuestras reflexiones a los hechos exteriores que son como su cuerpo y apariencia, sino que penetremos en su espíritu y en su fondo, considerando los pensamientos, afectos y ocupaciones interiores de Jesús en sus diferentes misterios, como también la gracia especial vinculada, a cada uno de ellos y los frutos que de ellos podemos recoger.

«Esto es, dice, siguiendo al Cardenal de Bérulle, lo que yo llamo el espíritu, el interior y como el alma del misterio. Y esto es lo que debe ser principalmente considerado y honrado en los misterios de Jesús; y es, sin embargo, lo menos considerado y honrado. Porque muchos se contentan con contemplar el cuerpo y el exterior sin pasar a espíritu y al interior de estos mismos misterios. Sin embargo, lo principal, el fondo, la substancia, la vida y la verdad del misterio, es su espíritu, su interior; mientras que el cuerpo y el exterior no es sino como la corteza, lo accesorio, la apariencia y el ser accidental del misterio, El exterior y el cuerpo es Pasajero y temporal; pero la virtud interior y el espíritu de gracia que reside en cada misterio es permanente y eterno».

En fin, puesto que somos miembros de Jesucristo y los continuadores de su vida, debemos, según el P.

VIDA Y REINO DE JESÚS

33 -

Eudes, considerarnos siempre y en todas partes, «como sus representantes, y hacer cada una de nuestras acciones, pequeñas o grandes, en su nombre y con su espíritu, es decir, según la explicación del Santo, «con sus sentimientos y disposiciones».

Muchos autores espirituales aconsejan colocarse, antes de obrar, ante la muerte y la eternidad. El pensamiento de los novísimos viene a ser de esta manera la regla y el resorte de toda la vida moral. Seguramente tenemos aquí un excelente medio de santificar nuestras acciones, que el P. Eudes no deja de recomendar. Lo que sin embargo preferentemente nos aconseja, a, es preguntarnos, en cuanto nos ocurra, qué haría Jesucristo en nuestro lugar, y proceder en consecuencia. «Los cristianos, dice, siendo miembros de Jesucristo, ocupan su lugar en la tierra, representan su persona, y por consiguiente, deben hacer cuanto hacen como El lo haría en lugar de ellos... como un embajador que haciendo las veces y representando la persona del rey, debe obrar y hablar en su nombre, es decir como él mismo obraría y hablaría si estuviera Presente». Obrar cristianamente, según el P, Eudes, es pues obrar como obraría Jesucristo, con las mismas intenciones y disposiciones que él, o para emplear la fórmula ordinaria del piadoso autor, «con su espíritu».

Por tanto, nos invita a orar con las disposiciones que Jesús tenía cuando oraba, a penetrarnos, al ir a confesarnos, de los sentimientos de odio al pecado que inundaban su alma en el huerto de la agonía; a asistir al santo sacrificio de la misa, uniéndonos a sus disposiciones de sacerdote y hostia. En nuestros trabajos, en nuestras recreaciones en nuestras idas y venidas, y hasta en nuestras más vulgares acciones, como el levantarse y el acostarse, el comer y el dormir, debiéramos, según el Santo, levantar nuestro corazón a Jesús y conformarnos con los sentimientos que le animaban al realizar acciones parecidas.

34 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

VI. LA UNIÓN CON JESÚS

Entre la vida cristiana y la vida de Jesús, además de las relaciones de dependencia y de conformidad de que acabamos de hablar, San Juan Eudes señala una relación de sociedad y de unión que importa estudiar, a causa de las consecuencias prácticas que de ella se derivan.

Para comprender bien este nuevo aspecto de la vida cristiana, recordamos nuevamente que los cristianos son los miembros de un cuerpo moral, o, como de ordinario se dice, de un cuerpo místico, del que Jesucristo es cabeza. En un cuerpo moral, cada miembro, tiene evidentemente su vida y su actividad propias. Y sin embargo, la vida de cada uno de ellos está asociada a la vida de los demás y sobre todo a la de la cabeza. Además, cada miembro, y sobre todo la cabeza, obra en el nombre y en

provecho de todos, de tal suerte que la cabeza y los miembros trabajan armónicamente, supliéndose mutuamente y contribuyendo así a su perfección recíproca.

Esto es exactamente lo que ocurre en el orden sobrenatural.

Pensemos o no en ello, cuando obramos cristianamente, no obramos sólo en nuestro nombre, sino también en nombre de Jesucristo, como representantes suyos, sus embajadores y continuadores de su vida, y nuestra acción le aprovecha. No que ella añada algo a la plenitud de su vida personal y en sí misma la perfección, sino que le procura, fuera de él, esa expansión de vida y ese complemento de perfección que la cabeza encuentra en los miembros dóciles a su influencia. En este sentido la Iglesia ha podido ser llamada por San Pablo la *plenitud de Jesucristo*, y todos nosotros concurrimos, según la palabra del Apóstol, a la *perfección* del divino Maestro.

Pero de igual modo, toda la vida de Jesucristo torna en ventaja nuestra: Cabeza religiosa de la humanidad, ha asociado sus miembros a todos los actos de

VIDA Y REINO DE JESÚS

3 5 -

su vida, y los ha beneficiado con la santidad con que él los realizó. De aquí que, para darnos ejemplos apropiados a todas las situaciones, haya querido pasar por todas las fases y sujetarse a todas las necesidades de la vida humana. Quería santificar en su persona nuestra vida entera y suplir nuestra insuficiencia tributando a su Padre, por él mismo y por nosotros, los deberes particulares que reclaman los diversos estados de la vida humana.

San Juan Eudes se complacía en este pensamiento. Vuelve a él con frecuencia en el *Reino de Jesús*, pero insiste en él especialmente en los ejercicios que nos invita a realizar con motivo de nuestro nacimiento y nuestro bautismo, y en los que nos propone como preparación para la muerte. Efectivamente, en los dos extremos de la vida es cuando tenemos mayor necesidad de encontrar en Jesús un suplemento a nuestra impotencia. El niño nada puede, y de ordinario el moribundo tampoco. Qué satisfacción, pensar que Jesús, al entrar en el mundo, consagró a su Padre el comienzo de nuestra vida al mismo tiempo que el de la suya! Qué consuelo, haber que si, en nuestros últimos momentos, la enfermedad nos impide pensar en Dios, Jesús aceptó de antemano la muerte en nuestro lugar, y puso nuestra alma con la suya en las manos de nuestro común Padre! Y así en cuanto a todo lo de nuestra vida; porque «siendo oficio de la cabeza, dios San Juan Eudes, hacer todo lo que hace, para sí y Para sus miembros», Nuestro Señor, en sus oraciones, en sus trabajos y sufrimientos obraba por nosotros lo mismo que por él, y de esta manera suplía de antemano lo defectuoso e imperfecto de todas nuestras obras.

Para tener parte en este divino suplemento, que nos viene del Salvador, en rigor basta estar unidos a él de una manera habitual por la gracia santificante. Porque el menor grado de gracia hace de nosotros miembros vivos de Jesucristo, y los miembros se aprovechan

3 6 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

siempre, aun sin saberlo, de lo que hace la cabeza, siempre que no estén separados de ella.

Sin embargo, la unión actual a Jesucristo ensancha de singular manera el canal por donde estos favores llegan hasta nosotros; por lo que el P. Eudes no deja de recomendarla a sus discípulos. Aconséjales que nunca pierdan de vista al divino Maestro, que se consideren en todo como miembros suyos, y que recurran a toda clase de piadosas invenciones para vivir y morir con él.

El primer procedimiento que indica para asociar así nuestras acciones a las de Jesús, es tener

presente, en las diversas circunstancias de nuestra vida, lo que Jesucristo hizo por nosotros en circunstancias análogas, para no sólo conformar nuestra conducta a la suya, sino también para unirnos a todo lo que en nuestro nombre hizo. Y así, puesto que, ofreciéndose, a su entrada en el mundo, El mismo a su Padre, le ofreció al mismo tiempo los miembros de su cuerpo místico como otras tantas hostias dispuestas a sacrificarse a su gloria, es para nosotros un deber aceptar y ratificar la ofrenda que de nuestra vida hizo a Dios Padre.

El Santo nos recuerda después que la vida de Jesús nos pertenece y que podemos disponer de ella para el cumplimiento de nuestras obligaciones. «Sé muy bien, decía, lo que he de hacer». Cuento con un Jesús que tiene en sí un tesoro infinito de virtudes, de méritos y de santas obras, y que me ha sido dado para ser mi tesoro, mi virtud, mi santificación, mi redención y reparación. Lo ofreceré al Padre Eterno, al Espíritu Santo, a la santísima Virgen, a todos los Ángeles y Santos, en reparación y satisfacción de todas las faltas que para con ellos he cometido».

El P. Eudes estaba tan convencido de la realidad de los derechos que Jesucristo nos dio sobre su persona y su vida, así como sobre la persona y la vida de todos los miembros de su cuerpo místico, que creía

VIDA Y REINO DE JESÚS

37 -

poder emplear el corazón, el alma y todas las potencias del divino Maestro y de sus miembros para dar a Dios el culto, la adoración y el amor que su bondad infinita reclama. Y así, después de haber aconsejado repetir en forma de rosario las palabras siguientes, que son la expresión práctica del primero de los mandamientos de Dios, «Os amo, oh Dios mío, con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas», he aquí el comentario que de ellas hace.:

«Al decir: Con todo mi corazón, entiéndase del Corazón de Jesús, del de la santísima Virgen, y de todos los corazones de los ángeles y de los santos del cielo y de la tierra, todos los cuales juntos no son sino un sólo corazón con el santísimo Corazón de Jesús y de María por la unión que existe entre todos estos corazones; y este Corazón es nuestro, puesto que san Pablo nos asegura que todas las cosas, sin excepción son nuestras: Omnia vestra sunt; y por consiguiente, podemos y debemos emplearle como cosa nuestra en amar a Dios».

No hay necesidad de recalcar la grandeza y hermosura de estos puntos de vista. Al principio nos sorprenden un poco, porque, en nuestros días, no estamos habituados a estrechar nuestras relaciones con Jesucristo. No vemos en El sino al Redentor que satisface por nuestros pecados, y al Dios que tiene derecho a nuestras adoraciones, sin pensar que además, es la cabeza, cuya vida debe unirse a la nuestra, para cubrir sus defectos y darle la perfección que la haga grata a los ojos del Padre celestial.

Un último medio de beneficiarnos de los méritos de Jesucristo y de los santos, es dirigirnos directamente a ellos rogándoles que reparen todas nuestras faltas Y que glorifiquen a Dios en nuestro lugar. «Es, dice el P. Eudes, la oración más grata que se les puede hacer, y la que ellos más gustosamente escuchan», Semejante oración nos augura una parte especial en el amor Y en las alabanzas que ellos de continuo tributan a

38 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

Dios, porque este Dios de bondad mira como nuestros los homenajes que se le tributan a instancias y en nombre nuestro. San Juan Eudes nos invita sobre todo a terminar con una oración de este género todos nuestros ejercicios de piedad. Desea por ejemplo, que al final de la oración de la mañana, pidamos a Jesús y a sus santos que reparen todas las faltas que en este santo ,ejercicio hemos

cometido, y que lo continúen en nuestro nombre durante el día. Lo mismo por la noche, al entregarnos al descanso, quiere que les invitemos a glorificar a Dios en nuestro lugar durante el sueño.

CONCLUSIÓN

Tal es a grandes rasgos la doctrina espiritual del *Reino de Jesús*, que se reduce a este principio, frecuentemente aducido por San Juan Eudes: «el cristiano debe hacerlo todo en Jesús y por Jesús»; en Jesús, es decir en conformidad con él, bajo su dependencia, en unión con él; Por Jesús, es decir, por amor a él y con el fin único de agradarle. Todo en Jesús y por Jesús, o bien, empleando otra fórmula igualmente familiar a nuestro santo: «todo con el espíritu y por el amor de Jesús», he aquí en dos palabras la espiritualidad de San Juan Eudes. Resúmese aún más brevemente en este grito de amor que el piadoso apóstol hizo lanzar un día, durante una misión, al pueblo de París, grito que a él mismo le encantaba repetir y que puso al principio y al fin de su libro: «Viva Jesús! Viva Jesús!»

Esta manera de considerar la vida cristiana seduce a las almas piadosas en cuanto se les propone. Tiene por otra parte la ventaja de hacernos penetrar hasta el fondo del cristianismo, del que no se tiene sino un conocimiento imperfecto hasta el punto de no comprenderse el misterio de Jesucristo y de su unión con las almas. Además, contribuye poderosamente a hacernos aceptar los sacrificios inherentes a la práctica

VIDA Y REINO DE JESÚS

39 -

ea de la virtud, mostrándonos en la muerte al mundo y a nosotros mismos un medio indispensable para hacer vivir a Jesús en nosotros.

El P. Ramière, S.J., escribía en su libro sobre las *Esperanzas de la Iglesia*, III,c.4: «Parece haber llegado el tiempo en que este gran dogma de la incorporación en Jesucristo, que ocupa un lugar prominente en la doctrina apostólica, tome un rango igualmente importante en la instrucción de los doctores y de los fieles, en la teología y el catecismo; en que no se mire ya como una cosa accesoria este punto sobre el que San Pablo fundamenta todas sus enseñanzas; en que se comprenda que esta unión que el divino Salvador nos presenta bajo la figura de la vid con los sarmientos no es una mera metáfora sino una realidad. . . ; que por el bautismo nos hacemos realmente participantes de la vida de Jesucristo; que recibimos en nosotros, no en figura sino en realidad, el divino Espíritu que es el principio de esta vida. . . y que, sin despojarnos de nuestra personalidad humana, nos hacemos miembros de un cuerpo divino y adquirimos, por consiguiente, fuerzas divinas y divinos destinos».

Los deseos del P. Ramière están en vías de realización. Dom Columba Marmion, el P. Plus y otros escritores de talento han publicado, en nuestros días, obras en las que felizmente se encuentra la doctrina de San Pablo sobre la vida de Jesús en nosotros. Pero nuestra *Escuela francesa* del siglo XVII las habla adelantado, y nadie, según creemos, ha expuesto esta hermosa doctrina de tan completa y práctica manera como San Juan Eudes en el *Reino de Jesús*.

Carlos Lebrun, Eudista.

A JESÚS Y A MARÍA, SU SANTÍSIMA MADRE

Oh Jesús! mi Señor y mi Dios, prosternado ante vuestra suprema Majestad, abismado en lo más profundo de mi nada; después de aniquilar a vuestros pies mi espíritu y mi amor propio y cuanto me pertenece y de haberme confiado al poder de vuestro divino espíritu y de vuestro santo amor; sumergido en la extensión inmensa de este mismo amor y en todas las virtudes y potencias de vuestra divinidad humanizada y de vuestra humanidad deificada, os adoro, amo y glorifico en todos vuestros estados, misterios, cualidades, virtudes y en general en cuanto sois respecto de vuestro Padre Eterno, de Vos mismo, de vuestro Espíritu Santo de vuestra sagrada Humanidad, de vuestra bienaventurada Madre, de todos vuestros Ángeles y Santos del cielo y de la tierra y de todas las criaturas del universo.

Mas especialmente os reverencio y adoro como Vida y fuente de vida nuestra verdadera, como a Rey de los reyes y Santo de los santos, como a Santificador y real Santificación de todos los humanos. Adoro los designios e inmensos y ardentísimos deseos que tenéis de vivir y reinar en mi alma y en todas las almas cristianas. Pídoos muy humildemente perdón por cuantos obstáculos hasta el presente, tanto en mí como en los demás, he puesto a vuestra Voluntad soberana. Y en reparación, Jesús, de mi falta y para en algo contribuir en adelante a la realización de vuestros designios y deseos, me consagro e inmoló totalmente a Vos, Señor, jurándoos solemnemente ante el cielo y la tierra que no quiero ya vivir sino para trabajar siempre en formaros, santificaros y haceros vivir y reinar en mi alma y en cuantas almas os dignéis confiarme, suplicándoos con todo el corazón que logréis que todos los cuidados, pensamientos, palabras y obras de vuestro siervo tiendan a este fin único y definitivo.

VIDA Y REINO DE JESÚS

Concededme, en particular, vuestra bendición para esta obrita que he preparado para ayudar a las almas que Os pertenecen a establecer en sí mismas la Vida y Reino de vuestro unto amor. Vuestra es, Jesús; Vos sois en realidad su verdadero autor, ya que de buen grado renuncio a cuanto en ella pudiera haber mío y no vuestro. Anhelo también, si os place, que sea toda vuestra y que Vos seáis su único y último fin como sois su único y primer principio, en unión del Padre y del Espíritu Santo. Hé aquí por qué, en honor y unión del mismo amor por el que la hicisteis y me la disteis a mí, yo os la devuelvo y ofrezco, dedicándoosla y consagrándola en homenaje a vuestra vida adorable, a vuestro amor y a todo cuanto Vos sois. Conságrola, también, en honor y unión del mismo amor con que os habéis dado a nosotros, Vos, que sois el verdadero Libro de Vida y de Amor, a cuantas almas desean amaros, y especialmente a aquellas que se según vuestra Voluntad deba yo dirigir por las sendas del bien y de la virtud.

Y ya que no puedo miraros, Señor, sin ver a la que a vuestra diestra se sienta, a la que os ha formado, santificado y hecho reinar en sí misma de manera tan admirable, y en la que Vos siempre y tan perfectamente habéis vivido y reinado; yo la saludo y venero, después de Vos, como puedo, cual madre vuestra., dignísima, madre de vida y de amor y como a mi soberana Señora y queridísima Madre, a quien por mil títulos pertenezco. Pues, pasando por alto el haber sido concebido, dado a luz y criado en un lugar a Ella especialmente consagrado, sin la mediación y ruegos de María no hubiera yo logrado el ser y la vida; puesto que la madre que os dignásteis darme no habiendo tenido hijo alguno. por, largos años, hizo un voto en honor de vuestra Santísima Madre, y, sintiéndose luégo escuchada y sus anhelos cumplidos, me llevó acompañada de mi padre a un santuario de la San

VIDA Y REINO DE JESÚS

tísima Virgen para cumplir su voto, darle gracias y ofrecerme y entregarme a Ella y por Ella a Vos.

Igualmente me habéis dado el ser y la vida en la misma fecha en que Vos comenzasteis a morar y vivir en esta Madre de vida, en el día de vuestra Encarnación que fue también el de vuestra pasión y santa muerte. En dicho día me concedisteis la gracia de juraros a Vos y a Ella perpetua esclavitud, y en idéntica fecha me habéis colmado de muchísimos otros favores de Vos sólo conocidos y de los que, mediante vuestra gracia, siempre os estaré agradecido. Y fue también en el día del martirio de esta Virgen Sacratísima al pie de la cruz cuando, por vuestra gran misericordia, me vi revestido de vuestra librea, es decir, del santo hábito clerical que ahora llevo. Aún más, por un favor señaladísimo de Vos, Señor, celebré por vez primera mis tres primeras misas en el día en que esta bienaventurada Madre y Virgen os dio a luz, y en un lugar y altar a Ella especialmente dedicados. Por todo lo cual, sin hablar de una infinidad de otras consideraciones que me consagran a Vos y a Ella totalmente, estoy particularmente obligado a ofrecerme gustoso a vuestro servicio con todo cuanto soy y tengo.

En vista de lo cual, oh mi Salvador!, habiéndoos ofrecido y consagrado éste mi trabajo, dignaos permitirme ofrecerlo y dedicarlo a vuestra dichosa Madre, como homenaje de la vida toda de amor que Vos en Ella tenéis y Ella en Vos tiene.

Os Ofrezco, pues, este libro, oh Madre de vida y de amor, os lo dedico y consagro con todo el afecto de mi corazón, con todo cuanto en mí ha habido, hay y habrá por la misericordia de Dios. Oh Madre bendita, bendecid al autor, a su obra y a cuantos de ella se sirvieren. Ofrecedlos a vuestro Hijo Jesús, fuente de toda bendición, y suplicadle que El los bendiga Y los consagre perfectamente a su gloria y a su amor.

Oh mi buen Jesús, este libro está lleno de actos y

4 4 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

ejercicios de alabanza, de amor, de contrición, de humildad y de otras virtudes cristianas: imprimidlo, os lo ruego, en mi corazón Y en los corazones de quienes los leyeren. En cuanto a mí, os ofrezco todos estos mismos actos y ejercicios con la intención y el deseo de hacéroslos continua y actualmente de corazón y espíritu, como los hago constantemente por escrito en este libro, en el cual por siempre quedarán impresos; y esto os lo pido para mí y para todos los hombres del mundo, en especial para aquellos que lean este libro y muy particularmente aún, os lo pido, para quienes yo tenga el deber de salvar para Vos. Colmad este mi anhelo e intención, oh mi querido Jesús, por vuestra inmensa bondad, por el amor entrañable que tenéis a vuestra amabilísima Madre y por el que Ella por Vos siente.

Mirad y recibid, en virtud de la intención actual, todos estos actos y ejercicios, como si de continuo los practicara por una aplicación constante de mi espíritu y de mi corazón, ya que para siempre permanecerán grabados en este libro.

En fin, oh Dios mío, tomad esta obra bajo vuestra protección, defendedla de sus enemigos que con los vuestros, bendecidla, llenadla de vuestro espíritu y de vuestra virtud divina, tomad posesión de ella, para que por ella, o mejor, por Vos mismo, seáis bendecido, santificado, amado y glorificado en todos cuantos la leyeren. Destruíd cuanto en ella veáis ser mío y haced que todo en ella sea vuestro. Bendecid todas las palabras que la componen para que sean otros tantos actos de bendición, amor y alabanza a Vos; para que sean otras tantas fuentes de bendiciones y de gracias para quienes las leyeren; otras tantas flechas que traspasen sus corazones y otras tantas llamas inflamadas, en que de puro amor divino se fundan y derritan las almas por toda una eternidad.

PRIMERA PARTE

LOS PRINCIPIOS

LIBRO PRIMERO

La vida cristiana y sus elementos

CAPITULO 1

Naturaleza de la vida cristiana

La vida cristiana, continuación de la vida santísima de Jesús sobre la tierra.

Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre, Rey de los hombres y de los Ángeles, no es sólo nuestro Dios, nuestro Salvador y nuestro Soberano Señor; es también nuestra cabeza, pues nosotros, miembros de su cuerpo místico, somos hueso de sus huesos y carne de su carne, según palabras de San Pablo: «Membra sumus córporis ejus, de carne ejus et de ómnibus ejus». Eph.Vo,30.

De consiguiente, estamos adheridos a El por la unión más íntima que puede existir cual es la de los miembros con su cabeza; unidos espiritualmente por la fe y por la gracia que nos otorgó en el santo Bautismo; unidos corporalmente por la unión de su santísimo cuerpo con el nuestro por la santa Eucaristía. Síguese de ahí necesariamente que, como los miembros están animados del espíritu de su cabeza y viven su misma vida, así debemos estar animados por el espíritu de Jesús, vivir de su vida, marchar sobre su senda, revestirnos de sus sentimientos e inclinaciones, ejecutar todos nuestros actos con las mismas disposiciones e intenciones suyas; en suma, continuar y

cumplir la vida de Jesús, su religión y sus devociones sobre la tierra.

Este aserto, perfectamente fundado, se apoya en la sagrada palabra de Aquél que es la verdad personificada. Oídlo decir en diversos lugares del Evangelio: «Yo soy la Vida y Yo he venido para que vosotros viváis»; y, «vosotros no queréis venir a Mi para vivir». «Yo vivo y vosotros también viviréis». <En tal día, vosotros conoceréis que Yo estoy en mi Padre, vosotros en Mí y Yo en vosotros». Joan. Xo10; Vo.40 y XIvo.19 y 20.

Esto es, que, como Yo estoy en mi Padre y vivo su propia vida que sin cesar me comunica, de idéntica forma, vosotros estáis en Mí viviendo de Mí, y de tal suerte YO en vosotros vivo y vosotros en Mí y conmigo viviréis.

El discípulo amado así habla: «Dios nos ha otorgado una vida eterna que radica en su Hijo y, quien en sí posee al Hijo de Dios, dueño es de la vida». Por el contrario, «El que en sí no tiene al Hijo de Dios, carece de la vida». Añade, en otra parte: <Dios ha enviado a su Hijo al mundo para que vivamos por El>. lo. Joan. Vo.11 y 12; Ivo.9.

Y en su Apocalipsis por ventura no exclama, poniendo estas palabras en boca del Esposo de nuestras almas: «Venid, venid a Mí, y que todo aquél que tenga sed acuda y si la desea tome el agua de la vida gratuitamente». Todo lo cual está de acuerdo con el pasaje, evangélico en que se nos narra cómo un día el Hijo de Dios, de pie ante crecida multitud, gritaba: «Si alguien tiene sed, que acuda a Mí y que beba».

Y ¿qué nos predica de continuo San Pablo, el apóstol divino, sino que «estamos muertos y que nuestra vida está oculta con Jesucristo en Dios, y que el Eterno Padre nos ha vivificado con Jesucristo

y en Jesucristo»? es decir, que nos ha hecho vivir, no sólo con su Hijo, sino en su Hijo y de la misma vida

VIDA Y REINO DE JESÚS

49 -

de su Hijo. Añade que «debemos manifestar la vida de Jesús en nuestro cuerpo». «Vivo yo, prosigue, mas es Cristo quien vive en mí». Pues bien, si estudiáis atentamente el texto en que hallamos estas afirmaciones, veréis que no habla el Apóstol sólo de sí mismo y en su nombre, sino del cristiano en general. Y finalmente, en otro aparte de su 2ª Epístola a los Tesalonicenses nos dice: «Rogamos a Dios que os haga dignos de vuestra vocación y que ejecute en vosotros poderosamente todos los designios de su bondad y la obra de la fe, a fin de que el nombre de Nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros y vosotros en El».

Todas estas citas de la Sagrada Escritura nos enseñan con evidencia que Jesucristo debe vivir en nosotros y nosotros en El sólo existir; su vida debe ser nuestra vida y ésta una continuación y reflejo de la suya y no tenemos derecho de vivir sobre la tierra sino para llevar, manifestar, santificar, glorificar y hacer vivir y reinar en nosotros el nombre, la vida, las cualidades y perfecciones, los designios e inclinaciones, las virtudes y acciones de Jesús.

Para, mejor comprender y grabar con más fuerza en vuestra alma ésta verdad fundamental de la vida, religión y devoción cristianas, considerad que Jesús Nuestro Señor tiene dos clases de cuerpo y de vida. Posee un cuerpo que es el suyo, personal, que recibió de la Santísima Virgen y una vida que es la propia, corporal y terrena. Su segundo cuerpo es el místico, o sea la Iglesia que San Pablo llama: «Corpus Christi»: *cuerpo de Cristo* y su segunda vida es la que El goza en este cuerpo místico y en todos los verdaderos cristianos, miembros de este cuerpo. La vida perecedera y temporal de Jesús en su cuerpo físico fue la que El en Persona disfrutó hasta el día de su muerte, pero quiere continuarla en su cuerpo místico hasta el fin de los siglos para glorificar a su Padre, no sólo con los actos y sufrimientos de su vida mortal

50 - VIDA Y REINO DE JESÚS

de treinta y cuatro años, sino también con los sufrimientos y actos de todos los cristianos de todos los tiempos hasta el fin del mundo. Por eso, esta vida aún no ha tenido su cabal desarrollo, se desenvuelve día a día en cada cristiano y no tendrá su desenlace definitivo sino al final de los tiempos.

Por esta razón San Pablo afirma que «cumple, por su parte, lo que falta de las fatigas de Cristo en su carne por el bien de su cuerpo (místico), que es la Iglesia». Cal. 19,24.

Pues bien, lo que San Pablo dice de sí mismo se puede también decir de todo cristiano de verdad cuando sufre algo con espíritu de sumisión y de amor a Dios. Y cuanto el Apóstol dice de los sufrimientos puede igualmente afirmar de las restantes acciones del cristiano; ya que, como San Pablo nos asegura que completa los sufrimientos de Jesús, se debe también decir con toda verdad que el cristiano, efectivo que con El está unido por la gracia y que es miembro real de su cuerpo, continúa y cumple en todo cuanto ejecuta los actos del mismo Cristo durante su vida mortal. Por lo tanto, cuando un cristiano hace oración, continúa y completa la oración de Jesús en el mundo; cuando trabaja, continúa y perfecciona la vida laboriosa de Cristo en la tierra; cuando trata con caridad a su prójimo, continúa y cumple la vida social de Nuestro Señor en este suelo; cuando toma sus alimentos o su descanso cristianamente, continúa y complementa el sometimiento de Jesús a estas nuestras necesidades. Y es así como, según San Pablo, «la Iglesia es el complemento de Jesucristo y Este, que es su cabeza, se ve completado totalmente en nosotros». Ef. 1º, 22 y 23. Y en el Capítulo IVº de la misma Epístola afirma rotundamente que «nosotros todos contribuimos a la perfección de Jesucristo y a la plenitud de su edad», esto es, de su desarrollo místico en la Iglesia, que no se terminará sino en

el día del juicio.

VIDA Y REINO DE JESÚS

5 1 -

Ya podéis daros cuenta exacta de la naturaleza de la vida cristiana: ésta no es sino el desarrollo y cumplimiento definitivo de la vida de Jesús; todos nuestros actos no deben ser sino una continuación de los de Cristo, a quien hemos de servir de «alter-ego» sobre la tierra, para en ella proseguir su vida y sus obras y para ejecutar cuanto hagamos y sufrir cuanto padecemos, santa y divinamente, con el espíritu de Jesús o sea con las intenciones y disposiciones suyas santísimas en todos sus trabajos y padecimientos. Por el hecho de ser el Divino Salvador nuestra cabeza y nosotros sus miembros y nuestra unión con El incomprablemente más estrecha, noble y elevada que la existente entre la cabeza y los miembros del cuerpo natural, tenemos que deducir que debemos estar animados más perfecta y especialmente de su espíritu y de su vida que los miembros naturales de un cuerpo físico lo están al participar de la misma vida y espíritu de su cabeza.

Ciertamente con éstas verdades de la mayor importancia que en nosotros originan graves deberes, que ha de meditar seriamente quien quiera vivir como cristiano; consideradlas, Pues, a menudo atentamente y recordad, que la vida religiosa y devota del cristiano piadoso consiste propia y verdaderamente en continuar la vida santísima de Jesús en la tierra, motivo por el cual, no sólo los religiosos, sino los cristianos todos están obligados a vivir santamente y a ejecutar todos los actos de su existencia con gran santidad y Perfección. Y no es ello tan difícil, ni mucho menos imposible, como no pocos imaginan, mas, por el contrario muy suave y sencillísimo si tomamos el hábito de levantar nuestro espíritu y nuestro corazón a Jesús y de entregarnos y unirnos a El en todas nuestras acciones.

CAPITULO 11

FUNDAMENTOS DE LA VIDA CRISTIANA

Puesto que no existimos sino para continuar la vida santa y perfecta de nuestra cabeza, Jesús, hemos de considerar cuatro cosas en su vida terrena y a menudo rendirles él homenaje de nuestra adoración, procurando en cuanto nos sea factible, con el divino en auxilio, reproducirlas y continuarlas en nuestra propia vida; cosas son éstas que constituyen los cuatro fundamentos de la vida, de la piedad y de la santidad cristiana, sin los cuales éstas son imposibles.

SECCIÓN PRIMERA

1e - La Fe, primer fundamento de la vida y santidad del Cristiano

El primer fundamento de la vida cristiana es la Fe. San Pablo, en efecto, así nos lo enseña: «Si queremos llegar hasta Dios y acercarnos a su Divina Majestad, el primer paso a dar es creer, pues, sin la Fe es imposible agradar al Señor. La Fe, añade, es la substancia y base de cuanto esperamos». Hebr. Xlo,6. La Fe es la piedra fundamental de la mansión y reino de Cristo; es una luz celeste y divina, una participación de la eterna e inaccesible Luz de Dios: un destello de su Faz, 0, para hablar en términos del Espíritu Santo, «la Fe es un carácter divino por el que la luz de la Divina Faz se ha impreso, en nuestras almas». Ps.IVo,7. Es una comunicación y cuasi-extensión de la Luz y ciencia divina infusa en el alma santa de Jesús en el momento mismo de su Encarnación. Es la ciencia salvadora, la ciencia de los Santos la ciencia de Dios que Jesús bebió en el seno mismo de su Padre

VIDA Y REINO DE JESÚS

y trajo a este mundo para disipar sus tinieblas, para iluminar nuestros corazones y darnos los conocimientos necesarios para servir y amar a Dios con perfección, con el fin de someter nuestro espíritu a las verdades que El personalmente nos enseñó y sigue brindándonos por medio de su Iglesia.

Esta fe, que Jesucristo nos dio, cautivando nuestras inteligencias y plegándonos a la creencia de las verdades eternas, es una continuación y como reflejo de la amorosa sumisión del Espíritu humano de Jesús a las verdades que su Padre Eterno le anunció.

Son esta luz y esta ciencia las que nos hacen conocer a perfección todo cuanto en Dios y fuera de El existe. A menudo la razón y la humana ciencia nos engañan, pues en verdad son débiles y limitadas en demasía sus luces para alcanzar el conocimiento de las cosas de Dios de suyo incomprendibles e infinitas; y, por otra parte la ciencia y la razón humana, obscurecidas por el pecado y sus consecuencias, son impotentes para lograr un conocimiento real de los seres existentes fuera de Dios. Mas la luz esplendorosa de la fe, por ser un destello de la verdad y de la luz divina, no ha de engañarnos: nos hace ver las cosas tal como Dios las ve, es decir, en toda la brillantez de su verdad y cual son ante sus ojos divinos.

Así, pues, si miramos a Dios con los ojos de la fe, lo veremos en su verdad tal cual es y como cara a cara. La fe, indudablemente, no carece de obscuridad y nos hace ver a Dios de una manera imprecisa, opaca y como al través de espesa niebla; sin embargo, no tiene la pretensión de abatir la Majestad infinita hasta nuestro espíritu, como lo hace la humana ciencia, pero penetra a través de sus sombras y oscuros velos, en el infinito mismo de Dios y nos lo revela cual es en sí mismo y en todas sus divinas perfecciones. Ella nos enseña que cuanto hay en Dios y en Jesucristo Hombre-Dios es infinitamente grande y admirable y en grado infinito digno de adoración y

amor en si mismo. Ella nos manifiesta que Dios es infinitamente veraz en sus palabras y fiel a sus promesas; que es todo bondad, dulzura y amor para con quienes le buscan y en El ponen su confianza, y todo rigor, severidad y terror para quienes le abandonan o desdeñan y que no hay nada más espantoso que caer en manos de su justicia inexorable.

Ella nos infunde un conocimiento segurísimo de que la Divina Providencia conduce y gobierna todo el universo con sabiduría y santidad infinita y que merece nuestra adoración y amor por cuanto ordena en su justicia o en su misericordia en el cielo, en la tierra y en el infierno.

Si miramos la Iglesia de Dios a la luz de la fe, veremos que, teniendo a Jesucristo por cabeza y por guía al Espíritu Santo, es absolutamente imposible que pueda alejarse de la verdad para caer en el error, y, por lo tanto, que todas las ceremonias, costumbres y funciones de ella están caracterizadas por la santidad de su Fundador; que cuanto ella prohíbe u ordena con todo derecho, prohibido o mandado ha de ser; que todo lo que ella nos enseña, sin falta ha de estar ajustado a la verdad y que, de consiguiente, hemos de estar dispuestos a morir mil veces antes que apartarnos una línea siquiera de dichas verdades; y, finalmente, que estamos obligados a respetar y honrar todas las cosas de la Iglesia como santas y sagradas.

Si, en fin, detenernos la mirada en nosotros mismos y en el mundo que nos rodea, a la luz de la fe hemos de convenir que no somos sino nada, pecado y abominación y el mundo todo, humo, ilusión y vanidad.

Es así como hemos de verlo todo, no según la vanidad engañosa de nuestros sentidos, no con los ojos de nuestro cuerpo, no con la corta y engañosa mirada de la razón y de la ciencia humana; sino en cambio, según la verdad de Dios y con los ojos de Jesucristo, es decir, al resplandor de la divina luz que adquirió en el regazo de su Padre, y que nos vino a traer

5 6 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

a este mundo para hacernos participantes de su ciencia y verdad indeficiente.

2e - La Fe debe ser regla de toda nuestro actividad

Si hemos de mirarlo todo a la luz de la fe para conocerlo con certeza, debemos ejecutar todos nuestros actos bajo sus mismos resplandores para proceder santamente. En efecto, Dios se gobierna por su sabiduría infinita, los Ángeles por su poderosa inteligencia, los hombres, carentes de la luz de la fe, por la razón, los mundanos, por las máximas del siglo, los voluptuosos, por sus sentidos; del mismo modo el cristiano se ha de conducir por la misma luz de Jesucristo, su cabeza, es decir, por la fe, que no es sino una participación de su ciencia y de su luz.

Veda aquí Por qué hemos de esforzarnos por todos los medios por aprender esta ciencia divina y por no desdeñar jamás sus directivas. Y así, al principio de nuestras acciones, en especial de las más importantes prosternémonos a los pies del Hijo de Dios, adorémosle como autor y consumidor de la fe, como Padre de la verdadera luz que ilumina a todos los humanos .

Reconozcamos que no somos sino tinieblas y que las luces todas de la razón, del saber y aún de la experiencia humana no son a menudo más que ilusoria oscuridad en la cual en forma alguna podemos confiar. Renunciemos a la prudencia de la carne y a la sabiduría del mundo; supliquemos a Jesús que las destruya en nosotros y que jamás permita que sigamos sus leyes y máximas engañosas; que, antes bien, nos ilumine con su luz celestial, nos guíe con su divina ciencia, nos dé a conocer su

voluntad, nos conceda la gracia y la fortaleza para adherirnos firmemente a sus palabras y promesas cerrando nuestros oídos a los

VIDA Y REINO DE JESÚS

57 -

imperativos de la prudencia humana y anteponiéndoles con valor las verdades y máximas de la fe, consignadas en el Santo Evangelio y en la doctrina constante de la Iglesia.

Para ello, sería muy conveniente leer todos los días de rodillas un capítulo de la «Vida de Jesús» en el Nuevo Testamento; así os daríais cuenta del género de vida de vuestro Padre en el mundo: por la consideración de cuanto hizo, de cuantas virtudes practicó y de las palabras que pronunció, deduciríais las reglas y máximas a las que ajustó su vida y que deben ser precisamente las que regulen la vuestra, pues la prudencia cristiana consiste en renunciar a las normas de la humana invocando el espíritu de Jesucristo para que nos ilumine y conduzca según sus máximas y nos gobierne de acuerdo con las verdades que nos enseñó, imitando sus acciones y virtudes. En esto consiste la vida de fe.

SECCIÓN SEGUNDA

El ocho y la fuga del pecado son el segundo fundamento de la vida y santidad cristiana

Obligados a continuar sobre la tierra la vida santa y divina de Jesús, debernos también revestirnos de sus sentimientos e inclinaciones según la enseñanza de su Apóstol: «Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu»: Conformaos al sentir de Jesucristo, quien estaba animado de dos sentimientos totalmente contrarios: uno de amor infinito a su Padre y a nosotros, experimentando a la vez un odio sumo a cuanto se opone a su gloria y al bien de nuestras almas, el pecado. Porque así como ama con infinito amor al Padre y a los hombres, con infinito odio aborrece el pecado: de tal suerte ama a su Padre y nos ama a nosotros

58 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

que no vaciló en acometer la empresa infinitamente grande de la Redención, sufriendo toda clase de tormentos y martirios y sacrificando finalmente su preciosa vida por la gloria de su Padre y por el amor de todos nosotros. Y por contraposición, es tal el horror que tiene al pecado, que bajó del cielo a la tierra, se aniquiló a sí mismo tomando la mísera apariencia del esclavo, vivió treinta y cuatro años una vida toda llena de trabajos, desprecios y sinsabores, derramó su sangre hasta la última gota y murió, por fin, en el tormento más vergonzoso, humillante y cruel que imaginar podamos: todo ello, debido al odio inmenso que le tiene al pecado y el deseo infinito de destruirlo en nuestros corazones.

Ahora bien, nosotros debernos tener los mismos sentimientos de Jesús respecto de su Padre y para con el pecado; hemos de proseguir la guerra que hizo al pecado mientras vivió sobre la tierra; Obligados estamos a amar a Dios sobre todas las cosas y con todo nuestro corazón, nos vemos, por tanto, en la necesidad imperiosa de aborrecer el pecado con toda la fuerza de nuestra voluntad.

Y para convenceros mejor de esta obligación, mirad en adelante el pecado, no cual lo consideran los hombres con miras carnales y ciegas, sino, como Dios lo ve, a la divina luz de sus ojos, con la luz de la fe.

A sus resplandores y con la mirada misma de Dios veréis que el pecado es en cierta manera infinitamente contrario y opuesto a Dios y a sus perfecciones todas, ya que nos priva de la posesión de Dios. Por ende, entraña en sí tanta malicia, tal locura, fealdad y horror, como Dios encierra de

bondad, de sabiduría, de belleza y de santidad. Por lo mismo tan odiado y perseguido merece ser como merece ser amado y anhelado nuestro Divino Señor. Comprenderéis, entonces, que el pecado es algo tan horrible que no pudo ser borrado sino con la sangre de un Dios; tan detestable, que no pudo ser extirpado y destruido

59 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

sino con la muerte y destrucción de un Hombre-Dios; tan abominable, que no pudo ser aniquilado sino con el aniquilamiento del Hijo de Dios; tan execrable a sus divinos ojos, que la injuria y deshonra infinita que le ocasionan, no pudo repararse sino con los trabajos, sufrimientos, agonías y muerte de un Dios.

Veréis que el pecado es un homicidio cruel, un deicidio horrendo y una total abominable destrucción de cuanto existe. Homicidio lo es, ya que él es la única causa de la muerte del cuerpo y del alma humana; deicidio lo es, pues el pecado y el pecador han hecho morir a Jesucristo sobre el madero de la cruz, y a diario lo vuelven a crucificar todos los pecados y pecadores del mundo; finalmente, total aniquilamiento y destrucción de la naturaleza, de la gracia, de la gloria y de cuanto existe lo es, puesto que, al destruir en cuanto puede, al autor de todo esto, por lo mismo acaba con ello.

Aún más, veréis que el pecado es tan detestable ante Dios, que la primera, la más noble y la más cara de todas sus criaturas, el Ángel, al caer en un solo pecado, y de pensamiento nada más y que no duró sino un instante, al punto fue precipitado por la Divina Justicia desde lo más alto de los cielos a lo más profundo de los infiernos, sin haberle otorgado un momento siquiera para arrepentirse, ya que era indigno de penitencia o incapaz de ella.

Y cuando a la hora de la muerte halla un alma en estado de pecado mortal, a pesar de ser Él todo misericordia y bondad infinita para su criatura, a pesar de experimentar un anhelo inmenso de salvar a todo el mundo, ya que por su salvación vertió toda su sangre, sin embargo se ve constreñido por su justicia a Pronunciar una sentencia de eterna condenación contra esta alma miserable y pecadora.

Pero, lo más asombroso y desconcertante es que el Eterno Padre, al ver a su propio Hijo, a su único y amadísimo Hijo, santo e inocente cual ninguno, cargar

60 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

con los pecados ajenos, «no lo perdonó, dice San Pablo, antes bien, lo entregó a la cruz y a la muerte». Decidme, ¿no os parece ahora, después de considerar todas estas verdades, abominable y odioso el pecado? Veréis también que el pecado está tan lleno de malicia que transforma a los siervos de Dios en esclavos del demonio, a los hijos de Dios en hijos de satanás, a los miembros de Jesús en miembros del diablo y aún, a quienes por gracia y participación en cierta manera son dioses, los convierte en demonios por analogía e imitación, según palabras mismas de la Eterna Verdad, cuando refiriéndose a Judas, el traidor, dijo: «Unus ex vobis diabolus est»: uno de vosotros es un demonio.

Conoceréis, por último, que el pecado es el mal de los males y la desgracia de las desgracias; que es la fuente de cuantas desdichas y calamidades colman la tierra y el infierno; en suma, que es el único mal que merezca el nombre de tal; que es lo más terrible y espantoso que existe: más horrible que la muerte, más repulsivo que el demonio y más temible que el infierno, ya que cuanto de horrible, repulsivo y temible tienen la muerte, el demonio y el infierno, al pecado y sólo al pecado se lo deben. Oh pecado! cuán detestable eres! ... Oh! si los hombres te conocieran!... Oh! preciso es decirlo: hay en tí algo que es infinitamente peor y más espantoso de lo que imaginar y decir podamos,

puesto que el alma manchada por tu podredumbre corrompida no puede ser lavada y purificada sino con la sangre de Dios y tú no puedes ser destruido y aniquilado sino con la muerte y el aniquilamiento del Hombre-Dios!

Oh! Dios mío! No me maravilla el que aborrecáis tanto a este monstruo infernal y el que de tal suerte lo castigáis. Asímbrense los que no os conocen y quienes ignoran la injuria que con el pecado se os irroga. En verdad, Señor, no seríais Dios si no odiarais infinitamente la iniquidad, pues teniendo por feliz

VIDA Y REINO DE JESÚS

6 1 -

necesidad que amaros con infinito amor a Vos mismo, por lo mismo estáis obligado a Odiar con infinito aborrecimiento cuanto a vuestra infinita bondad se opone. Oh cristianos que leéis estas eternas verdades, si aún os queda una chispa de amor a Dios y de celo por la gloria de Aquél a quien adoráis, tened el mismo horror y el mismo odio que El tiene al enemigo jurado de su amor y de su gloria. Temed y huí el pecado más que la peste, más que la muerte, más que todos los males del mundo. Tomad la firme resolución de sufrir mil muertes en medio de los más horribles tormentos antes que alejaros de Dios por un solo pecado.

Y, para que el Señor os libre de semejante desgracia, guardaos de cometer aún un solo pecado venial deliberado; pues debéis recordar que fue preciso que Nuestro Señor derramara íntegra su sangre y sacrificara su divina existencia para borrar no sólo el pecado mortal sino también el venial y que, quien tiene poco o ningún escrúpulo de caer en faltas veniales pronto incurrirá en las mortales. Si carecéis de tales propósitos y disposiciones, rogad a Nuestro Señor os las imprima en el alma y no os sintáis tranquilos mientras no lo hayáis logrado. Porque, en tanto no estéis resueltos a morir y a sufrir toda clase de desprecios o tormentos antes que cometer la menor falta, sabed qué no seréis verdaderos cristianos. Y si os acaeciere incurrir en un pecado cualquiera, procurad levantaros cuanto antes por medio de la contrición y de la penitencia, confesando al sacerdote de Dios vuestra culpa para recobrar, con la paz interior, la gracia de Dios.

6 2 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

SECCIÓN TERCERA

1e - El desprendimiento del mundo y de sus bienes, tercer fundamento de la vida y santidad cristiana

No le basta a un cristiano el verse libre del vicio y aborrecer todo pecado; tiene igualmente la obligación indeclinable de trabajar por desprenderse del mundo y de sus bienes. Y entiendo por mundo la vida corrompida y desordenada que en él se sigue, el espíritu perverso que en él impera, los sentimientos e inclinaciones perniciosas que fomenta y estimula, las leyes y máximas culpables que lo gobiernan; y los bienes del mundo son las cosas que él aprecia, ambiciona y desea: los honores y alabanzas humanas, los placeres, las diversiones, las riquezas, las comodidades temporales, las amistades y afectos carnales y la permanente satisfacción del amor propio y del propio interés.

Contemplad la vida de Nuestro Señor Jesucristo y observaréis que vivió en medio del mayor desprendimiento y pobreza. Leed su Evangelio, escuchad sus palabras y aprenderéis que «quien no renuncia a todo no puede ser su discípulo Luc. XIV, 33. Así, pues, si anheláis ser verdaderos cristianos y discípulos de Jesús, para continuar y reproducir en vosotros su vida de santidad y perfecto desprecio de los bienes terrenales, es preciso esforzaros por fundamentar vuestra vida sobre esa doble renuncia del mundo y de todo lo que él pueda brindaros.

Para lograrlo, a menudo deberéis considerar que en todo tiempo fue y será siempre el enemigo declarado de Jesús, que él lo persiguió y colgó de una cruz, que sin descanso lo perseguirá y crucificará de nuevo hasta la consumación de los siglos; que los sentimientos, inclinaciones, máximas, leyes, vida y espíritu

VIDA Y REINO DE JESÚS

6 3 -

del mundo serán invariablemente opuestos al espíritu, vida, leyes, máximas, inclinaciones y sentimientos de Jesús y que pretender amalgamarlos en el mismo individuo es una utopía moral, pues los sentimientos e inclinaciones de Nuestro Señor no tienden sino a la gloria de su Padre y a nuestra santificación, en tanto que él mundo por su misma naturaleza nos arrastra necesariamente al pecado y a la perdición.

Las leyes y máximas de Cristo son suaves, santas y razonables en grado sumo, las del mundo, en cambio, son infernales, diabólicas, tiránicas e insoportables. ¿Qué podrá haber de más diabólico y deprimente que las leyes execrables de esos esclavos del demonio que se ven en la necesidad imperiosa de sacrificar su bien, su alma, su salvación misma un maldito punto de honor? Y lo que es más horrible, si cabe, es el hecho de verse a menudo constreñidos por la tiranía rabiosa de las abominables leyes del mundo a batirse a sangre fría. sin motivo ni razón alguna, por la loca pasión de un impertinente a quien en Ocasiones ni siquiera conocen, con el mejor de sus amigos, a clavarle con la espada la muerte en el corazón para arrancarle el alma y entregarla indefensa en manos de Satanás y a las llamas del infierno. ¡ Oh, Dios mío!. . . ¡qué crueldad tan detestable! ¿Podrá haber nada más duro y tiránico?

La de Jesús es una vida santa y adornada de toda suerte de virtudes; la del mundo, es depravada, llena de desórdenes y vicios Odiosos.

El espíritu de Jesús irradia luz, verdad, amor y confianza; el del mundo, rebosa el error, la incredulidad, las tinieblas, la ceguera, la desconfianza, la murmuración. El de Jesús resplandece de celo y reverencia por Dios, mientras que el de los mundanos se caracteriza por su impiedad, irreverencia y frialdad hacia el Creador.

El de Jesús es un espíritu de humildad, modestia, desconfianza de sí mismo, mortificación abnegada y

6 4 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

firme constancia en los que lo poseen; por el contrario, el que gobierna a los secuaces del mundo, no les dicta sino orgullo, presunción, amor desordenado de sí mismos, frivolidad e inconstancia.

Espíritu de misericordia, de caridad, de paciencia, de dulzura y de unión con el prójimo es el de Jesús; el del mundo es un espíritu de venganza, de envidia, de impaciencia, de cólera, de maledicencia y de discordia.

En suma, el espíritu de Jesús es el de Dios, Espíritu santo y divino, dotado de todas las gracias, virtudes y bendiciones, fuente de paz y tranquilidad, que no busca sino los intereses de Dios y de su gloria; y, antítesis pasmosa, el espíritu del mundo no es otro que el de Satán, pues, siendo éste el príncipe y jefe del mundo, do, necesariamente imprime su espíritu en las leyes y normas con que lo gobierna: espíritu terreno, carnal y mezquino, espíritu pecaminoso y maldito, espíritu de revuelta y turbación, espíritu inquieto de huracanes tempestuosos: «Spíritus procellarum», que no busca anhelante sino sus propias comodidades, placeres y conveniencias personales. Juzgad, cristianos, ahora si podrá haber compatibilidad posible entre estos dos espíritus: el de Dios y el de Satanás.

Hé aquí por qué, si deseáis ser cristianos a carta cabal, es decir, pertenecer de verdad a Jesucristo, vivir de su vida, estar animados de su espíritu, regiros por sus máximas, es de todo punto indispensable que os decidáis a renunciar enteramente al mundo y a darle un adiós eterno. No quiero decir que sea preciso abandonar el mundo para encerraros dentro de cuatro paredes, a menos que Dios os llame al claustro, sino que os esforcéis por vivir en el mundo pero sin pertenecerle, esto es: que hagáis pública, generosa y constante profesión de no vivir de su vida, de no gobernar vuestra conducta por sus normas y leyes, de no seguir su espíritu; que, lejos de sentirnos avergonzados de vuestra fe, os manifestéis orgullosos de ser cristianos

VIDA Y REINO DE JESÚS

6 5 -

de pertenecer a Jesucristo, de preferir las santas máximas y verdades de su Evangelio a las perniciosas falsedades que el mundo enseña a sus adeptos y que al menos tengáis tanto valor y firmeza para distanciaros de las leyes, sentimientos e inclinaciones mundanas y para despreciar las vanas conversaciones del siglo y sus engañosas opiniones, cuanta impía audacia y temeridad ingañosa ostenta el mundo en despreciar las leyes y máximas de Cristo y en hacer burla de sus nobles seguidores.

Porque en esto consiste el verdadero valor y la generosidad perfecta; lo que el mundo llama coraje y fuerza espiritual no es sino cobardía y debilidad lamentable de la voluntad. Hé aquí, a mi juicio, lo que significa desprenderse del mundo, renunciar a él y en él vivir sin dejarse contagiar de su espíritu perverso y corrompido.

2e - Jesucristo y el Mundo

A fin de afirmar mejor en vuestros corazones la necesidad del desprendimiento del mundo, es indispensable que no sólo os esforcéis por alejaros de él, sino que le profeséis el mismo horror y aborrecimiento que le inspiró siempre a Nuestro Divino Maestro. Ahora bien, Jesús experimenta tal horror para con el mundo que no sólo nos exhorta por boca de su discípulo Predilecto a «no amar el mundo y sus bienes Perecederos», I Joan.11o,15 -sino que declara, por labios del apóstol Santiago que «la amistad del mundo es enemiga de Dios», Jac.IVo,4-, es decir, que considera Nuestro Señor como enemigos suyos a los que son amigos del mundo. Y El mismo nos asegura que «su reino no pertenece a este mundo», Joan.XVIIIo,36, que «El no es del mundo, así como tampoco los que el Padre le confió», Joan.XVIo,12-16. Y la víspera de su muerte, en día y hora en que hace mayor gala de su

6 6 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

amor y misericordia por los hombres, en la última Cena con sus apóstoles, protesta solemnemente, dejándonos espantados con la dureza de esta declaración, que «El no ruega por el mundo», Joan. XVIIo,9. Fulmina así el anatema, la maldición, la excomunión más horrenda que han escuchado los siglos, afirmando con indignación y cólera divina que el mundo es enteramente indigno de participar de sus oraciones y misericordias.

Por último nos asegura que «la sentencia sobre el mundo ya ha sido pronunciada y que el príncipe de las tinieblas, el amo del mundo, será expulsado», Joan. X11o,31. Efectivamente, desde que el mundo incurrió en la consumación de los siglos. Ved de qué manera gó inmisericorde de inmediato, condenándolo a la destrucción por el fuego de su ira. Sentencia ésta, que no por diferida en su ejecución, dejará de realizarse en la consumación de los siglos. Ved de qué manera tan implacable persigue Jesucristo con su odio y maldición justiciera al mundo, al que tiene el anhelo y designio de reducir a cenizas en el día de su cólera.

Penetraos, pues, de estos sentimientos e inclinaciones de Jesús respecto del mundo y de cuanto con él se relaciona. Miradlo en adelante como nuestro adorable Salvador, es decir, como objeto de su odio y maldición, que os prohíbe amar bajo pena de incurrir en su enemistad, como algo que El en persona maldijo y excomulgó y con el cual, por consiguiente, no debéis tratar, para no caer bajo el peso tremendo de la misma maldición; consideradlo, en fin, como una cosa aborrecible y perversa que Jesús anhela quemar y reducir a pavezas. Mirad cuanto el mundo aprecia y desea, a saber: los placeres, los honores, las riquezas, las relaciones y afectos mundanos, como algo perecedero, según el oráculo divino: «Mundus transit et concupiscentia ejus», I, Joan, 11o,17. Los bienes terrenos, en efecto, no son sino humo, ilusión engañosa, vanidad y aflicción espiritual. Leed y medita frecuentemente estas

VIDA Y REINO DE JESÚS

67 -

verdades y pedid cada día a Nuestro Señor las grabe profundamente en vuestro espíritu.

Y para disponeros a ello con eficacia, emplead cada día algún tiempo en adorar a Jesucristo en su total desprendimiento del mundo y suplicadle os arranque enteramente del corazón todo afecto mundano e imprima en él un odio, un horror y un desprecio absoluto de todos sus bienes. Por vuestra parte, procurad no dejaros enredar en visitas y relaciones sociales de carácter netamente mundano. Si es que ya estáis esclavizados a este inútil pasatiempo de la vida de sociedad, renunciad a él, por Dios, cueste lo que cueste y huíd de los lugares, personas y compañías en que sólo se habla del mundo y sus vanidades; pues, como no se trata en tales reuniones sino con aprecio y estima de estas cosas, es casi imposible dejen de influenciar vuestro espíritu con peligro para vuestra salvación. Además, ¿qué ganaríais en la sociedad de los mundanos? No hallaréis en su trato sino inútil pérdida de tiempo, triste disipación y vacío espiritual, desengaños, amarguras, frío en el alma, abandono de Dios y ocasión de ofender a Nuestro Señor continuamente. Y mientras andéis en pos del trato y familiaridad con los mundanos, Aquél que pone toda su dicha en vivir con los hijos de los hombres, no se gozará en estar con vosotros; no os hará saborear la delicia de su presencia, de su suave amistad. Huíd, pues, del mundo, os lo repito una vez más; huíd de él y aborrecedlo porque su vida, su espíritu y sus máximas son perversas; y, en cuanto podáis, evitad su amistad y trato, no relacionándoos sino con aquellos a quienes podéis ayudar o de quienes podéis recibir un estímulo para amar más y más a nuestro amabilísimo Jesús, para vivir de su espíritu y para detestar cuanto a El se opone y a su santo amor.

68 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

SECCIÓN CUARTA

1e - El desprendimiento de sí mismo

Mucho es haber logrado renunciar al mundo en la forma que acabamos de exponer, mas no hasta esto para poseer el total desprendimiento, base principal de la vida cristiana. Proclama, en efecto, Nuestro Señor con toda claridad que «quien desee ir en seguimiento suyo ha de renunciarse a sí mismo y seguirle» Mat. XVIo,24. Por consiguiente, si anhelamos ser del séquito de Jesús y pertenecerle, es preciso renunciar a nosotros mismos, a nuestro espíritu propio, a nuestras ideas personales, a nuestro propio querer, a nuestros caprichos; deseos e inclinaciones, a nuestro amor propio, sobre todo, que nos induce a odiar y evitar cuanto apena y mortifica nuestro espíritu y nuestro cuerpo, y a apreciar y buscar todo cuanto puede procurarles algún placer o satisfacción a los mismos.

Dos razones poderosas nos obligan a esta abnegación y renunciamiento. Primeramente, es tal la depravación y el desorden, consecuencia de la corrupción del pecado, que experimentamos dentro de

nosotros mismos, que en verdad nada hay en nosotros que en cuanto de nosotros dependa, no sea contrario a Dios, no sea un obstáculo invencible casi a sus designios, a su amor y a su gloria. Así, pues, si deseamos ser de Dios, es indispensable renunciar a nosotros mismos, olvidarnos, aborrecernos, perseguirnos, perdernos y aniquilarnos totalmente en su Divina presencia.

En segundo lugar, Nuestro Señor Jesucristo, nuestro modelo y jefe, en quien todo era santo y divino, vivió, con todo, en tal desprendimiento de sí mismo y en tal aniquilamiento de su voluntad, de su espíritu y de su amor propio que jamás ejecutó acción alguna guiado por su propio parecer o por la iniciativa de su espíritu humano sino siempre por inspiración del espíritu de su Padre celestial; y tratándose a sí mismo

VIDA Y REINO DE JESÚS

69 -

como si en vez de amor sólo por su persona experimentara un odio extremo, ya que, por una parte, se privó en la tierra de una gloria y felicidad infinita y de todo placer y humana satisfacción, mientras buscaba, por otra, cuanto podía ocasionar algún dolor o sufrimiento a su cuerpo y a su alma.

De tal suerte, si de verdad somos sus miembros, debemos compenetrarnos de sus sentimientos y disposiciones y tomar una firmísima resolución de vivir en adelante en el más completo desprendimiento, olvido y odio de nosotros mismos. Para lograrlo, adorad a menudo a Jesús en su desprendimiento personal, y entregaos a El, suplicándole os desligue de vosotros mismos, de vuestro espíritu, voluntad y amor propio para uniros perfectamente a El y conduciros siempre y en todo por su espíritu, voluntad y puro amor.

Al empezar cada acto del día, elevad hasta El vuestro corazón, diciéndole: «Oh Jesús! renuncio firme y decididamente a mí mismo, a mi propio espíritu, a mi voluntad y amor propio, para darme del todo a Vos, a vuestro santo espíritu y divino amor; liberadme de mí mismo, y conducidme en esta acción según vuestro beneplácito». En las discusiones que necesariamente ocurren a cada paso por razón de la diversidad de opiniones, -aun creyendo tener vosotros toda la razón de vuestra parte, renunciad de buen grado a vuestro parecer personal para adheriros al ajeno, siempre y cuando la gloria de Dios en modo alguno por ello quede afectada.

Al experimentar un deseo o capricho cualquiera, destruídlo de inmediato a los pies de Jesús, protestándole que no queréis nada distinto de lo que El ordene respecto de vosotros. Tan pronto como sintáis nacer en vuestro corazón un afecto o inclinación sensible a cualquier objeto o persona, dirigíos al punto a Jesús para decirle: «Oh! mi amado Señor, os doy mi corazón con todos sus afectos y haced, amor de mi amo

70 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

res, que nunca ame a nadie ni nada sino en Vos y para Vos!>

Cuando se os tribute una alabanza, deponedla a los pies de Nuestro Señor con estas o parecidas palabras: «Oh! Jesús, mi única gloria, no aspiro a otra gloria que no sea la vuestra, porque a solo Vos se debe honor, gloria y alabanza, a mí, abyección, desprecio y humillaciones».

Si se os presentan mortificaciones morales o corporales, ocasión de privaros de algún placer, (lo que a menudo acontece), aceptadlas gustosos por amor a Dios, bendiciéndolo por proporcionaros la oportunidad de mortificar vuestro amor propio y de honrar las privaciones y sufrimientos que El soportó por nosotros en la tierra. Sentía alguna alegría o consuelo, brindádselos a Quien es fuente de felicidad, diciéndole: «Oh! Jesús, jamás quiero otro contento que no sea el vuestro; me basta para ser feliz, saber que Vos, Señor, sois Dios y por lo mismo, mi Dios. Oh! Jesús, sed siempre Jesús, lleno

de gloria, de grandeza y de felicidad; con esto soy perfectamente dichoso. Oh! mi Jesús, no permitáis que finque yo algún día mi felicidad fuera de Vos; haced que pueda repetir con la reina Ester: «Vos sabéis, Señor Dios, que nunca me he regocijado sino en Vos!» Esth.XIV,18.

2e - La Perfección del desprendimiento cristiano

La perfección de la abnegación o desprendimiento Cristiano no consiste tan sólo en vivir desprendidos del mundo y de nosotros mismos; va más allá y nos lleva aún a desprendernos, en cierto modo, de Dios mismo. ¿Ignoráis acaso que Nuestro Señor cuando vivía en medio de sus apóstoles les aseguró en cierta ocasión que les habría de convenir su separación para volar al lado de su Padre y enviarles el Espíritu Santo?

VIDA Y REINO DE JESÚS

71 -

Y, ¿por qué razón? Porque estaban demasiado apagados a su persona y a los consuelos que la presencia de su humanidad sagrada y su amable Compañía les proporcionaba, constituyendo esto, en cierto modo, un impedimento a la venida del Espíritu Santo a sus almas. Dedúcese de este episodio evangélico cuán necesario es estar totalmente desprendido de todo, aún de las cosas santas y divinas, para que el espíritu de Jesús, que es el del Cristianismo nos penetre y vivifique.

Y por este motivo me atrevo a afirmar que en cierta manera debemos desprendernos aún de Dios. es decir, de las dulzuras y consuelos que suelen producir la gracia y el amor divino en nuestras almas, de los designios piadosos que ideamos para glorificar mejor a Dios, de las ansias que sentimos de mayor perfección y de amor a Dios, y aún del anhelo vehemente que podamos tal vez tener de vernos liberados de esta carne de pecado para ver a Dios, unirnos a El y amarlo con perfección y seguridad definitiva.

Así pues, cuando Dios nos da a gustar la dulzura de su bondad en los ejercicios de piedad, debernos guardarnos del apego a esa dicha espiritual, y humillarnos al punto, considerándonos indignos en grado sumo de todo consuelo y estando dispuestos a la privación de tales gracias, al Dios tal cosa dispusiera. Hemos, entonces, de protestar a Nuestro Señor que deseamos servirlo y amarlo, no por los consuelos que concede en este mundo y en el otro a quienes le aman y sirven, sino por amor a El y por agradarlo. ¿Hemos decidido hacer algo por la gloria de Dios? Es evidente que debernos entregarnos de lleno a su cabal realización, pero dispuestos, eso sí, a que, si por una causa cualquiera nos viéramos en la necesidad de interrumpir su total ejecución, no perdamos la calma y la paz interior y nos enfrentemos resignados y satisfechos ante el fracaso aparente, felices de someternos a la

72 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

voluntad de Dios que en definitiva preside todos los acontecimientos que nos conciernen.

Igualmente, debemos luchar con toda firmeza por vencer nuestras pasiones, vicios y defectos hasta lograr la perfección, pero hemos de trabajar en ello sin afanes y desmedida ambición, de suerte que, al comprobar que aún distamos mucho de la virtud perfecta y del amor debido a Dios, no perdamos la paz interior y el control de nuestros esfuerzos, humillándonos por los obstáculos que nosotros mismos levantamos a este piadoso designio, felices de nuestra propia abyección y satisfechos con lo que a Nuestro Señor le parezca bien otorgarnos y perseverando siempre en el deseo de progresar, esperando sólo de su bondad infinita nos conceda las gracias requeridas para servirlo con la perfección que de nosotros exige.

También hemos de vivir deseosos, anhelantes, ansiosos de ver llegar la hora y el momento que nos separarán totalmente de la tierra, del pecado y de nuestras imperfecciones para arrojarnos en los

brazos de Dios y en las llamas de su santo amor; mas, en el desarrollo de los planes divinos sobre nuestra santifica, santificación personal, a pesar de nuestras ansias de liberación de la carne pecadora y de la unión perfecta con nuestro Dios, cuidémonos de contrariar la voluntad divina, observando una santa indiferencia y un tranquilo abandono a sus quereres y designios sobre nosotros; de suerte que si fuere voluntad de Dios el que aún por muchos años tengamos que permanecer lejos de El en este suelo privados de su contemplación beatífica hasta el juicio final, dichosos de cumplir esta voluntad soberana, sepamos siempre manifestarle nuestra conformidad, resignación y alegría ante tan dura prueba.

Es esto lo que llamo yo desprendimiento de Dios, Y lié aquí la esencia de la perfección en cuanto se refiere al total renunciamiento del mundo, de sí mismo y de todo, a que estamos obligados como cristianos que

VIDA Y REINO DE JESÚS

73 -

somos. Oh! cuán dulce es verse así libres y desligados de todo lazo.

Se creerá talvez que es sumamente difícil lograr esto; mas no, todo se nos facilitaría si nos entregáramos sin reserva y totalmente al Hijo de Dios, y si fincáramos nuestra seguridad y confianza, no en nuestras pobres fuerzas y buenos propósitos sino en la grandeza de su bondad y en el poder de su gracia y de su amor; pues donde el amor divino impera y domina, todo se realiza con una dulzura es que tenemos que violentar nos penas y sacrificios, por mil amarguras pero a pesar de ello, en las sendas del amor de Dios hallaremos más suavidad que amargas hieles, más dulzuras que rigores.

Ah! Salvador mío, qué gloria obtenéis, cuántas delicias disfrutáis, cuán grandes cosas ejecutáis en el alma que camina valerosamente por vuestra senda, abandonándolo así todo, despojada de todo, aún en cierta manera de Vos mismo, para darse con mayor perfección toda a Vos! Cuán estrechamente la unís a Vos! Cuán santamente os la apropiáis!... Cuán divinamente la sumergís en el piélago infinito de vuestro santo amor!... Cómo la transformáis en Vos mismo, revistiéndola de vuestras cualidades, de vuestro espíritu y de vuestro amor!...

¡Oh, qué dicha, qué felicidad para el alma que de veras puede exclamar: «Dios mío, héme, al fin libre y desprendida de todo! ¿Quién podrá ahora impedirme amaros? Ya no tengo apegos ni trabas de ninguna clase; atraedme, arrastradme en pos vuestra, oh Jesús!» «Trahe me post Te, curremus in odorem unguentorum tuorum» . Cant. 1o, 3. : Ah! qué consuelo para el alma que puede decir con la mística Esposa: «Mi Amado para mí y yo para El», y con Jesús: «Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo a Mí sólo pertenece» Joan. XVIIo, 10.

Provoquemos en nosotros un grandísimo deseo de este santo desprendimiento; démonos enteramente y

74 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

sin reserva a Jesús, suplicándole emplee El mismo todo el poder de su brazo para romper nuestras cadenas y las ligaduras que aún nos atan al mundo, a nosotros mismos y a cualquier, objeto, para que pueda El realizar en nosotros sin obstáculo alguno cuanto tenga a bien ejecutar en nuestro ser, para su mayor gloria.

SECCIÓN QUINTA

1e - La Oración, cuarta fundamento de la vida y

santidad cristiana

El santo ejercicio de la oración debe ser catalogado entre los principales fundamentos de la vida del cristiano. En efecto, toda la vida de Jesucristo no fue sino una perpetua oración que nosotros hemos de continuar y reproducir en nuestra vida. Tan importante es esto y tan necesario, que la tierra que pisamos, el aire que nosotros respiramos, el pan que nos nutre y alimenta, el corazón que palpita en nuestro pecho, no son tan necesarios a nuestra existencia como la oración a nuestro cristianismo y a nuestra vida sobrenatural. He aquí por qué:

1e) La vida cristiana, que el Hijo de Dios llama eterna, consiste en conocer y amar a Dios: «Haec est autem vita aeterna ut cognoscant Te solum Deum verum». Joan. XVIII, 3. Ahora bien, en la oración es donde aprendemos esta divina ciencia.

2e) Nosotros, por naturaleza, nada somos, nada podemos y no tenemos sino pobreza y miseria. Así, pues, grandísima necesidad experimentamos en todo momento de recurrir a Dios, por medio de la oración para implorar y recibir de su bondad cuanto nos falta. La oración es una elevación respetuosa y llena de amor de nuestro espíritu y de nuestro corazón a Dios. Es una dulce conversación, una santa familiaridad y

VIDA Y REINO DE JESÚS

75 -

entretenimiento del alma cristiana con su Dios. En ella, lo considera y contempla en sus divinas perfecciones, misterios y obras; en ella, lo bendice, adora, ama y glorifica, se entrega a El, se anonada a la vista de sus pecados e ingratitudes, implora misericordia, aprende a asemejarse a El por la imitación de sus perfecciones divinas y le pide cuanto necesita para servirle y amarlo..

Es una participación de la vida de los Ángeles y de los Santos, de la de Jesucristo y su Madre Santísima, de la de Dios mismo y las tres personas divinas. Porque la vida de los Ángeles, de los Santos, de Más y de María no es sino un ejercicio continuo de oración y contemplación ocupados como están sin cesar en contemplar, glorificar y amar a Dios pidiéndole para nosotros cuanto necesitamos. Y en cuanto a las tres divinas Personas, perpetuamente están sumidas en un arrobamiento y contemplación mutua de sus perfecciones infinitas y en la glorificación y amor eterno de las unas para con las otras.

Pues bien, esto es lo que primera y principalmente se hace en la oración.

Más aún, la oración es la felicidad perfecta, la dicha soberana y el verdadero paraíso en este suelo. Por este santo ejercicio el alma cristiana se une con su Dios, &u centro, su fin y su bien deseado; en ella posee a su Dios y es por El poseída; en ella le tributa sus homenajes, adoración y amor, y recibe de El bendiciones, luces y las mil pruebas de su infinito amor para con su criatura predilecta. En ella, en fin, nuestro Señor pone toda su felicidad y contento, según sus propias palabras: «Deliciae meae casecum fillis hominum»: mi dicha suprema es morar entre los hombres. Prov. VIII, 31. y en ella también nos hace saborear todas las delicias de su amable compañía y nos prueba que cien, aún mil años de los placeres engañosos del mundo no equivalen a un momento siquiera de las verdaderas dulzuras que Dios da a gustar a quienes ponen

76-

VIDA Y REINO DE JESÚS

toda su dicha en conversar con El en la oración. Finalmente es ésta la acción, la ocupación más digna, noble y elevada, la más grande e importante que podáis realizar, ya que es el empleo y ocupación constante de los Ángeles y Santos, de la Santísima Virgen, de Jesucristo y de la Santísima Trinidad durante toda la eternidad; tal ha de ser también la nuestra por siempre jamás en el cielo. En suma,

ésta es la verdadera y propia función del hombre y del cristiano, puesto que no ha sido creado sino para Dios, para vivir en El y con El y para continuar en este suelo cuanto Jesús en él ejecutó.

Hé aquí el motivo por el cual según mis capacidades os exhorto y os conjuro en el nombre de Dios, a vosotros que leéis esta obrita, que, pues nuestro amable Jesús se complace en estar y conversar con nosotros por medio de la oración, no lo privéis de ese gozo sino que, por el contrario, experimentéis cuán verdadero es el oráculo del Espíritu Santo al afirmar que «no hay amargura en su sociedad, ni fastidio alguno en su compañía, sino contento y felicidad»: «Non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec taedium convictus illius, sed laetitiam et gaudium». Sep. VIIIo, 16. Mirad este asunto como el primero, el principal, el más necesario, urgente e importante de vuestra vida, y desechad los demás para consagrar a éste el mayor tiempo posible por la mañana, por la noche y al medio día, en cualquiera de las formas que en seguida paso a proponeros.

2e - Diversas formas de oración: La oración mental

Hay varias formas de oración. La primera es la *oración mental o interior*. En ella el alma trata interiormente con Dios, siendo el tema de esta conversación alguna de sus divinas perfecciones, o un misterio,

VIDA Y REINO DE JESÚS

77 -

o una virtud, o una palabra del Hijo de Dios, o lo que El ha ejecutado y sigue ejecutando ahora en el orden de la gloria, de la gracia, de la naturaleza, en su santa Madre, en sus Santos, en su Iglesia y en el mundo en general. Se sirve uno, en un principio, del entendimiento para considerar con una dulce y fuerte atención y aplicación espiritual las verdades que hay en el sujeto escogido de meditación capaces de excitar al amor de Dios y a la fuga y odio del pecado; luego aplica uno su corazón y su voluntad a producirse en los más variados afectos y actos de adoración, alabanza, amor, humildad, contrición, oblación y propósito de enmienda, etc., según se los vaya dictando el espíritu mismo de Dios.

Es tan santa, útil y beneficiosa esta forma de oración que no hay palabras que lo puedan expresar; así que, si Dios os llama a emplearla, debéis rendirle mil gracias por semejante favor y corresponder de inmediato a tal beneficio; si aún no disfrutáis de él, suplicadle os lo conceda y apresurad su otorgamiento correspondiendo a su gracia y ejercitándoos en esta acción que El mejor que todos los libros y doctores del mundo os enseñará sin duda, si váis a prosternaros a sus pies con humildad, confianza y pureza de corazón.

3e - La oración vocal

La segunda forma de oración es la que se designa con el nombre de *vocal*. Se ejecuta hablando a Dios, recitando, sea el oficio divino, sea el rosario o cualquiera otra oración vocal. Este género de oración no es casi menos útil que el precedente, con tal que la lengua se una al corazón, es decir, que al hablar con Dios oralmente lo hagáis también con el espíritu y el corazón, pues así, vuestra oración a la vez será vocal y mental. Por el contrario, si os acostumbráis a recitar

78 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

varias oraciones vocales por rutina y sin la menor atención, saldréis de la presencia de Dios más disipados, fríos y flojos en su amor de lo que erais antea. Por tanto, os aconsejo que, fuera de vuestras oraciones obligatorias, recitéis pocas, pero, esosí, santamente para habituaros a cumplir con ellas atentamente y con el espíritu y el corazón fijos en solo Dios. Para ello, ocupad vuestro espíritu y vuestro corazón con algún pensamiento o afecto piadoso mientras vuestra lengua articula

las palabras; recordad que debéis continuar la oración que hacía JESÚS mientras vivió con nosotros y daos a El para lograrlo; uníos al amor, humildad, pureza y santidad y a la atención Jesús con que El oraba y suplicadle imprima en vosotros las disposiciones e intenciones santas y divinas con que El ejecutaba esta acción.

Podéis también ofrecer vuestra oración a Dios junto con todas las oraciones y santas preces que han sido y serán hechas sin cesar en el cielo y en la tierra, por la Virgen Santísima, por los Ángeles, por todos los Santos, uniéndoos al amor, a la devoción y a la atención con que fueron y serán realizadas.

4e - Espíritu de Oración

La tercera forma de oración consiste en ejecutar todos los actos de nuestra vida, cristiana y santamente, ofreciendo a Dios, aún los más pequeños e insignificantes, al comienzo de los mismos y de cuando en cuando, durante su desarrollo, elevando los ojos y el corazón hasta El. Procediendo de esta manera, hacemos todas nuestras acciones en espíritu de oración y permaneceremos fieles al precepto del Señor que nos pide que roguemos de continuo sin desfallecer, según sus palabras: «Opórtet semper orare et non deficere Luc. XVI11o,1. Esta es igualmente la manera Más excelente y fácil de vivir siempre en la presencia de

VIDA Y REINO DE JESÚS

79 -

Dios. «Sine intermissione orate». *Orad sin descanso.* 19 Thess. Vo,17.

5e - Las buenas lecturas

La cuarta forma de oración es la lectura de libros buenos, hecha sin precipitación ni apresuramiento, sino despacio y con atenta aplicación espiritual. Deteneos a considerar, a rumiar, a ponderar y saborear las verdades que más directamente os atañen, para grabarlas en vuestro espíritu y de esa meditación derivad afectos y actos varios como en la oración mental. Este ejercicio es importantísimo y produce en el alma los mismos efectos que la oración interior; por tal motivo, nada os recomiendo tanto como el que no dejéis transcurrir un sólo día sin hacer una buena lectura siquiera durante media hora en un libro piadoso. Los más indicados son, entre muchos, *El Nuevo Testamento, La Imitación de Cristo, La Vida de los Santos*, las obras del Padre Granada, especialmente *La Guía de pecadores, El Memorial de la vida cristiana*, los libros de San Francisco de Sales, los del Cardenal de Bérulle, fundador del Oratorio de Francia, y *El Tesoro Espiritual*, del Padre Quarré.

Mas tratad al principio de vuestra lectura, de entregar vuestro espíritu y corazón a Nuestro Señor, rogándole os dé la gracia de sacar el fruto apetecido de tan santo ejercicio Y que El mismo realice en vuestra alma el bien que le plazca, por tal medio, dispensaros.

6e - Las conversaciones espirituales

Aquí tenéis otra práctica útil sobremanera y muy santa, que suele inflamar los corazones en el amor divino: hablar a veces familiarmente de Dios y de cuanto

80 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

a El se refiere, con nuestros amigos y relacionados. Buena parte del tiempo debieran emplear los cristianos en ello, y no otro debería ser el tema obligado de sus conversaciones. El Príncipe de los Apóstoles nos exhorta a esto cuando nos dice: «Si quis lóquitur, quasi sermones Dei», lo que significa: «si alguno habla, que sea acerca de Dios» la. Petr.1Vo,2. En efecto, siendo nosotros hijos de Dios, deberíamos deleitarnos usando el mismo lenguaje de nuestro Padre todo él santo, divino y celestial.

Además hemos sido creados para el cielo, habituémonos desde este suelo a hablar el idioma de los bienaventurados. Oh! que lenguaje tan santo y delicioso!... Y, ¡cuán dulce es para un alma enamorada de Dios hablar y oír hablar de Aquél a quien ama sobre todas las cosas! ¡Qué gratos son estos piadosos coloquios de Aquel que dijo: «Ubi sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum», doquiera hubiere dos o tres reunidos en mi nombre, estaré ya en medio de ellos. ¡Cuán diferentes son estas santas conversaciones de las que de ordinario tienen los mundanos! No hay tiempo mejor empleado que éste para bien de nuestras almas. Hemos de seguir en el trato social el ejemplo y la regla de San Pablo: «Sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur», hablamos como de Dios, ante Dios, en Jesucristo. Ila Cor. Ilo, 17. Palabras son éstas que nos indican las tres condiciones que hemos de observar para hablar de Dios dignamente.

1 e)- *Debemos hablar como de Dios*, esto es, tomando de Dios cuanto hayamos de decir y dándonos a su Divino Hijo al principiar nuestras conversaciones piadosas, para poner en nuestro espíritu y en nuestros labios sus propias palabras de suerte que nuestro lenguaje sea el suyo y podamos afirmar también con El: «Padre, les he dado las palabras que Tú me diste»: «Pater, verba quae dedisti mihi dedi eis». Joan. XVIIo, 8.

2 e)- *Tenemos que hablar en la presencia de Dios*,

VIDA Y REINO DE JESÚS

8 1 -

es decir, sin perder de vista a Nuestro Señor, presente en todas partes, y con espíritu de oración y de recogimiento, entregándonos a El, para cumplir en nosotros cuanto decimos u olmos decir, según su santa Voluntad.

3 e)- *Debemos hablar en Jesucristo*, es decir, con las intenciones y disposiciones de Nuestro Señor y tal cual El hablaba mientras vivió con nosotros y como El hablarla de hallarse en nuestro lugar. Para ello, démonos a Jesús, uniéndonos a las intenciones con que conversaba en la tierra que no eran ni podían ser otras que la mayor gloria de su Padre; identifiquémonos igualmente con El en las disposiciones que adoptaba para la conversación y en los sentimientos de humildad para consigo mismo, de dulzura y caridad para con sus semejantes a quienes enseñaba el amor y la gratitud hacia su Padre. De tal suerte, nuestras conversaciones le serán gratas en extremo, permanecerá en medio de nosotros feliz al considerar que el tiempo empleado en tan santo esparcimiento será una verdadera oración.

7. - Disposiciones y cualidades de la oración

El gran Apóstol San Pablo nos enseña que, para ejecutar santamente todos nuestros actos es indispensable hacerlos en nombre de Jesucristo; y Nuestro Señor en persona nos asegura que cuanto pidamos a su Padre en su nombre, nos será otorgado, de donde se sigue que para orar santamente, es preciso hacerlo en nombre de Jesús. Mas ¿en qué consiste la oración en nombre de Jesucristo, nuestro Salvador? De paso lo he ya indicado, pero no está demás insistir en cosa de tanta monta y que os ha de ser de tanta utilidad en todas vuestras actividades. Es, repito, continuar la oración de Cristo en este mundo; porque, siendo los cristianos todos miembros del cuerpo mismo

8 2 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

de Jesús, según palabras de San Pablo, son sus lugartenientes en la tierra, lo representan, y, al obrar en su nombre, es decir con su espíritu, disposiciones e intenciones, desarrollan y perpetúan su actividad entre los hombres. Exactamente como un embajador que tiene la representación de su rey ante otro soberano debe proceder en todo de acuerdo con su jefe, siguiendo puntualmente su espíritu, disposiciones e intenciones, así nosotros hemos de tomar a pecho la personería de Nuestro Señor en la

tierra. Esta es la razón por la cual afirmo que orar en nombre de Jesucristo es continuar la plegaria y la oración de nuestro Divino Salvador, con sus mismas disposiciones, espíritu e intenciones, es orar como El mismo oró sobre la tierra y como de nuevo oraría si aún viviera en medio de nosotros. Y es así como debe orar el cristiano .

Por tanto, el entregaros a la oración, recordad que vais a continuar la oración de Cristo, y que debéis seguir rogando como El rogaba, ruega y seguirá rogando en la tierra, en el cielo y en nuestros altares, donde vive en constante oración a su Padre. Uníos, pues, al amor, humildad, pureza, santidad y disposiciones e intenciones de Jesús orante en el Sagrario.

Ahora bien, entre estas disposiciones hay cuatro que jamás hemos de omitir, si es que deseamos glorificar de veras a Dios en nuestra oración y alcanzar de su bondad cuanto le pedimos.

PRIMERA DISPOSICIÓN PARA LA ORACIÓN

la primera disposición para orar digna y eficazmente es presentarnos ante Dios con humildad profunda, reconociendo que somos en extremo indignos de comparecer ante El, de mirarlo y de ser por El mirados y escuchados, y que somos absolutamente incapaces por nuestra propia iniciativa de tener un solo

VIDA Y REINO DE JESÚS

8 3 -

buen pensamiento y de producir un acto siquiera o afecto de su agrado. Por tal motivo tenemos que aniquilarnos a sus pies, entregarnos a Nuestro Señor Jesucristo y suplicarle que El mismo nos ilumine y sustituya en nuestra oración ante su Padre, ya que sólo El es digno de comparecer ante el Eterno para glorificarlo, amarlo y obtener de su bondad cuanto le pida.

Así, pues, hemos de pedir al Padre llenos de confianza en nombre de su Hijo, por los méritos de su Hijo y por la gloria de su Hijo que mora en nosotros.

SEGUNDA DISPOSICIÓN PARA LA ORACIÓN

La segunda disposición con que hemos de orar es una reverente y amorosa confianza de que cuanto pidamos para la gloria de Dios y bien de nuestra alma nos ha de ser otorgado infaliblemente, sin contar, eso al, con nuestros méritos ni con el valor de nuestra oración, sino con el poder del nombre de Jesús y de sus merecimientos, confiados tan sólo en la bondad y fidelidad de su palabra: «Pedid y se os dará; todo cuanto pidiéreis en mi nombre se os otorgará; cuando pidáis algo a Dios en la oración, creed firmemente que se os concederá». Pétite, et accipiétis. Luc. X1,9; Si quid petiérítis Patrem in nomine meo, dabit vobis. Joan.XVI,23. Omnia quaecumque orantes pétitis, crédite quia accipiétis, et evénient vobis, Marc. X1,24.

Ciertamente, si Dios nos tratara de acuerdo con nuestros méritos, nos rechazaría de su Divina presencia para arrojarnos a un abismo siempre que tuviéramos la osadía de presentarnos ante El; por lo tanto ' siempre que nos concede una gracia cualquiera, estémos convencidos que no la otorga debido a nuestros méritos y al valor de nuestra plegaria sino en consideración de su Hijo Jesús y en virtud de sus méritos y súplicas de infinito poder y valimiento.

8 4 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

TERCERA DISPOSICIÓN PARA LA ORACIÓN

La tercera disposición para orar es la pureza de intención. Al comenzar nuestro ruego, hemos de protestar a Nuestro Señor que de buen grado renunciamos a toda curiosidad espiritual, a todo amor

propio y que anhelamos cumplir con este deber no para satisfacción y consuelo personal sino exclusivamente por su gloria y único agrado, pues es cierto que su dicha y mayor gozo está en conversar con los hijos de los hombres. Cuanto le pidamos, pues, sea con este objeto, único y exclusivo.

CUARTA DISPOSICIÓN PARA LA ORACIÓN

La perseverancia es la cuarta disposición que ha de informar nuestras oraciones. Si deseáis glorificar a Dios en la oración y alcanzar de su bondad lo que le pedís, es preciso perseverar constantes en tan santo ejercicio. Porque hay muchísimas cosas que pedimos a Dios que no nos otorga de inmediato; quiere le pidamos repetidos veces y por largo tiempo lo mismo, manteniéndonos así humillados ante El y sometidos a su poder y bondad. Así dejándonos en la dulce obligación de recurrir a menudo a su misericordia y ayuda poderosa, nos tiene rendidos ante su presencia adorable, probándonos con hechos que en verdad su felicidad es estar con nosotros sin cesar.

Y por último, el colmo de todas estas santas disposiciones sería el que, al iniciar vuestra oración, os entregárais de espíritu y de corazón a Jesús y a su Espíritu divino, suplicándole imprima en vuestro espíritu y corazón las ideas, afectos y sentimiento que quiera, abandonándoos enteramente a su dirección para que os guíe según su divino querer en este santo ejercicio, seguros de que en su infinita bondad lo hará, si no según vuestros deseos, de una manera más provechosa aún y más acorde con vuestras necesidades espirituales.

CAPITULO 111

FIN DE LA VIDA CRISTIANA

1e - La triple profesión de Jesús a su entrada en el mundo, modelo de la de nuestro bautismo

Jesucristo, Nuestro Señor, puso todo su empeño y devoción en cumplir perfectamente la voluntad de su Padre, fincando en ello su mayor felicidad. Se dedicó devotamente a servir a su Padre y aún a los hombres por amor a su Padre, pues quiso tomar la forma y calidad baja y abyecta del siervo para rendir un mayor honor y homenaje a la grandeza de su Padre con tal abatimiento. Dedicóse a amar y glorificar, a hacer amar y glorificar a su Padre en el mundo, a hacer todas sus acciones por la mayor gloria y el más puro amor de su Padre y a ejecutarlas con las más santas, puras y divinas intenciones, es decir, con una humildad muy profunda, con una caridad sin límites por los hombres, con un total desprendimiento de sí mismo y, de todo, con una consagración y una muy íntima unión a su Padre, con una sumisión perfecta a sus divinos querer, y todo ello con alegría y gozo de corazón. Por último, se entregó a la inmolación y al sacrificio de sí mismo a la gloria exclusiva de su Padre, ya que le plugo tomar la forma de hostia y de víctima, pasando así por toda clase de desprecios, humillaciones, privaciones, mortificaciones externas e internas y en fin por la muerte más cruel y desdolorosa que imaginar podamos, todo por tributar a Dios, su Padre, una gloria infinita.

Hé aquí tres profesiones solemnes, tres votos hechos por Jesús en el instante mismo de su Encarnación y que cumplió a perfección en su vida y en su muerte.

VIDA Y REINO DE JESÚS

1e) En el momento preciso de su Encarnación hizo profesión de obediencia a su Padre, esto es, de no guiarse nunca por su propia voluntad sino de obedecer puntualmente la voluntad de su Padre, fincando en ello toda su dicha y toda su alegría.

2e) Hizo profesión de servidumbre y esclavitud a su Padre, pues tal es el título que El le atribuye, cuando hablando por boca de Isaías dice: «Servus meus es tu, Israel, quia in te gloriabor». Siervo mío eres, Israel, pues en tí me he de gloriar. Is. XLIX, 3. Es el título que Jesús mismo se da al tomar las apariencias de un siervo: «Formam servi accipiens» Filip. II, 7., abatiéndose a una condición y forma de vida humilde y sumisa a sus criaturas, hasta el oprobio y el suplicio cruel de los esclavos, el de la cruz, por amor nuestro y por la gloria de su Padre.

3e) Hizo profesión de ser hostia y víctima, totalmente consagrada e inmolada a la gloria de su Padre, desde el primero hasta el último momento de su existencia.

Ved ahí en qué consiste la devoción de Jesús y, como la devoción cristiana no es diferente de ella, sino su continuación, en esto mismo hemos de fincar la nuestra. Y, por esto, tenemos que contraer con Jesús un pacto de unión estrecha y en sumo grado íntima, para adherirnos a El identificándonos con su divina persona en toda nuestra vida, en todos sus actos y en el desarrollo perenne de todas sus actividades.

Es éste el voto y la profesión solemne y pública, primera y principal que emitimos en el bautismo a la faz de la Iglesia universal. Porque entonces, según San Agustín, Santo Tomás y el Catecismo del Concilio de Trento, hacemos el voto y Profesión solemne de renunciar a Satanás y a sus obras y de unirnos a Jesucristo, como los miembros a la cabeza, de entregarnos y consagrarnos por entero a El y de permanecer siempre unidos a El. Ahora bien, hacer profesión de adherirnos a Jesús y

permanecer a El unidos, es

VIDA Y REINO DE JESÚS

87 -

adherirnos a su devoción, a sus disposiciones e intenciones, a sus leyes y máximas, a su espíritu y dirección, a su vida, cualidades y virtudes y a cuanto El ejecutó y padeció.

Hé aquí por qué, al hacer este voto y profesión de adherir a Jesucristo y de permanecer unidos con El, lo que es el mayor de todos nuestros votos, «máximum votum nostrum», como lo llama San Agustín, realizamos tres muy grandes, santas y divinas profesiones, que a menudo hemos de meditar.

1e) Profesamos con Jesucristo no hacer jamás nuestra propia voluntad, sino someternos invariablemente en todo al querer divino, y obedecer a toda clase de personas en todo aquello que no contraríe u ofenda a Dios, poniendo en ello nuestra dicha y cielo anticipado.

2e) Hacemos profesión de servidumbre y esclavitud a Dios y a su Hijo Jesús Y a todos sus miembros, según estas palabras de San Pablo: «Nos servos vestros per Jesum» Ila Cor. IV,5. De esta profesión se sigue que todos los cristianos nada poseen, exactamente como siervos que son, y que no tienen siquiera el derecho de valerse de sí mismos, de los miembros y sensaciones de su cuerpo, de las facultades de su alma, de su vida, de su tiempo, de los bienes temporales de que disfrutaban, sino para Jesucristo y para los miembros de Este que son cuantos en El creen.

3e) Profesamos ser hostias y víctimas perpetuamente sacrificadas e inmoladas en aras de la gloria de Dios, «Spirituales hostias», como nos califica el Príncipe de los Apóstoles. 1a Pet. II,5. «Obsecro vos, fratres, per misericordiam Dei ut exhibeatis córpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem», nos pide San Pablo en su epístola a los Romanos, cap. XII,1. «Os ruego, hermanos míos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestro cuerpo en sacrificio vivo, santo y grato a Dios». Y lo que del cuerpo aquí se afirma débese por igual entender de nuestra alma.

88 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

Razón es ésta por la cual estamos obligados a glorificar y amar a Dios con todas nuestras facultades corporales y espirituales, a hacerlo glorificar y amar cuanto podamos, a no buscar en todo y en nuestras acciones todas sino su mayor gloria y amor, a vivir de tal modo que nuestra existencia toda no sea sino un sacrificio perenne de alabanza y amor hacia El, y a estar dispuestos en todo momento a ser inmolados, consumidos y anonadados por su gloria.

En una palabra, «Christianismus est professio vitae Christi», el cristianismo es una profesión de la vida de Cristo, dice San Gregorio de Nicea. San Bernardo nos asegura que Nuestro Señor no inscribe en las filas de sus adeptos a quienes no viven de su vida: «Non inter suos députat professores, quos vitae suae cernit desertores». Y por esto, nosotros hacemos profesión de Jesucristo en el santo Bautismo, es decir, de la vida de Jesucristo, de su devoción, disposiciones e intenciones, de sus virtudes y de su desprendimiento total. Hacemos profesión de creer firmemente cuanto El nos enseña por sí mismo o por medio de su Iglesia, y de morir antes que apartarnos lo más mínimo de esta fe. Hacemos profesión de combatir incansables junto con El el pecado, de vivir como El en espíritu de continua oración, de llevar con El su cruz y sus sufrimientos en nuestro cuerpo y en nuestra alma, de continuar la práctica de su humildad, de su confianza en Dios, de su sumisión y obediencia, de su caridad, de su celo por la gloria del Padre y la salvación de las almas, y de todas sus virtudes en general. En fin, hacemos profesión de no vivir en la tierra y en el cielo sino para Jesús, para amarlo y honrarlo en todos los estados y misterios de su vida y en cuanto es en al mismo y con relación a todo lo que existe, de estar siempre listos a sufrir toda clase de suplicios, a morir mil veces, si posible fuera, aún a ser aniquilados otras tantas, en aras de su amor y de su gloria.

Hé aquí el voto y la profesión de todos los cristianos

VIDA Y REINO DE JESÚS

89 -

en el bautismo; hé aquí la esencia de la verdadera devoción, y toda otra que por un imposible pudiera haber, no sería más que engañosa falsedad y extravío deplorable.

Para compenetraros de esta santa devoción, adorad a Jesús en su devoción perfecta en grado sumo y en la profesión que hizo a su Padre desde el mismo instante de su Encarnación y que a cábalidad habría de realizar durante toda su vida. Bendecidlo por la gloria que tributó así a su Padre; suplicadle os perdone las faltas cometidas contra el voto y profesión de vuestro bautismo, rogándole las repare por su gran misericordia. Considerad en su divina presencia las enormes obligaciones inherentes a tal voto y profesión; renovad a menudo vuestros deseos y voluntad de corresponder a tan grandes compromisos, pidiendo a Jesús os otorgue la gracia de saturaros de su santa devoción. Poned todo vuestro empeño en ello y en cuanto hagáis o sufráis procurad uniros a la devoción de Cristo, diciendo:

«Oh, Jesús! me doy a Vos para ejecutar esta acción, o para soportar esta pena, uniéndome a la perfecta devoción con que habéis ejecutado todos vuestros actos y padecido por mí».

Procediendo de esta manera viviréis devotamente, formando as! a Jesús en vosotros, según el deseo del Apóstol San Pablo: «Dó nec formetur Christus in vobis», *hasta que Cristo informe vuestra vida*, y se realizará en vosotros ese ideal santo de vida «In eadem imaginem transformámur», al transformarnos en su misma imagen, es decir, que haréis vivir y reinar a Jesús en vosotros: «Consummati in unum, et omnia in ómnibus»: que es precisamente la meta y fin de la vida, piedad y devoción del cristiano. Comprendéis ahora por qué es necesario haceros ver la importancia de esta gran obra de la formación de Jesús en vuestras almas y los medios para llevarla a feliz término.

90 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

2e - Formación de Jesús en nosotros

El misterio de los misterios y la obra de las obras es la formación de Jesús, como lo señalan estas palabras de San Pablo: «Filioli, quos iterum parturio, dó nec formetur Christus in vobis»: *hijitos míos, a quienes de nuevo hago vivir, hasta que se forme Cristo en vosotros*. Gal. IV, 19. Es éste el mayor misterio y la obra más importante del cielo y de la tierra, realizada por las personas más dignas del cielo y de la tierra: por el Padre Eterno, por el Hijo de Dios y por el Espíritu Santo, por la Santísima Virgen y por la Iglesia católica.

Es la acción más grande del Padre Eterno, ocupado como está desde toda la eternidad en producir a su Hijo en sí mismo, y, fuera de sí, no realizó nada más grande que la formación de ese su Hijo Divino en el seno purísimo de la Virgen en el momento de la Encarnación. Es la obra por excelencia ejecutada por el Hijo de Dios en la tierra la de formarse a sí mismo en su santa Madre y en la Eucaristía; y es ésta también la más noble que hizo el Espíritu Santo, al formarlo en las entrañas benditas de María, la cual tampoco hará jamás nada superior y más notable como el hecho de haber cooperado a esta divina y maravillosa formación de Jesús en su casto seno. Es esta la obra máxima y más santa de la Iglesia, cuya misión principal es por boca de sus sacerdotes producir de manera cierta y admirable a Jesús en la Eucaristía y formarlo en el corazón de sus hijos; para esto fue instituida por Cristo.

Igualmente, nuestro anhelo, nuestra preocupación principal y empeño de todos los momentos ha de ser formar a Jesús en nosotros, o sea, hacerlo vivir y reinar en nosotros, por su espíritu, su

devoción, sus virtudes, sus sentimientos inclinaciones y disposiciones. Este tiene que ser el objetivo de todos nuestros ejercicios

VIDA Y REINO DE JESÚS

9 1 -

de piedad; tal es la obra que Dios nos ha encomendado y en la que quiere vernos de continuo empeñados.

Dos razones poderosísimas deben entusiasmarlos en el cumplimiento de este deber: primera, la realización de los designios y voluntad del Padre celestial de ver a su Hijo vivir y reinar en nosotros, porque, después de haberlo visto anonadado por su gloria y por nuestro amor, quiere que, en premio de su aniquilamiento y humillaciones, reciba el cetro y la corona real como soberano de todo lo creado. Es tanto lo que ama a su amabilísimo Hijo que nada fuera de Él desear y no quiere tener otro objeto de sus miradas, de su amor, de sus complacencias. Hé aquí por qué su único anhelo es ver a Jesús en todo: «Omnia in ómnibus, Christus». Segunda razón que ha de animarlos en nuestra empresa es que una vez formado y entronizado Jesús en nuestros corazones, comienza a amar y glorificar dignamente en nosotros a su Padre, según palabras de San Pedro: «Ut in ómnibus honorificetur Deus, per Jesum Chriatum», pues sólo Él es capaz de amar y rendir gloria al Eterno como se debe, y sólo Él puede por igual manera amarse y glorificarse a Sí mismo. Este doble motivo ha de encender en nosotros un vivo deseo de formar a Jesús en nuestras almas, y de someternos a su dulce imperio, sin escatimar esfuerzos y poniendo de nuestra parte todos los medios para lograrlo. Hé aquí algunos:

3e - Medios para formar a Jesús en nosotros

Cuatro cosas son necesarias para formar a Jesús en nosotros.

1e) Hemos de ejercitarnos en mirarlo en todo y tenerlo como objetivo único de todos nuestros ejercicios de piedad y de todas nuestras acciones, imitando su vida, estados, misterios, virtudes y actuaciones.

9 2 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

Porque Él es, en suma, el gran todo de cuanto existe: es el ser de todos los seres, la vida de todo lo que vive, la belleza de lo bello, la potencia de lo poderoso, la sabiduría de los sabios, la virtud de los virtuosos y la santidad de los santos. Y nada ejecutamos que Él no haya hecho en este mundo, y esto es lo que hemos de imitar al realizar cualquiera de nuestros actos. En tal forma, saturaremos nuestro entendimiento de la mentalidad de Jesús, y pensando en Él y meditando en Él, lo reconoceremos como Rey y Señor de nuestro espíritu y de las facultades superiores de nuestra alma.

2e) Y así hemos de formar a Jesús no sólo en nuestro espíritu con la contemplación y meditación asidua de su vida, sino también en nuestros corazones con el ejercicio habitual de su divino amor. Tenemos, pues, que acostumbrarnos a elevar a menudo nuestro corazón amorosamente hacia Él, a hacer todos los actos de nuestra vida sólo por su amor y a consagrarle todos los afectos de nuestro ser.

3e) Hay que formar a Jesús en nosotros por un total aniquilamiento de nuestra persona y de lo que nos interesa. Porque si deseamos que Jesús viva y reine perfectamente en nosotros, es preciso destruir y aniquilar todas las criaturas en nuestro espíritu y en nuestro corazón, no mirándolas ni amándolas ya en sí mismas sino en Jesús, único objeto de nuestra consideración y afecto. Hay que considerar al mundo y cuanto él encierra como definitivamente repudiado por nuestro espíritu y corazón, para no ver sino a Jesús en él digno de todo nuestro amor.

Tenemos, también, que empeñarnos en el aniquilamiento total de nosotros mismos, es decir, de nuestro propio parecer, de nuestra voluntad personal, de nuestro amor propio, de nuestro orgullo y vanidad, de todas nuestras inclinaciones y hábitos perversos, de todos los apetitos e instintos de la naturaleza depravada, de cuanto, en suma, radica en nuestra individualidad.

VIDA Y REINO DE JESÚS

9 3 -

Pues, ya que nada hay en nosotros que no esté inficionado y corrompido por el pecado, y que, por lo mismo no se oponga a Jesucristo, a su gloria y a su amor, es preciso que todo sea destruido y reducido a la nada para que Jesucristo viva y reine en nosotros.

Este es el principal fundamento, el verdadero principio, el primer paso en la vida cristiana. Es lo que en boca del Maestro y de los Santos Padres se llama, perderse, morir a sí mismo, sacrificarse, renunciarse. Es éste uno de los más importantes empeños y desvelos a que hemos de consagrar nuestra existencia: por la práctica de la abnegación, de la humillación, de la mortificación tanto interior como exterior, lograremos, seguramente, formar y hacer reinar a Jesús dentro de nosotros mismos.

4e)- Mas, siendo esta gran obra de la formación de Jesús en nuestras almas algo infinitamente superior a nuestras fuerzas, como cuarto medio y muy principal, tenemos que acudir al poder de la divina gracia y a los ruegos de la Santísima Virgen y de los Santos. Supliquemos, por lo tanto a menudo a nuestra Madre celestial, a los Ángeles y a los bienaventurados nos socorran con sus oraciones; entreguémonos al poder del Padre Eterno, a su amor y celo ardentísimo por la gloria de su Hijo, pidiéndole nos aniquile del todo para que Jesús viva y reine como soberano en nuestro corazón. Ofrecámonos igualmente al Espíritu Santo con el mismo fin, haciéndole idéntica petición.

Anonadémonos con frecuencia a los pies de Jesús, sus, suplicándole por el gran amor que lo impulsé a aniquilarse a sí mismo, emplee todo su poderío para reducirnos a la nada y para imponerse como rey y soberano de nuestras almas, diciéndole:

«Oh Jesús bueno! os adoro en vuestro divino anonadamiento, según palabras del Apóstol: «*Exinanivit semetipsum*»; adoro vuestro inmenso y poderosísimo

9 4 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

amor hacia el Padre y para con nosotros que de tal suerte os ha abatido. Me abandono y entrego sin reparos al poder de tan gran amor para que también a mí me aniquile de un todo. Oh potentísimo y bondadoso Señor! servíos de todo vuestro poder y bondad ¡limitada para aniquilarme y estableceros dentro de mí para destruir mi amor propio, mi voluntad, mi espíritu, mi orgullo y mis pasiones, sentimientos e inclinaciones personales, reemplazándolo todo con el reino de vuestro amor, de vuestra santa voluntad, de vuestro espíritu divino, de vuestra profunda humildad, de todas vuestras virtudes, sentimientos e inclinaciones. Aniquilad también en mí a todas las criaturas y a mí mismo en el espíritu y corazón de todas ellas sin excepción, y suplantadlas poniéndoos Vos mismo en su lugar y en el mío, para que así, no viéndoos sino a Vos, Señor, en todo, no aprecie, no desee, no busque y no ame a nadani a nadie fuera de Vos, no hable sino de Vos, no haga nada sino para Vos; y que, por este medio, Vos lo seáis todo y todo lo hagáis en vuestras criaturas, y améis y glorifiquéis a vuestro Padre y a Vos mismo en nosotros y en nuestro nombre, tributándole un amor y una gloria digna de El y de Vos».

CAPITULO IV

IDEAL DE LA VIDA CRISTIANA

1 - El martirio, perfección o ideal de la vida cristiana: su naturaleza

El ideal, la perfección y la quintaesencia de la vida cristiana es el martirio, que es indudablemente el mayor portento de la divina gracia realizado en el cristiano, quien, a su vez, tampoco podría ejecutar acción más extraordinaria, admirable y gloriosa que la de soportarlo por amor a su Dios. El favor más insigne que otorga Cristo a los que ama con amor de predilección es el de hacerlos semejantes a El en su vida y en su muerte, capacitándolos para morir por El de la misma manera que El murió por su Padre y por ellos .

En los santos Mártires ostenta Dios el poder máximo del amor divino, y entre todos los santos, los Mártires son los más admirables a los ojos de Dios; tales fueron San Juan Bautista y todos los Ángeles. Son ellos los santos de Jesús, como los llama por boca de la Iglesia: «Sancti mei»: mis santos, pues, aunque todos los santos pertenecen a Jesús, los que por El Padecieron le son de manera muy especial propios, ya que vivieron y murieron sólo por El y para El. Por esto los distingue con un amor de singular predilección al prometerles las más notables recompensas. «Dabo Sanctis meis locum nominátum in regno Patris méi»: *daré a mis santos un lugar preferencial en el reino de mi Padre*, leemos en el Oficio de los Mártires, en la primera antífona del 29 Nocturno. En el Apocalipsis está escrito con relación al premio de los mártires o testigos de Dios lo siguiente: «*Vincenti dabo édere de ligno vitae quod est in paradiso Dei mei*»: *daré al triunfador en recompensa el*

privilegio de alimentarse del árbol de la vida, que hay en el paraíso de mi Dios, como si dijera, comentan los doctores de la Iglesia, otorgaré al vencedor la gracia de alimentarse de Mi mismo, verdadero árbol de vida, ya que por Mí habéis perdido la vida humana y temporal, recibiréis, en cambio, una eterna y divina, porque os haré vivir mi propia vida y Yomismo seré vuestra vida por toda la eternidad.

«*Vincenti dabo manna absconditum*»: *daré al mártir victorioso un maná omíto*, maná que no puede ser otra cosa que el amor divino que reina en el corazón de los mártires y que trueca desde este suelo las amarguras del sufrimiento y el infierno de las torturas en un paraíso de delicias y dulzuras inefables, colmándolos en el cielo de gozo, alegría y felicidad perdurable a cambio de las penas pasajeras soportadas en la tierra.

Asegura Nuestro Señor que «*les dará sobre todos los pueblos un poder semejante al que El mismo ha recibido de su Padre, poder tan grande que podrán quebrantarlos como el alfarero puede hacerlo con la obra de sus manos*»: *Qui vicerit... dabo, illi potestátem super gentes; et réget eas in virga férrea, tánquam vas fíguli confringéntur, sicut et Ego accepi a Patre méo*. Apoc. 11,26- 28. Conello quiere decir, que los hará reyes y señores, como El, del universo; «*que los constituirá junto con El jueces del mundo entero*»: *Judicábunt nationes et dominabúntur pópulis*. Sab. III,8.; y que juzgarán y condenarán con El a los impíos en el día del juicio.

Jesús promete a sus mártires revestirlos de sus colores, blanco y rojo, que son los del Rey de los mártires, según expresión de su Amada: «*Diléctus méus cándidus et rubicúndus*»: *blanco y rojo o rubicundo es mi amado*, Cant.V,10. Estos, pues, han de ser los colores de los mártires: llevan las libreas de su Maestro y van, por ello, vestidos de blanco: «*Lavérunt stolas suas, et dealbavérunt in*

sánguine Agni» -lavaron

VIDA Y REINO DE JESÚS

97 -

sus ropas y las blanquearon con la sangre del Cordero, Apoc.V11,14. Y añade el Hijo de Dios: «Ambulábunt mécum in vestiméntis álbis... Qui vícerit, sic vestiétur vestiméntis albis»: *Irán a mi lado con albas vestiduras... Así, de blanco, se vestirán los vencedores.* Apoc.III,4 y 5., pues el martirio es un bautismo que borra toda clase de pecados y que reviste las almas de los santos mártires de la gloria y de la luz eterna. Vantambién vestidos de rojo, símbolo de la sangre vertida. «Rubri sánquine fluido», canta la Iglesia en el Himno de Vísperas, para significar que estos santos perecieron bañados en roja sangre, señal del amor ardiente con que la derramaron por su Señor.

Promételes Cristo a sus mártires que «*escribirá sobre ellos el nombre de su Dios y el de la Ciudad celestial*»: Scribam súper eum nómen Deí méi et nómen civitátis Déj méi, Apoc.III,12., lo que significa, según el docto y piadoso Ruperto: «Serán ellos, y, los mártires, mi Padre y mi Madre; Yo los miraré y trataré como tales. Por ventura, en ocasión inolvidable, no declaró El mismo que «*su Madre era todo aquél que cumpliera la voluntad de su Padre*»: Quicumque enim fécerit voluntatem Patris méi, qui in coelis est, ipse méus fráter, et sóror, et máter est. Mat.XII,50 . A hora bien, nada hay que sea más grato al querer de Dios que el martirio. Hé aquí por qué el Hijo de Dios, hablando de su Padre y de su santos Mártires, afirma que *maravillosamente cumplió en sus santos su voluntad*: «Sanctis, qui sunt in térra ejus, mirificávit omnes voluntátes méas in eis». Ps. XV,3. Les asegura, además, que *escribirá también sobre ellos su nuevo nombre*, que es JESÚS, Scribam súper eúm... nómen méum nóvum. Apoc.III,12., pues los santos Mártires, habiendo imitado tan perfectamente a Jesús en su vida y muerte, mientras vivieron acá en la tierra, de tal suerte se le asemejarán allá en el cielo, que serán llamados Jesús, ya que con toda verdad lo

98 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

serán por la perfecta similitud con El y por la transformación admirable que experimentarán en su personalidad.

Por último afirma Nuestro Señor que «*los hará sentar sobre su propio trono como El mismo lo hace con su Padre en el de El*»: Qui vícerit, dabo éi sedere mécum in throno méo: sicut et Ego víci, et sédi cum Patre méo, in throno ejus. Apoc.III,21. Y la santa Iglesia, en las fiestas de los mártires, nos representa al Hijo de Dios ante el Padre con esta oración en los labios: «Volo, Páter, ut úbi Ego sum, illic sit et mínister méus»: *Quiero, Padre que en donde esté Yo, se halle mi siervo*, es decir que more y descanse conmigo en vuestro regazo y paternal corazón.

Bien sé que la mayor parte de las promesas hechas a los Mártires se dirigen también a los demás santos; sin embargo, de una manera muy Particular se enderezan a los Mártires, por ser éstos los Santos de Jesús, los que marcados con su nombre, lleven su divisa, pues los ama con un amor de predilección y por ello, los colma de privilegios inefables.

¡Oh bondad! ¡oh amor! ¡oh exceso del amor y de la bondad de Jesús para con sus mártires!.. ¡Oh buen Jesús! cuán felices ¡son los que Voz así amáis y buen as! corresponden a vuestro amor!... oh, cuán dichosos los que llevan grabada con tal perfección vuestra imagen en su vida y en su muerte! *Bienaventurados dos aquéllos que han sido llamados por Vos al festín de las bodas del Cordero*: «Beáti qui ad caenam nuptiárum Agni vocati sunt». Apoc.XIX,9. *Bienaventurados los que han lavado su vestiduras en la sangre del Cordero*: «Beáti qui laverunt stolas suas in sánquine Agni». Apoc.XXII,14. Bienaventurados los que no quieren vivir en este suelo, sino para emplear su vida y sacrificarla a la gloria y al amor de este dulcísimo y amabilísimo Cordero, sabedores de que, según el Espíritu Santo, el hombre nada puede hacer más noble y grande por Dios que sacrificar lo que le

es más caro, su sangre y su vida, muriendo por El: «Majorem hanc dilecciónem némo hábet, quam ut ánimam súam pónat quis pro amicis súis». Joan.XV,13. Y esto es el martirio verdadero y perfecto.

Hay diversas clases de mártires y de martirios. Mártires son, en cierto modo, quienes ante Dios, viven dispuestos a morir gustosos por Nuestro Señor, aunque de hecho esto no llegue a suceder. Son también, según San Cipriano, mártires de verdad los que están resueltos a morir antes que ofender a su Señor. Mortificar la carne y las pasiones, resistir a la concupiscencia desordenada y a los malos apetitos, y perseverar así hasta el fin por amor a Nuestro Señor, es, según San Isidoro, una especie de martirio. Soportar por el mismo motivo las necesidades y extremos de la pobreza u otra penalidad cualquiera, sufrir con paciente dulzura las injurias, calumnias: y persecuciones sin espíritu de venganza, antes bien, bendiciendo a quienes nos maldicen y amando a quienes nos odian, es igualmente un martirio meritorio, como con sobra de verdad lo afirma San Gregorio, Papa.

Sin embargo, el verdadero y perfecto martirio no consiste tan sólo en sufrir sino en morir. De suerte que la esencia misma del martirio completo y cabal es la muerte; luego, para merecer el título de mártir que otorga la Iglesia a muchos de sus santos, es preciso, no sólo padecer por Cristo, sino morir por El, sacrificándole la vida. Contodo, es cierto que al alguien ejecuta una acción por amor a Nuestro Señor o Por El Padece algo capaz de producirle, la muerte de la que por intervención directa de Dios se ve preservado, si viviere luégo largo tiempo, viniendo a la postre a morir de una muerte común y ordinaria, Dios, que lo libró milagrosamente de la muerte que estaba dispuesto a sufrir por su amor, no lo privará de la corona del martirio si persevera en su gracia y en su santo amor. Prueba de ello, San Juan Evangelista, Santa Tecla, la primera mujer que sufrió la pena del

100 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

martirio por Jesucristo, San Félix de Nola, y otros que la Iglesia venera como verdaderos mártires, aun cuando no murieron a manos del verdugo entre tormentos que supieron soportar por Nuestro Señor, quien les concedió largos años de vida, y habiéndolos librado por milagro de la muerte violenta en medio de torturas indecibles, les otorgó una muerte natural y tranquila.

Pero fuera de esa intervención milagrosa de Dios, es necesario morir para ser mártir de verdad, y morir por Cristo, es decir, o por su sagrada persona o por sostener el honor de sus misterios o sacramentos o por defender los derechos de la Iglesia, o alguna verdad por El enseñada, o alguna de las virtudes que El practicó, o por evitar algún pecado que lo ofenda, o por amarlo con tanto ardor que la misma violencia de nuestro amor nos haga morir, o, en fin, por realizar cualquier acto relacionado con su gloria, capaz de acarrearos la muerte; esto último lo sostiene Santo Tomás de Aquino en la Sumia Teológica.

Por tanto, os aconsejo procuréis al principio de todos vuestros actos elevar vuestro corazón a Jesús Para ofrecérselos y protestarle que sólo por su amor y gloria los ejecutáis. Porque, si por ejemplo, la asistencia corporal o espiritual que dispensáis a un enfermo os acarrea un mal que luego sea causa de vuestra muerte, si en verdad habéis hecho esto por amor a Nuestro Señor, El os ha de considerar como mártir efectivo y como tal seréis partícipes de la gloria de los mismos en el Cielo.

Y con mayor razón aún, si lo amáis tan fuerte, tan entrañablemente que la fuerza misma de ese amor santo viene a la postre a consumir y destruir vuestra vida corporal, Pues tal muerte es el martirio por excelencia, de todos el más noble y envidiable. Tal fue el martirio de la Madre del amor, María Santísima, el del gran San José, el de San Juan Evangelista, el de la Magdalena, el de Santa Teresa, el de Santa Catalina

de Génova, el de muchos otros santos y santas. Aún más, éste fue el martirio de Jesús quien murió, no sólo en el amor y por el amor, sino por el exceso y poder de este mismo amor.

2. - Todos los cristianos deben su mártires y vivir en espíritu de martirio. Naturaleza de este espíritu.

Todos los cristianos, sea cual fuere su estado o condición, deben estar siempre dispuestos a sufrir el martirio por Jesucristo, Nuestro Señor; y ello, por razones poderosísimas.

1e - U pertenecen a Cristo por una infinidad de títulos: así, pues, ya que no debenvivir sino por El, han de morir, es su obligación, sólo por El, según estas palabras de San Pablo: «Nemo enim vestrum sibi! vivit et nemo sibi moritur; sive enim vivimus, Domino vivimus, sive morimur, Domino morimur. Sive ergo vivimus, sive morimur, Domini sumus. Rom.XIV, 7-10. Pues *ninguno* de vosotros vive para sí y ninguno para sí muere; porque, ora vivamos, para el Señor vivimos, ora muramos, para el Señor morimos. Sea, Pues que vivamos, sea que muramos, del Señor somos».

2e - Habiéndonos Dios otorgado el ser y la vida sólo para su gloria, estamos en la obligación de glorificarle con la mayor perfección posible, sacrificándole nuestro ser y nuestra vida en homenaje de su vida y Ser para protestarle que sólo El es digno de existir y de vivir y que toda otra vida ha de ser inmolada y aniquilada ante su vida soberana e inmortal.

3e - Nos exige Dios que le amemos con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, es decir, con el amor más perfecto que podamos experimentar. Pues, para amarlo así, tenemos que estar dispuestos a derramar nuestra sangre y a sacrificar nuestra vida por El. En ello está la prueba máxima del amor, según palabras del mismo Jesucristo: «Majorem

1 0 2 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

hanc dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis»: *no hay mayor amor que el morir por los que se ama*, Joan.XV,13.

4e - Nuestro Señor Jesucristo tuvo desde el momento de su Encarnación una ardentísima sed y un vivísimo anhelo de verter su sangre y de morir por la gloria de su Padre, deseo que no pudo realizar entonces porque la hora indicada por la voluntad de Dios no habla aún sonado. Hé aquí por qué escogió a los Santos Inocentes como mártires y testigos de su querer para cumplir por medio de ellos este anhelo y en cierto modo, con ellos y por ellos, morir. De igual manera, después de haber resucitado y subido al cielo siguió experimentando siempre el deseo de sufrir y morir por la gloria de su Padre y por amor nuestro, mas, no pudiendo personalmente realizar este anhelo santo, quiere por medio de sus miembros ejecutarlo y por doquiera busca almas generosas que se presten de buen grado a complacerlo. Si, pues, nosotros tenemos algún celo por la ejecución de los designios y demos de Jesús, debemos ofrecernos a El, pon que calme en nosotros, si cabe, la indecible sed y el anhelo inefable de derramar una vez más su sangre y de morir de nuevo por el amor infinito a su Padre.

5e - En el Bautismo hicimos el voto de adherirnos a Jesucristo, de seguirlo e imitarlo, y por consiguiente, de ser hostias y víctimas consagradas y sacrificadas a su gloria. Esto nos obliga a seguirlo e imitarlo, no sólo en su vida, sino también en su muerte y a estar siempre listos a inmolarse nuestra existencia y todo lo que nos pertenece, según lo declara el Salmista: «Propter te mortificamur tota die: aestimati sumus sicut oves occisionis». *Por tí a diario nos sacrificamos: se nos considera como ovejas de sacrificio*. Ps. XLIII,22.

6e - Siendo Jesucristo nuestra cabeza y nosotros sus miembros, hemos de vivir de su misma vida; por tanto, es preciso que muramos también de su misma

103 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

muerte, pues, según la enseñanza de San Pablo, los miembros han de correr las mismas contingencias de su cabeza: «Sémpér mortificatióñem Jésu in corpore nóstro circumferéntes, ut et vita Jésu manifestétur in corpóribus nostris. Sémpér éñim nos, qui vívimos, in mortem trádimur própter Jésum, ut et vita Jésu manifestétur in cárne nóstra mortáli». *Siempre llevando por doquiera en nuestro cuerpo el estado de muerte de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Porque siempre nosotros los que vivimos somos entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.* Ila. Cor. IV, 10-11.

7e - Mas, la más poderosa y convincente razón que nos obliga al martirio es el martirio sangriento en extremo y la muerte dolorosísima de Jesucristo en la cruz por amor nuestro. Porque este amabilísimo Salvador no se contentó con gastar íntegra su vida por nuestro bien, sino que quiso también morir por nosotros, y murió, en efecto, con la muerte más cruel e ignominiosa que ha habido y habrá jamás.

Sacrificó una vida, un solo instante de la cual vale mil veces más que todas las vidas de los hombres y de los ángeles, y estaría dispuesto, si preciso fuera, a morir mil y mil veces aún. Y, en efecto, de continuo está sobre nuestros altares en calidad de hostia y de víctima, y en ellos, de hecho es y será inmolado diariamente y a toda hora hasta el día del juicio, tantas veces cuantas se celebre el Santo Sacrificio de la Misa. Así nos atestigua que está siempre dispuesto, si fuera necesario, a soportar infinitas veces por nuestro amor el martirio doloroso y sangriento de la Cruz, que muchos siglos ha, sufrió en el Calvario.

Oh! qué bondad!... ah! cuánto amor!... No me maravilla el ver cientos, miles, millones de mártires que han vertido su sangre por Jesucristo y han dado por El su vida, habiendo El entes muerto por todos

104 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

los hombres; es lógico que todos hayamos de morir por El. Tampoco me admiro de que los santos mártires y todos aquellos a quienes Jesús ha hecho sentir los santos ardores del divino amor que lo clavó en el madero de la cruz, hayan experimentado una sed ardiente y un deseo inmenso de sufrir y de morir por El. Ni mucho menos me asombro de que gran número de mártires de hecho hayan soportado tormentos tan atroces y con tanta alegría que los mismos verdugos se fatigaran de torturarlos antes que ellos de sufrirlos, y de que cuanto padecían por cruel y doloroso que fuera, nada les parecía en comparación del anhelo insaciable que sentían de sufrir por su Dios. Pero mucho me maravillo de vernos ahora tan fríos en el amor de tan amable Salvador, tan flojos y cobardes para soportar las menores incomodidades, tan a~ dos a una vida tan insignificante y despreciable cual es la de este suelo vil, y tan distantes de querer sacrificarla por Aquél que sacrificó la suya tan digna y preciosa, por nosotros. ¿Puede uno, por ventura, llamarse cristiano y adorar a un Dios crucificado, a un Dios agonizante y moribundo sobre una cruz, a un Dios que pierde por nosotros una vida tan noble y excelente, a un Dios que se sacrifica todos los días ante nuestros ojos sobre el ara santa de nuestros templos, y no estar dispuesto a sacrificarle cuanto de más caro tenemos en el mundo, y la vida misma que por tantos títulos le pertenece? En verdad, no somos cristianos sino de nombre, si tales no son nuestras disposiciones. Hé aquí por qué afirmo, y ello es evidente para quien haya meditado las verdades que acabo de exponer, que todos los cristianos deben ser mártires, si no de hecho, al menos en espíritu y con todo el corazón.

Tan cierto es esto, que al no fueren mártires de Jesús, lo serán de Satanás. Escoged. Si vivís bajo la tiranía del pecado, seréis mártires de vuestro amor propio y de vuestras pasiones, y por tanto, mártires

VIDA Y REINO DE JESÚS

105 -

del demonio. Mas, si anheláis ser mártires de Cristo, debéis procurar vivir en el espíritu del martirio.

Espíritu de martirio. Su naturaleza.

¿Qué es el espíritu del martirio? Es un espíritu que tiene cinco cualidades maravillosas.

1e - Es un espíritu de *fortaleza y constancia*, que no puede ser quebrantado ni vencido por promesas ni amenazas, por dulzuras ni por rigores, y que nada teme sino a Dios y al pecado.

2e - Es un espíritu de profundísima humildad, que odia la vanidad y la gloria mundana y que ama sólo los desprecios y humillaciones.

3e - Es un espíritu de *desconfianza* de sí mismo y de *confianza* firmísima en Jesús, Nuestro Señor, nuestra fortaleza, y en cuya virtud todo lo podemos.

4e - Es un espíritu de total desprendimiento del mundo y sus riquezas, puesto que los que han de sacrificarle su vida a Dios, deben inmolarle también lo demás.

5e - Es un espíritu de ardentísimo *amor* a Nuestro Señor Jesucristo que determina a quienes anima a hacerlo y soportarlo todo por el amor del que todo lo ha hecho y sufrido por ellos, y que, de tal suerte los abrasa y embriaga, que miran, buscan y desean por su amor las mortificaciones y padecimientos como su verdadera felicidad y huyen y detestan los placeres y delicias mundanas como el mismo infierno.

Hé aquí el espíritu del martirio. Rogada Nuestro Señor, Rey de los Mártires, que os llene de ese espíritu y pedid a la Reina de los Mártires y a ellos mismos os obtengan por su intercesión poderosa. Es deseable sufrir del Hijo de Dios. Venerad de modo muy especial a todos los Mártires y no dejéis de pedir a Dios por cuantos hayan de sufrir el martirio para que les otorgue su gracia y su espíritu de fortaleza

106 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

sin olvidar en vuestras oraciones especialmente a quienes en los tiempos del Anticristo habrán de sufrir persecuciones y tormentos en defensa de su fe y de sus convicciones religiosas.

Finalmente, procurad grabar en vosotros, imitándolos, una perfecta imagen de la vida de los santos Mártires, y lo que es más, de la vida del Rey y de la Reina de los Mártires, Jesús y María, para que os hagan dignos imitadores de su muerte.

Elevación a Jesús sobre el martirio

«¡Oh amabilísimo Jesús!, prosternados ante Vos, desde lo más profundo de nuestra nada, en unión de toda la humildad, devoción y amor del cielo y de la tierra, os adoramos, bendecimos y glorificamos como Primer y soberano Mártir de vuestro Padre Eterno y como Rey de todos los Mártires. Os adoramos y bendecimos en el martirio dolorosísimo que habéis sufrido en vuestra

Pasión y sobre la Cruz. Os honramos y veneramos en el martirio insufrible de vuestra santísima Madre al pie de vuestra cruz, en donde su alma santa fue traspasada por la espada del dolor y su corazón maternal tuvo que sufrir el mismo martirio que vuestro cuerpo sacrificado. Os alabamos también y os ensalzamos en los múltiples y diversos martirios de vuestros santos, que tantos y tan atroces tormentos soportaron por vuestro amor.

Mil y mil gracias os damos por la inmensa gloria que habéis tributado a vuestro Padre por las infinitas torturas y sufrimientos que habéis soportado en vuestra sacrosanta persona, en la de vuestra santísima Madre y en las de vuestros Santos con el martirio. Oh! cuánta felicidad experimentan nuestros corazones al ver la gloria infinita que habéis tributado a vuestro Padre por vuestros sufrimientos y por vuestra muerte y la que El os rinde a trueque de esos

VIDA Y REINO DE JESÚS 107 -

mismos tormentos y muerte cruelísima sufrida por su amor y por el de vuestras, almas. ¡Oh!... cómo me consuela veros tan amado y glorificado por vuestros santos Mártires y el considerar a éstos tan glorificados y amados por Vos!

Oh Jesús! amor y fortaleza de los mártires, adoramos y bendecimos infinidad de veces todos los pensamientos, designios y amor infinito que desde toda la eternidad habéis tenido para con todos los Mártires que ha habido desde el principio en vuestra Iglesia y para con los que habrá hasta el fin de los tiempos. Bendito seáis por siempre, dulcísimo Jesús, por todas las gracias y maravillas que habéis obrado y habréis de obrar en ellos y por ellos! ¡Oh amantísimo Jesús! ya no podéis sufrir ni morir y sin embargo deseáis grandemente sufrir y morir hasta el fin del mundo en vuestros miembros para glorificar a vuestro Padre por sus sufrimientos y por su muerte hasta la consumación de los siglos. Por doquiera buscáis en quien satisfacer este anhelo de vuestro corazón. Hé nos aquí, buen Jesús, hé nos aquí a vuestro mandar: nos ofrecemos a Vos con todo nuestro corazón mil y mil veces a fin de que os dignéis servirnos de nosotros para realizar vuestros designios. Aquí tenéis nuestro cuerpo con todos sus miembros dispuestos, mediante vuestra gracia, a sufrir toda clase de tormentos para que se colmen vuestros deseos y se aplaque la sed ardentísima que tenéis de sufrir y de morir en vuestros miembros por amor de vuestro Padre.

Oh adorabilísimo Jesús! ya que no nos habéis creado sino para vuestra gloria, haced que os glorifiquemos de la manera más perfecta que tenemos a la mano, cual es, sufriendo la muerte por vuestro honor.

¡Oh Jesús, único objeto de nuestro amor! nos mandáis amaros con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. Es también éste, Señor, nuestro mayor deseo; por ello, anhelamos derramar toda nuestra sangre y sacrificar nuestra vida toda en aras de

108 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

vuestro amor. Pero es lo único que podemos hacer: experimentar anhelo tan santo; toca a Vos, Señor, cumplir nuestros deseos, dándonos la corona del martirio.

¡Oh dulcísimo Salvador!, puesto que os dignáis por un exceso admirable de bondad ser nuestra cabeza y hacer de nosotros los miembros de vuestro cuerpo, por esta misma bondad, disponed que vivamos la misma vida de vuestra cabeza y que tengamos su misma muerte. A ello nos habéis obligado al incorporarnos a Vos por el Santo Bautismo, admitiéndonos a hacer voto y promesa solemne de adherirnos estrechamente a Vos para seguirus siempre, y por tanto, para, a imitación vuestra, ser víctimas destinadas al sacrificio por vuestra gloria. Otorgadnos, pues, la gracia de cumplir perfectamente esta promesa y este voto el más santo, y solemne de nuestra vida. Haced que os sigamos

en la vida y en la muerte, y que seamos, como Vos, inmolados a vuestro amor y a la gloria de vuestro Padre.

¡Oh Amor de nuestras almas !. . . cuando os contemplamos en la Cruz, vemos vuestro cuerpo adorable todo cubierto de llagas, de sangre y de dolores desde los pies hasta la cabeza. Ay de mí! amado Salvador, os veo morir de muerte la más cruel y humillante que haber pueda, y, no satisfecho aún, os veo en calidad de víctima sobre nuestros altares, inmolándoos todos los días y todas las horas para testimoniarnos así que estáis todavía dispuesto a sufrir y a morir mil veces, si fuera necesario. Y todo ello, por amor del hombre, criatura despreciable e indigna, en grado sumo. ¡Ah! bondadosísimo Jesús... y nosotros, ¿qué os daremos en cambio? ¿qué podremos hacer?, ¿qué podremos sufrir por amor vuestro?

Demasiado poco, muy poco es no tener sino un cuerpo para sacrificarlo a Quien ha inmolado el suyo tan santo y tan digno por nosotros!. . Demasiado poco es no tener sino una vida para inmolarla a

VIDA Y REINO DE JESÚS

109 -

Quien ha perdido la suya, tan excelsa, tan divina que uno solo de sus instantes vale infinitamente más que todas las vidas de los hombres y de los Ángeles reunidas. Demasiado poco es morir tan sólo una vez por Quien murió por amor nuestro y de una muerte infinitamente preciosa. Ay! carísimo Jesús... en verdad, si tuviéramos los cuerpos de todos los hombres que han existido, existen y existirán, con el mayor gusto, mediante vuestra gracia, los entregaríamos, por Vos, a toda suerte de tormentos. Y si tuviéramos la vida de todos los hombres y de todos los Ángeles, con muchísimo agrado os las ofreceríamos en sacrificio y holocausto a vuestro amor, a vuestra gloria. Oh! si fuera posible morir tantas veces por vuestro amor cuantos momentos tienen los siglos pasados, presente, y futuros de mil amores os haríamos tal sacrificio en aras de vuestro amor y de vuestra gloria... !

¡Oh amor, único amor de nuestros corazones! si al menos nos fuera dado ver nuestro cuerpo bañado en sangre y todo cubierto de llagas y dolores por vuestro amor, como visteis Vos el vuestro, por mi bien, qué de alabanzas y bendiciones os tributaríamos! Oh! bendito mil y mil veces el día en que colméis este anhelo íntimo de nuestras almas de ser hostias inmoladas sobre el ara santa de vuestro amor! Oh fuego! oh hogueras! Oh espadas! oh rueras torturadoras! oh patíbulo infamantes! oh cárceles! oh humillaciones, desprecios y oprobios! oh torturas, tormentos y sevicia de los hombres y de los demonios, de la tierra y del infierno!... lloved sobre nosotros con tal que siempre amemos a nuestro amabilísimo Jesús, y que lo amemos muriendo y que muramos amándolo, para amarlo y bendecirlo por siempre en toda la eternidad!...

Bien sabemos, Señor, que abandonados a nosotros mismos no sabríamos soportar la menor pena, pero confiamos en vuestra infinita bondad y en que, unidos a Vos, de todo seremos capaces.

Tampoco ignorarnos, Jesús, que somos absolutamente

110 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

indignos de tan grandes destinos, pero habiendo muerto Vos por nosotros, sois sobradamente merecedor de que nosotros muramos por Vos y suficiente bondad y poderío tenéis para hacernos dignos de tal favor.

Esto es, bondadosísimo Jesús, lo que con instancia y humildísimo ruego de Vos imploramos: otorgádnoslo por el amor ardentísimo que os ha hecho morir por nosotros sobre una cruz, por vuestra preciosa sangre, por vuestra muerte dolorosísima, por vuestro inmenso amor a María, Reina de los Mártires, por el que a todos éstos profesáis y por el que ellos con su sangre os demostraron, en

una palabra, hacedlo, Señor, por lo que más queráis en el cielo y en la tierra!... Hacednos dignos de esta insigne gracia, por vuestra infinita bondad, por vuestro propio amor y por la gloria de vuestro santo nombre. Dadnos, pues, si os place, desde ahora el espíritu del martirio, o sea, la gracia y las disposiciones requeridas para soportarlo. Hacednos fuertes y constantes para hacerlo y soportarlo todo valerosamente por vuestra gloria y para no temer en el mundo a nadie sino a Vos y a cuanto os ofenda y disguste. Que nunca nos apoyemos en nuestras propias fuerzas sino que pongamos nuestra confianza toda en Vos solo y en vuestra bondad infinita; que detestemos más que el infierno, la gloria, la vanidad, los placeres y las delicias del mundo y que finquemos toda nuestra dicha y felicidad en los desprecios, humillaciones, trabajos y penalidades de la vida; que vivamos en medio de un total olvido y perfecto desprendimiento, de nosotros mismos, del mundo y de todos sus bienes y sobre todo, que el fuego santo de vuestro amor de tal suerte nos inflame y abraza, que en adelante no aspiremos a ningún Otro amor y que de continuo nos consuma un deseo ardiente de amaros siempre más y más y de hacer y sufrir los mayores sacrificios por vuestro solo amor y que, en fin, nuestra vida toda se consuma

VIDA Y REINO DE JESÚS

1 1 1 -

y aniquile en las llamas y divinos ardores de vuestro amor. Inculcad poderosamente en nosotros, oh buen Jesús!, el espíritu del martirio y en el corazón de los que desde la eternidad habéis escogido para asociarlos a vuestros santos Mártires y muy especialmente en el de aquellos que han de sufrir y morir por Vos en la última y más terrible persecución: la del Anticristo.

¡Oh Madre de Jesús, Reina de todos los Mártires! ¡Oh Santos Mártires de Jesús! dignaos pedir al mismo Jesús se valga de nosotros para saciar su sed de sufrimiento y de martirio en nuestros cuerpos para su única gloria y por su solo amor.

Finalmente, oh amabilísimo Jesús! concedednos que en adelante vivamos imitando perfectamente vuestra vida santísima, la de vuestra Madre y la de vuestros santos Mártires para así asemejarnos a Vos y a ellos no sólo en la vida sino también en la muerte y merezcamos cantar con Vos y con ellos por toda la eternidad el dulcísimo canto de vuestra gloria y de vuestro divino amor.

CAPITULO V.

CONSUELOS Y PENAS ESPIRITUALES DE (A VIDA
CRISTIANA1 - Dej buen uso o provecho de los consuelos
espirituales

Dos estados diferentes caracterizan la vida del Hijo de Dios en la tierra: uno de consuelo y alegría y otro de aflicción y sufrimiento. Disfrutó la parte superior de su alma toda clase de delicias y goces divinos y la inferior Y su cuerpo humanado soportó las más variadas amarguras y tormentos. LO mismo acontece en la vida de sus servidores y miembros, que, siendo, como ya lo hemos visto, continuación e imitación de la suya, es una mezcla de alegrías y tristezas, de consuelos y aflicciones.

Ahora bien, el Hijo de Dios en ambos estados glorificó por igual a su Padre Eterno; debemos, pues, nosotros procurar hacer lo mismo que nuestro Jefe y Maestro, tributando a Dios en una y otra condición de ánimo toda la gloria que El espera de nosotros para poder exclamar con el santo Rey David: «Benediciré y glorificaré al Señor en todo tiempo; por siempre cantarán mis labios sus alabanzas»: *Benedicam Dóminum in omni témpore; sémpet láus ejus in ore méo.* Ps. XXXIII,2.

Hé aquí por qué vamos a señalar ahora cuanto es preciso hacer para permanecer fieles en el servicio de Dios y para glorificarlo tanto en la alegría como en la aflicción. En cuanto a los consuelos espirituales, quienes tratan de la materia nos aseguran que no debemos darles mayor importancia, por grandes que sean, ya espirituales y ya materiales, ni desearlos, ni pedirlos, cuando carecemos de ellos, ni, favorecidos

VIDA Y REINO DE JESÚS

113-

con ellos, temer ansiosos su pérdida, ni considerarnos superiores a los demás por tener ideas elevadas, luminosas percepciones, o sentimientos y afectos sensibles de devota ternura que nos hagan derramar lágrimas de amor a Dios, porque no estamos en este mundo para gozar sino para sufrir y la felicidad ha de ser en el Cielo la recompensa de cuantos en la tierra supieron rendir homenaje a las penas y sufrimientos del Hijo de Dios uniéndose de corazón en la amargura y aflicción a su Redentor Crucificado.

Sin embargo cuando a Dios place inundar nuestra alma de consuelos no hemos de rechazarlos o menospreciarlos con orgullosa presunción, sino que, vengan de donde vinieren, de Dios o de sus criaturas, es preciso servirnos santamente de tales gracias para la mayor gloria de Nuestro Señor.

1e- Tenernos que humillarnos profundamente ante Dios, reconociéndonos indignos en grado sumo de toda gracia y de todo consuelo y pensar que nos trata como a seres débiles e imperfectos, incapaces de tomar alimento sólido y por lo mismo nos nutre con la leche y la miel de sus consuelos y nos lleva en sus brazos para evitarnos tropiezos y caídas talvez de fatales consecuencias.

2e- No hay que permitir a nuestro amor propio refocilarse en estos goces y sentimientos espirituales, ni a nuestro espíritu sumergirse, reposar y complacerse en ellos, sino, por el contrario, elevándonos sobre nosotros mismos, volvernos a Dios, fuente de todo gozo y de todo consuelo, protestándole que no queremos otra dicha que no sea la suya propia, y que, mediante su gracia, estamos dispuestos a servirle eternamente tan sólo por su amor, desinteresadamente, sin buscar jamás consuelos y recompensas de ningún género .

3e- Es preciso deponer en manos de Nuestro Señor Jesucristo nuestros buenos pensamientos, deseos y consuelos, suplicándole se sirva de ellos para su mayor

114 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

gloria y tratando nosotros mismos de utilizarlos siempre con el mismo fin. Nos animaremos así a amarlo con más ardor, a servir más valerosa y fielmente a quien con tanta suavidad y amor nos trata a nosotros, merecedores mil veces de ser despojados de toda gracia y consuelo y de ser abandonados por El.

2 - Del uso santo de la aridez y aflicciones del espíritu

La vida entera de Jesucristo Nuestro Señor, nuestro Padre y cabeza, estuvo colmada de trabajos, amarguras y sufrimientos, tanto exteriores como interiores; no es, pues, justo ni razonable que sus hijos y miembros sigan sendas diferentes. Nos otorga una gracia inmensa, sin que tengamos derecho a quejarnos, cuando nos concede lo que para sí mismo escogió al hacernos dignos de beber con El el cáliz que de su Padre con amor tan grande recibiera y que El, con idéntico amor nos brinda con las penas y contrariedades de la existencia. Es esta la señal infalible de su amor de predilección para con nosotros y la prueba más segura de que los insignificantes servicios que le hacemos son agradables y dignos de su aprecio. Por esto San Pablo nos enseña que «los que piadosamente quieren vivir en Jesucristo, han de sufrir persecuciones y amarguras»: *Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur*. Ila Tim. 111,12. Y el ángel Rafael dice a Santo Tobías: «Porque eras grato a Dios, fue preciso, (notad bien sus palabras), que fueras probado con tentación y aflicciones»: *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te*. Tob.X113. El Espíritu Santo, por boca del Eclesiástico, nos habla en los términos siguientes: «Hijo, si te acercas a servir al Señor Dios, prepara tu alma a la tentación. Gobierna tu corazón y muéstrate firme y no te apresures en tiempo de

VIDA Y REINO DE JESÚS

115 -

invasión. Pégate a El y no te alejes, para que crezcas en los últimos momentos. Todo cuanto te aconteciere, recíbelo, y en las vicisitudes de tu humillación, ten paciencia. Porque en fuego se prueba el oro, y los hombres aceptos, en el horno de la humillación». Eccli. 11,1-6. Palabras divinas que nos enseñan que la verdadera piedad y devoción se caracterizan invariablemente por alguna prueba o sufrimiento, sea de parte del mundo o del demonio, sea de parte de Dios mismo, que aparenta a veces retirarse de las almas predilectas para probar y ejercitar su fidelidad.

No os engaños, por consiguiente, imaginándoos que en el sendero del Señor no hay sino rosas y delicias. Hallaréis, y muy a menudo, espinas y penalidades; mas, suceda lo que sucediere, amad siempre a Nuestro Señor con fidelidad y su amor trocará en mieles las hieles de la vida y sus amarguras en dulzuras inefables. Mejor aún: tomad la firme resolución de fincar toda vuestra felicidad y contento en el peregrinaje de la existencia, en las cruces y penas, seguros de que así glorificaréis mejor a Dios y le testimoniaréis mejor vuestro amor, imitando a Jesús, vuestro Padre, esposo y cabeza, quien, mientras vivió entre nosotros, amó el sacrificio y el dolor y consideró el día de su pasión como el más feliz de su vida: «In die laetitiae cordis ejus». Cant. 111,12.

Tal es el uso que debéis hacer de las aflicciones del cuerpo y del alma. No quiero, sin embargo hablaros ahora de las penas corporales y externas; pretendo, más bien, enseñaros a utilizar los sufrimientos espirituales e interiores, como la aridez, las tristezas y hastíos, los temores y turbaciones interiores, el aburrimiento de la vida espiritual y las demás penas que sufren a menudo las almas consagradas al servicio de Dios. Efectivamente, es de capital importancia saber servirnos de todo ello para permanecer fieles a Nuestro Señor. Para lograrlo, hé aquí algunos medios muy

apropiados:

1 1 6 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

1e) Adorad a Jesús en los sufrimientos, privaciones, abatimientos, turbaciones, tristezas y abandono que más de una ocasión experimentó su alma santísima, según estas palabras: «Repleta est malis ánima mea»: Llena de males está mi alma. Ps.LXXXVII, 4.; «Nunc ánima méa turbata est». Ahora se ha conturbado mi espíritu: «Tristis est ánima méa usque ad mortem»: Triste está mi alma hasta morir. Joan.XII, 27 y Math.XXI,38. Adorad las disposiciones de su alma divina en estos momentos angustiosos y el buen uso que supo hacer de ellos para la gloria de su Padre. Entregáos a El para abundar en los mismos sentimientos e imitarlo en las horas dolorosas de la vida, ofreciéndoselas en honor de sus dolores infinitos. Suplicadle junte vuestras penas con las suyas, y así unidas, las bendiga y santifique, supliendo vuestras deficiencias.

2e) No perdáis vuestro tiempo en averiguar ansiosamente la causa de la situación en que os véis, ni en examinar vuestras faltas; humillaos, más bien, a su vista, y adorad lo, justicia divina, ofreciéndos a Dios para soportar todas las penas que en castigo quiera enviaros, considerándoos indignos sobremanera de que esa misma Justicia soberana se digne pensar en vosotros para castigaros. Porque, reconocido, cristianos, el menor de nuestros pecados bien merece que seamos totalmente abandonados por Dios. Y, cuando nos veamos en este estado de sequedad y de hastío por las cosas de Dios, en que apenas seamos capaces de pensar en El para orar, y ello con mil distracciones, recordad que somos infinitamente indignos de toda gracia y de cualquier consuelo; que mucho es que Nuestro Señor permita que aún la tierra nos pueda soportar y que miles de veces hemos merecido ser como los réprobos que por toda la eternidad no podrán abrigar sino blasfemos pensamientos de odio a Dios, Nuestro amable Salvador. Así hemos de humillarnos ante Dios en medio de la aridez espiritual.

VIDA Y REINO DE JESÚS

1 1 7 -

Tales son los designios del Señor sobre nosotros y El espera que en manera alguna nos opongamos a ellos. Quiere que reconozcamos lo que somos, abandonados a nuestras propias fuerzas y que nos convenzamos de nuestra miseria, de nuestra nada. Así, al experimentar por su Divina Misericordia algún buen pensamiento o piadoso afecto, nuestro orgullo o insensata vanidad no se lo atribuirán como fruto de personales esfuerzos, meritoria vigilancia o decidida cooperación, sino que todo lo referiremos a Dios y a su infinita Bondad y pondremos siempre en El toda nuestra confianza.

3e) Cuidaos mucho de no afligiros y desalentaros; por el contrario, debéis alegraros por las siguientes razones:

1a) Alegraos de que Jesús sea siempre Jesús, es decir, siempre Dios, siempre grande y admirable, siempre glorioso, siempre feliz y dichoso, sin que nada pueda disminuir su felicidad y gozo soberano: «Scitote quóniam Dóminus ipse est Deus»: *Sabed que el Señor es el mismo Dios. Ps.XCIX,3., y decid: «Oh Jesús! bástame saber que eres siempre Jesús! ¡Oh Jesús! sed siempre Jesús y yo viviré siempre feliz, suceda lo que sucediere!»...*

11a) Alegraos de que Jesús sea vuestro Dios y vuestro todo y de que pertenezcáis a un Señor tan bueno y amable, recordando las palabras del Profeta: «Beátus pópulus, cujus Dominus Dóminus Deus ejus»: *Feliz la nación cuyo Señor es su Dios. Ps. CXLIII,15.*

111a) Alegraos con el pensamiento de que es entonces cuando con mayor pureza podéis servir a Nuestro Señor y manifestarle que le amáis tan sólo por su amor y con desinterés, sin tener en cuenta los celestes consuelos que antes os dispensaba. Y para probarle en efecto la verdad de estos sentimientos, procurad ejecutar todas vuestras acciones con la delicadeza y perfección posibles. Y

mientras mayor frialdad, pereza y debilidad sintáis con mayor confianza

118 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

y seguridad acudiréis a Quien es vuestra fuerza y vuestro todo, abandonándoos sin reserva a su querer y ofreciéndole a menudo vuestro espíritu y vuestro corazón atormentados. No dejéis entonces de hacerle repetidas protestas de vuestro amor, aun cuando no experimentéis en ello el acostumbrado fervor y el consuelo de otras veces; porque, ¿qué importa que seáis o no dichosos, si Jesús lo es? Ahora bien, a menudo cuanto hacemos en estado de aridez y desolación espiritual le agrada mucho más, con tal que procuremos ejecutarlo con ánimo de honrarlo, que lo que realizarnos con intenso fervor y sensible devoción, pues estos actos de ordinario están viciados de amor propio, mientras que los otros se caracterizan por su amor y desinterés.

Finalmente no os desalentéis por vuestras faltas y debilidades del momento, humillaos ante nuestro Señor, suplicadle las repare con su gran misericordia, confiad en El, pues ciertamente así lo hará; sobre todo conservada siempre una firme resolución y un ánimo decidido de servirle, pase lo que pasare, y de amarlo perfectamente, permaneciéndole fiel hasta el último suspiro, seguros de que, en su benignidad infinita os concederá esta gracia a pesar de todas vuestras infidelidades e ingratitudes.

LIBRO SEGUNDO

Las Virtudes Cristianas

CAPITULO I

LAS VIRTUDES CRISTIANAS EN GENERAL

Luego de haber echado en vuestra alma los Principales fundamentos de la vida y santidad cristiana, que son la fe, el odio al pecado, el desprecio del mundo, de sí mismo y de todos los bienes y la oración, es preciso además, si deseáis vivir cristiana y santamente, o mejor, si anheláis hacer vivir y reinar a Jesús en vosotros, ejercitaros cuidadosamente en la práctica de las virtudes cristiana que practicó Nuestro Señor Jesucristo durante su vida mortal. Dado que debernos continuar y completar la vida Santa de Jesús sobre la tierra, hemos también de continuar y completar las virtudes que El mismo en ella practicó. Por consiguiente, con tal fin, expondré algunas generalidades acerca de la excelencia de las virtudes cristianas y de la manera de practicarlas santamente, enumerando luego algunos detalles particulares de ciertas virtudes que más directamente atañen a la Perfección y santidad de la vida cristiana.

1 - Excelencia de las virtudes cristianas

Muchos aprecian la virtud, la desean, la buscan y ponen gran empeño en adquirirla y sin embargo raros son los que verdaderas y sólidas virtudes cristianas demuestran en su vida. Una de las principales razones de su fracaso estriba en que no buscan la virtud con espíritu cristiano sino con una mentalidad

de filosofía pagana, herética o de marcada tendencia política. En otras palabras, no persiguen la virtud según el espíritu de Jesucristo y de la gracia divina que con su sangre nos adquirió sino más bien guiados por la naturaleza y la humana razón.

¿Queréis ver la diferencia que hay entre estos dos espíritus en cuanto se relacionan con la práctica de la virtud? Prestadme atención.

1e) Quienes buscan la virtud a la manera de los filósofos paganos, de los herejes o de los políticos, la consideran simplemente con los ojos de la razón humana, estimándola como una cosa excelente, muy puesta en razón y necesaria a la perfección del hombre para diferenciarlo de los irracionales que se gobiernan tan sólo por los sentidos, y movidos por estas consideraciones más humanas que cristianas, se animan a desearla y adquirirla.

2e) Imaginan los tales que podrán lograrla por su propio esfuerzo, empleando en dicha labor cuidados y minuciosa vigilancia sobre sí mismos, consideraciones, propósitos y prácticas de invención personal. Engañase miserablemente por no considerar que sin la gracia divina nos es absolutamente imposible ejecutar el menor acto de virtud cristiana.

3e) Aman la virtud y se esfuerzan por obtener. la no tanto por Dios y por su gloria sino más bien por sí mismos, por su propio mérito, interés y satisfacción y para volverse más perfectos y cumplidos, pues así era como los paganos, herejes y políticos anhelaban la virtud; los demonios mismos, no de otra manera la desean, ya que, llenos de orgullo, ambicionan cuanto pueda hacerlos sobresalir, y, como la virtud es una cosa muy noble y en extremo excelente, querrían poseerla, no

para ser más gratos a los ojos de Dios, sino por espíritu de soberbia y por amor de su propia superación.

No ocurre lo mismo a quienes se guían por el

VIDA Y REINO DE JESÚS

121 -

espíritu y la gracia de Jesucristo en el ejercicio de la virtud:

1- La consideran no tan sólo en sí misma, sino en su principio y fuente, Jesús, de quien se deriva toda gracia y que contiene en grado soberano toda clase de virtudes. Pues todo cuanto hay en Jesús es santo, divino y adorable, y, por consiguiente, en Él la virtud se santifica y deifica hasta el punto de hacerse merecedora de honores y adoraciones infinitas. Hé aquí por qué, si consideramos la virtud en Jesucristo, tal consideración nos obligará a estimarla, amarla y buscarla con más decidido empeño que si la consideráramos únicamente en su excelencia intrínseca y de acuerdo con los dictados del espíritu y de la razón natural.

2- Quienes en la práctica de las virtudes se gobiernan por un espíritu cristiano, de sobra comprenden la incapacidad absoluta en que están de producir por sí solos el más insignificante acto de virtud y que, de consiguiente, si Dios los dejara de su mano por un instante siquiera, caerían al punto en el abismo de todos los vicios y que, siendo la virtud un don de la Divina Misericordia, es preciso de ella impetrarlo con repetidas y confiadas oraciones. Por ello, de continuo están pidiendo a Dios con instancia admirable las virtudes de que carecen sin jamás fatigarse de hacerlo y sin omitir de su parte la vigilancia, el cuidado y el esfuerzo de que son capaces para ejercitarse en la virtud. Guárdanse, con todo, de fiarse de sus esfuerzos, prudente vigilancia y ejercicios como tampoco de sus buenos deseos, propósitos y oraciones personales encaminados a alcanzar la virtud, para esperar todo de la bondad infinita de Nuestro Señor, sin inquietarse por el aparente fracaso de todos estos medios para lograrla. En vez de turbarse y desanimarse por ello, permanecen tranquilos y humildes ante Dios, reconociendo su propia miseria y abyección, atribuyendo a sus muchas faltas y debilidades

122 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

su imperfección y confesando sinceramente que si Dios los tratara según sus méritos, no sólo no les otorgaría jamás gracia alguna sino que los privaría de las anteriormente acordadas y que gran beneficio de su bondad es el que hasta el presente los haya soportado en su divino acatamiento. Consideraciones son éstas que en sus corazones reavivan el fuego del amor de Dios y fortalecen la confianza en la bondad infinita del Creador, reanimando en sus almas el deseo de adquirir todas las virtudes necesarias para servir y glorificar mejor a su Señor.

3- Anhelan la virtud y se esfuerzan en practicarla con frecuentes actos internos y externos de amor a Dios, de caridad para con el prójimo, de paciencia, de obediencia, de humildad, de mortificación y de las demás virtudes cristianas, no para sí mismos ni en su provecho o personal interés, buscando la satisfacción o recompensa de sus buenos deseos y fructuosos esfuerzos, sino para servicio de Dios y de su gloria, para asemejarse a su cabeza Jesucristo, para glorificarlo y para continuar el ejercicio de las virtudes que en la tierra Él practicó; tal es la verdadera esencia de la virtud cristiana.

Efectivamente, si la vida del cristiano no es sino una prolongación de la de Jesucristo, las virtudes cristianas no pueden ser sino la continuación y cabal desenvolvimiento de las de Jesús; y para practicarlas cristianamente hay que hacerlo guiados por el mismo espíritu, motivos e intenciones que informaron la vida toda de Cristo entre nosotros. Así, pues, la humildad cristiana es una prolongación de la humildad de Jesucristo, la caridad cristiana una continuación de la caridad de

Jesucristo y lo propio sucede con todas las virtudes restantes.

Juzgad, pues, ahora cómo sobrepujan las virtudes cristianas en excelencia y santidad a las llamadas virtudes morales que en realidad son las de los paganos, herejes y católicos de nombre. Estas tales

VIDA Y REINO DE JESÚS

1 2 3 -

virtudes morales no son más que virtudes humanas y naturales, virtudes de relumbrón o de simple apariencia, sin fondo ni solidez alguna, ya que se apoyan sobre la fragilidad del espíritu y de la razón humana, sobre la movediza arena del amor propio y de la vanidad. Pero las virtudes cristianas son verdaderas y sólidas virtudes, divinas y sobrenaturales; en una palabra son las mismas virtudes de Jesucristo de que hemos de revestir y adornar nuestras almas, virtudes que El comunica a quienes están unidos con El, a quienes con humildad y confianza se las piden y procuran practicarlas como El las practicó.

2 - Manera de ejercitar las virtudes cristianas y de reparar las humanas deficiencias en su práctica cotidiano

De cuanto hemos dicho podéis deducir con cuánta santidad tenemos que practicar las virtudes cristianas, puesto que en ello hemos de imitar a Jesucristo. Por lo tanto, si deseáis avanzar en la perfección de una virtud cualquiera:

1e) *Adoradla* en Nuestro Señor y considerad cómo sobresalió El en su práctica y a qué grado de perfección la elevó en persona durante su vida mortal.

2e) *Humillaos* ante El, al veros tan distantes de esta perfección, pidiéndole perdón por todas las deficiencias que hayáis podido cometer en la práctica de dicha virtud, reconociendo que, por vuestras propias fuerzas, sois totalmente incapaces de practicar el menor acto de ella, y que sois en extremo indignos de que os otorgue tal gracia. Suplicadle, con todo, os conceda el favor de practicar esta virtud a la primera oportunidad que para ello se os ofrezca.

3e) *Entregaos* a menudo a Jesús, con un gran deseo de practicar esta virtud con la perfección que El espera de vosotros, y rogadle destruya en vuestro ser cuanto se oponga a ella, imprimiéndola y grabándola en vuestras almas para su mayor gloria.

4e) Procurad practicar actualmente esta virtud

1 2 4 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

por medio de actos *exteriores e interiores*, uniéndoos a las disposiciones e intenciones con que Jesús mismo la practicó.

5e) Al cometer una falta cualquiera contra esta virtud, no os turbéis ni os *desaniméis*, antes, por el contrario, humillaos ante Dios, pedidle perdón y ofreced en satisfacción todo el honor que su Hijo amadísimo y su Santísima Madre le tributaron con la práctica de tal virtud. Una vez más *entregaos a Jesús*, con crecientes ansias de serle fiel en el futuro en la práctica de esta virtud y suplicadle que por su infinita misericordia se digne suplir vuestra deficiencia y concederos la gracia de en próxima ocasión practicarla con mayor esmero y perfección.

3 - Aplicación del método anterior a la dulzura y humildad de corazón

Para facilitar más y generalizar en la práctica de todas las virtudes el anterior sistema, me permito ahora aplicarlo a una virtud en particular para que vosotros lo hagáis con todas las demás. Tomemos, por ejemplo, la dulzura y humildad de corazón tan recomendada por el dulce y humildísimo Jesús. Si deseáis informar vuestra vida espiritual en estas dos divinas virtudes, emplead diariamente algunos momentos para prosternaros ante Jesús y excitar en vosotros los sentimientos y afectos que contiene la siguiente oración:

«Oh dulcísimo y humildísimo Jesús! adoro vuestra dulzura y humildad sacrosanta y os glorifico en todos los actos interiores y exteriores que de estas virtudes practicasteis. Ah! Señor, cuán admirable sois en éstas como en todas las virtudes que os dignasteis enseñar a los mortales! Al considerar el curso de vuestra existencia toda, os veo, mi adorable Jesús, en un perenne ejercicio y en una constante disposición espiritual de dulzura y humildad en pensamientos, palabras, acciones y penas. ¡ Cuánta gloria habéis tributado a vuestro

VIDA Y REINO DE JESÚS

1 2 5 -

Padre con la práctica de estas dos virtudes, y cuánta, a su vez, os ha rendido El al exaltaros hasta su diestra en compensación de las humillaciones y abatimientos que soportasteis por su gloria y por nuestro amor en este mundo!... Por siempre seabendecido el Eterno Padre, y sedlo Vos, también, ¡ oh buen Jesús!, El, por haberos glorificado tanto a causa de vuestras humillaciones, y Vos, por haberlo honrado tanto con la práctica de vuestra dulzura y humildad! ¡ ¡Oh Jesús!, Vos sois mi Cabeza y yo soy uno de vuestros miembros; Vos sois mi Padre y yo soy uno de vuestros hijos; Vos sois mi Maestro y Doctor y yo soy uno de vuestros discípulos; debo, por consiguiente, seguiros, imitaros y, en cuanto de mí dependa, asemejarme a Vos en éstas como en todas las demás virtudes. ¡Y sin embargo, cuán lejos estoy de ello!, antes bien: ¡cuán lleno de orgullo y de vanidad estoy! ¡Cuánta aspereza y cuánta impaciencia me dominan! «Cuántas faltas y flaquezas hay en mi vida toda contra la dulzura y la humildad en pensamientos, palabras, acciones y sentimientos! . . ¡Perdón! Salvador mío, perdón!, Señor. Ansío imitaros de hoy en adelante en vuestra dulzura y en vuestra humildad admirable; mas, ¡ay! reconozco que por mi mismo soy incapaz del menor acto de virtud e indigno de que me concedáis tal gracia, y, con todo, humildemente os la pido fía, do de vuestra gran misericordia.

¡Oh Jesús!, os adoro en el acto de pronunciar esas divinas palabras: «Díscite a Me, quia mi tuis sum et húmilis corde, et inveniétis requiem animábus vestris»: *Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón* y hallaréis el reposo de vuestras almas. Mat, XI,29. Adoro los pensamientos y amorosos designios que sobre mi persona tuvisteis al pronunciarlas, pues, ciertamente al hacerlo en mi estabais pensando, bondadoso Jesús, con particular predilección anhelando que yo os imitara. ¡ ¡Oh amabilísimo Jesús me entrego totalmente a Vos para satisfacer ese deseo de vuestro

1 2 6 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

corazón dando cabal cumplimiento a vuestros designios sobre mi! No permitáis que de hoy en adelante te en forma alguna me oponga a ellos; destruíd en mí cuanto sea contrario a la dulzura y a la humildad, y por vuestro mismo amor estableced y acrecentad en mi esas dos virtudes predilectas de vuestro Corazón».

Al presentarse una ocasión cualquiera de practicar la dulzura y la humildad, elevad el corazón a Jesús, diciéndole: «Oh Jesús, a Vos me entrego para practicar ahora la dulzura, la paciencia y la humildad en honor de vuestra humildad, paciencia y dulzura y al hacerlo, me uno a las disposiciones e intenciones con que Vos mismo practicasteis estas virtudes».

Al incurrir en alguna falta contra tales virtudes, procurad repararla cuanto antes, prosternándoos a los pies del Hijo de Dios para decirle: «¡Oh misericordiosísimo Jesús! os pido perdón desde el fondo de mi corazón por la ofensa que acabo de irrogar a vuestra Divina Majestad. ¡ Oh Padre de Jesús!, yo os ofrezco todo el honor que vuestro Hijo amadísimo y su santísima Madre os tributaron con la práctica de su dulzura y humildad, en satisfacción de la ofensa que yo os he causado con mi pecado contra esta doble virtud. ¡Oh Jesús! ¡Oh Madre de Jesús!, dignaos suplir mi deficiencia, ofreciendo Vosotros mismos vuestra dulzura y humildad al Eterno Padre, en reparación de mi orgullo e impaciencia. ¡Oh buen Jesús!, una vez más me doy a Vos con el más vivo deseo de ser en lo futuro más dulce y humilde; aniquilad en mí el orgullo y la impaciencia y otorgadme la gracia, en interés de vuestra mayor gloria y satisfacción, de ser fiel en adelante a la práctica de la dulzura y de la humildad de corazón».

Estas mismas normas podéis aplicar a la caridad, a la obediencia y a todas las demás virtudes con gran provecho espiritual.

CAPITULO II

VIRTUDES PRINCIPALES DE LA VIDA CRISTIANA

SECCIÓN PRIMERA

1 - Dignidad, importancia y necesidad de la
humildad cristiana

Si tenéis un verdadero y perfecto propósito de vivir cristiana y santamente, una de vuestras principales preocupaciones ha de ser la de adquirir de inmediato la humildad cristiana, pues no hay virtud más necesaria e importante. Esta es la virtud que Nuestro Señor nos recomienda con mayor insistencia con estas divinas y amables palabras que debernos con amor y respeto meditar interiormente y a menudo repetir: «Aprended de Mí, pues soy dulce y humilde de corazón, y hallaréis así el descanso para vuestras almas» *Díscite a Me quia mitis sum et húmilis et inveniétis réquiem animabus vestris.*

Es esta la virtud que San Pablo considera como la virtud por excelencia de Jesucristo. Es la virtud propia y característica de los cristianos, sin la cual es imposible merecer tan noble título. Es ella el fundamento de la vida y de la santidad cristiana; ella es la guardiana de todas las demás gracias y virtudes. Ella es la que derrama toda suerte de bendiciones sobre nuestras almas, puesto que sólo en las almas humildes el divino y humildísimo Jesús finca su reposo y felicidad, según estas palabras: «A éste es al que Yo miro: al humilde y abatido de espíritu, y a aquél que tiembla a mi palabra» *Ad quem respiciam, nisi ad paupérculum, et contrítum spíritu, et trementem sermónes méos?* Isaías, LXVI,2.

Es ésta la virtud que, unida al amor sagrado, forma

los santos y los grandes santos, pues la verdadera medida de la santidad es la humildad. Dadme un alma que sea verdaderamente humilde, y yo os diré que es santa de verdad; si es inmensamente humilde, será santa sin medida; si es en grado sumo humilde, tendrá que ser también santa en sumo grado, y me atrevería a afirmar que está adornada de todas las demás virtudes y que Dios, inmensamente glorificado en ella, se complace en habitar en ella, como en un paraíso de delicias, y que la glorificará y ensalzará en el Reino de los cielos sobre toda ponderación, según su divina promesa: «El que se humillare, será exaltado: *Qui se humiliaverit, exaltábitur*» Math. XXIII, 12. En cambio, un alma sin humildad, carece de virtud, es un infierno, es la morada de los demonios y un abismo de todos los vicios.

Finalmente, puédese decir, sin exageración, que la humildad es la madre de Jesús, ya que debido a ella, la Santísima Virgen mereció llevarlo en su seno; por esta virtud, igualmente nosotros mereceremos formarlo en nuestras almas y hacerlo vivir y reinar en nuestros corazones. Hé aquí por qué hemos de amar, apetecer y buscar esta santa virtud durante toda nuestra vida. Dada su real importancia, me extenderé un poco más sobre este tema de palpitante interés.

2 - Humildad de espíritu

Hay dos clases de humildad: la de espíritu y la de corazón; unidas una y otra constituyen la perfección de la humildad cristiana.

La humildad de espíritu es un conocimiento profundo de lo que en realidad somos a los ojos de Dios. Porque, para conocernos perfectamente, es preciso mirarnos no según lo que aparentamos ante el juicio engañoso de los hombres, o a la luz de la vanidad y presunción

VIDA Y REINO DE JESÚS

1 2 9 -

de nuestro espíritu, sino según lo que realmente somos ante Dios, y, por lo tanto hemos de considerarnos a la luz de la divina Verdad, por medio de la fe.

Pues bien, si nos considerarnos al resplandor de esta celeste luz y con estos divinos ojos, veremos:

1e) Que en cuanto hombres, no somos sino tierra, polvo, corrupción y nada; que nada tenemos, nada podemos y nada somos, pues ¡a creatura extraída de la nada, nada es, nada tiene y nada puede por sí misma.

2e) Que, hijos de Adán y pecadores, nacimos en el pecado original, enemigos de Dios, esclavos del demonio, objeto de la abominación del cielo y de la tierra, incapaces de todo bien y capaces de todo mal, abandonados a nuestras propias fuerzas; que no nos queda otro camino de salvación sino el de renunciar a Adán y a cuanto de él heredarnos, a nosotros mismos, a nuestro propio parecer, a nuestras débiles fuerzas para entregarnos a Jesucristo y entrar por la senda de su espíritu y virtud. Cuán ciertas son éstas sus divinas palabras: «No podréis libertaros de la servidumbre del pecado, si Yo no os liberto; sin Mí, nada podéis hacer; y después de que hayáis ejecutado cualquier acción, podéis y debéis decir con toda verdad que no sois sino siervos inútiles» *Si ergo vos Filius liberáverit, vere líberi éritis. .. Sine Me, nihil potéstis fácere . . . Quum fecéritis ómnia quæ praecepta sunt vobis, dícite: servi inútiles sumus, quod debújmus fdcere, fécimus.* Joan.VIII,36 y XV,5.Luc.XVII,10. Y estas otras de San Pablo: «No que por nosotros mismos seamos capaces de discurrir algo como de nosotros mismos, sino que nuestra capacidad nos viene de Dios» *Non quod suficientes simus cogitare áliquid a nobis, quasi ex nobis, sed sufficientia nostra ex Deo est.* Ila Cor.III,5. Y «no sabríamos pronunciar el santo nombre de Jesús sin la asistencia de su Espíritu» *Nemo potest dícere Dóminus JESÚS, nisi in Spíritu*

1 3 0 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

Sancto. Todo lo cual se explica debido a que la creatura en realidad nada es y nada puede, como también por causa del pecado al que estamos sometidos por la herencia de Adán, nuestro primer padre. Indudablemente él nos engendró a la vida, pero en su condenación, él nos dio la naturaleza y la existencia, pero bajo el poder y cautiverio del pecado, consecuencia de su propia falta. Así pues, siendo él mismo esclavo, mal podía engendrarnos libres y transmitirnos la gracia y la amistad divina que tan tristemente perdiera. De suerte que, por un justísimo juicio de Dios, nosotros todos soportamos ese yugo de iniquidad que la Escritura llama, reino de la muerte, «*Regnavit mors ab Adam usque ad Moysen... Uníus delicto, mors regnávít*». Por culpa de uno solo reinó la muerte y reinó desde Adán hasta Moisés. Rom.V,15 y 17. No podemos, en consecuencia realizar obra alguna de libertad y de vida verdadera, con la libertad de los hijos de Dios, sino obras de muerte y oprobiosa servidumbre, carentes de la gracia, justicia y santidad de Dios. ¡Oh, cuán grande es nuestra miseria y nuestra indignidad! puesto que ha sido necesario que el Hijo de Dios nos comprara a costa de su sangre el más mínimo designio de servir a Dios y, sin exagerar pudiéramos decir que hasta la licencia de comparecer ante El.

Aún más, si nos examinamos con los resplandores de la luz divina, tendremos que convenir en que como hijos de Adán, y de consiguiente, pecadores, no merecemos el ser ni la vida, ni que la tierra nos soporte, ni que Dios se ocupe de nosotros ni siquiera para juzgar nuestras iniquidades. Este es el

motivo para que, lleno de asombro, el santo Job exclame ante tal misterio: «Et dignum ducis super hujuscémodi aperíre óculos túos; et addúcere éum técum in iudícium!» Y te dignas, Señor, mirar tan despreciable criatura y hacerlo comparecer ante tu tribunal! Job. XIV,3. Gracia inmensa es de su parte el soportar nuestra presencia y el permitir que la tierra no se abra

VIDA Y REINO DE JESÚS

131 -

debajo de nuestros pies, porque, sin un milagro de su bondad tal debería ser nuestra suerte: todo, lógicamente, debería unirse para nuestra ruina y perdición. Propio es, en efecto, del pecado que, al apartarnos de la obediencia de Dios, nos priva de todos nuestros derechos, y, por lo tanto, el ser, la vida, el alma y el cuerpo, con todas sus facultades, ya dejan de pertenecernos; el sol no nos debe ya su luz, ni los astros su benéfica influencia, ni la tierra el sostén, ni el aire la respiración, ni sus frutos las plantas, ni su servicio los animales; todas las criaturas, en cambio deberían confabularse contra nosotros con todos sus fuerzas, ya que nosotros hemos empleado las nuestras contra Dios, para vengar las injurias que hemos cometido contra su Creador, y la terrible venganza que de nosotros tomará al fin de los tiempos la creación entera, a diario y desde ahora, debiera ejecutarse a cada nueva ofensa que hagamos a su Señor. En castigo de un solo pecado nuestro, Dios podría con sobrada justicia despojarnos del ser, de la vida y de cuantas gracias espirituales y corporales nos ha concedido, después de infringirnos toda clase de tormentos. Es lo que merecemos.

Así, pues, en cuanto hombres, en cuanto pecadores, no somos sino demonios en carne humana, Luciferos y Anticristos, porque nada hay en nosotros que no se oponga a Jesucristo; por el pecado, llevamos dentro de nosotros al demonio, a Lucifer, al Anticristo en nuestra voluntad propia y en nuestro propio orgullo Y empecinada maldad. Porque, cuanto de perversidad y de malicia alienta en los demonios, en Lucifer y en el Anticristo, de su voluntad y orgullo personal procede. Abandonados de la mano de Dios, no somos sino un infierno de horrores, maldiciones, pecados y abominaciones; llevamos dentro de nosotros mismos el germen de todos los crímenes de la tierra y del infierno, Puesto que la corrupción, heredada con el pecado original, es raíz y fuente de todo pecado,

132 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

según palabras del Profeta-Rey: «Ecce énim, in iniquitatibus concéptus sum, et in peccátis concépit me máter méa» *Pues, hé aquí, que he sido concebido en la iniquidad, y en pecado me concibió mi madre.* Ps. L,7. Por tanto, si Dios no nos tuviera siempre de su mano poderosa y no realizara un como milagro perpetuo de su amor misericordioso para librarnos de caer en el pecado, nos arrojaríamos constantemente en un abismo insondable de crímenes. En fin, somos de tal suerte odiosos y horribles que si nos pudiéramos ver como nos ve Dios, no seríamos capaces de soportarnos a nosotros mismos, horrorizados de nuestra propia vileza. Leemos de cierta santa que, habiendo pedido a Dios el conocimiento pleno de sí misma, al verse tal cual en realidad era, experimentó tal espanto que gritó: «Señor!, por favor, no más, que desfallezco!» Y el Beato Padre Avila nos refiere que conoció a alguien que se atrevió a pedir la misma gracia a Nuestro Señor, y se vio tan deforme y abominable que exclamó, poseído de espanto: «Ah!, no, Señor, os suplico por vuestra infinita misericordia que apartéis ya de mis ojos tan espantosa visión; ya no me interesa ver mi propia imagen». Y, después de todo esto, estimarnos en algo y pensar que somos algo y que algo merecemos! Y, después de esto, amar la grandeza y buscar anhelosos la vanidad y complacernos en la estima y alabanza de los hombres! . . . ¡Oh! qué raro y extraño es el ver criaturas tan infelices y despreciables como nosotros pretender levantarse y enorgullecerse! ¡Oh!, con cuánta razón el Espíritu Santo nos asegura en el Eclesiástico que «aborrece y abomina al pobre orgulloso» *Tres spécies odivit ánima méa, et ággravor valde ánimae illórum: páuperem supérbum, divitem mendacem, sénem fatuum et insensátum*». Eccli. XXV.3-4. Porque si el orgullo es intolerable en un individuo cualquiera, ¿qué decir de aquel a quien una extrema pobreza debería mantener en suma humildad? Y, sin embargo es un vicio común a todos los

humanos. Por elevada que parezca ser su posición ante los hombres, aún el más noble lleva el estigma de su infamia, la marca vil del pecado, que debiera mantenernos a todos en profundo abatimiento ante Dios y ante todo lo creado, y, no obstante, ¡oh desgracia deplorable!, mientras el pecado nos infama y envilece, no queremos reconocer nuestra miseria, con un orgullo semejante al de Satanás, que siendo el más vil esclavo del pecado, se yergue paria gritar por toda la eternidad: «No obedeceré!... *Non sérviam!*... Esto es lo que particularmente provoca el horror y el odio de la Divina Majestad hacia el orgullo y la insensata vanidad: conociendo nuestra bajeza e indignidad, tiene que ver cómo un ser tan vil y despreciable se engríe y trata de elevarse. Esto es algo inaudito e intolerable, para quien como El, no puede olvidar los abatimientos y extremos de humillación a que sometió su Divina Majestad y su excelsa grandeza para redimir nuestro orgullo culpable. Y, con todo, el hombre pecador quiere subir, quiere anteponerse a todo el mundo, orgulloso y engreído a pesar de su miseria y de su nada.

Por consiguiente, si deseáis agradar a Dios y servirle con perfección, poned todo vuestro empeño en la adquisición de esta ciencia divina del conocimiento de vosotros mismos, grabad profundamente estas verdades en vuestro espíritu meditando en ellas a menudo ante Dios y suplicando a diario a Nuestro Señor que las imprima El en persona en vuestra alma.

Notad, empero, que si como hombres, como hijos del pecador Adán, sois tales cual acabo de informaros, con todo, en vuestra condición de hijos de Dios y miembros de Jesucristo, si os conserváis en su gracia, Poseéis un ser y una vida nobilísima y sublime, sois dueños de un tesoro infinitamente rico y precioso; y, así como la humildad de espíritu debe inclinaros a reconocer lo que sois como hijos de Adán y de vuestras propias fuerzas, no ha de encubrirnos lo que en Jesucristo

y por Jesucristo habéis llegado a ser, tampoco ha de inducirnos a ignorar o desconocer las gracias que Dios ha derramado sobre vosotros por medio de su Hijo, sino, antes bien, ha de moveros, a reconocer humildemente que cuanto de bueno y apreciable hay en vosotros, de El, y sólo de El procede, sin merecimiento alguno de parte vuestra. Tal es la verdadera humildad de espíritu, y tal ha de ser la vuestra.

3 - De la Humildad de corazón

No basta tener la humildad de espíritu, que nos enseña nuestra miseria e indignidad, sin la humildad de corazón, no sería sino una humildad diabólica. Los demonios, que no tienen la humildad de corazón, poseen la de espíritu, pues no ignoran su indignidad y la maldición que sobre ellos pesa. Por esto tenemos que aprender de Jesús, nuestro divino Maestro, a ser humildes, no sólo de espíritu, sino, más aún, de corazón.

Ahora bien, la humildad de corazón estriba en el amor a nuestra propia bajeza y abyección y consiste en sentirnos felices de ser pequeños, abyectos y despreciables y en tratarnos como tales, alegrándonos de que en la misma forma nos consideren y traten los demás, sin pretender jamás excusarnos o justificar nuestra conducta, sin grave necesidad. Humilde de corazón será el que nunca se queja de nadie, pues tiene siempre presente esta gran verdad: llevamos dentro la fuente de todo mal, y, por tanto, somos dignos de toda censura y de los mayores desprecios. Humilde de corazón será el que ama y abraza con toda su alma los desprecios, las humillaciones, los oprobios y cuanto pueda abatirnos. Y esto, por dos razones:

- 1e) Porque toda suerte de desprecios y humillaciones merecemos, ya que todas las criaturas

la pena que de tal cosa se preocuparan, vista nuestra insignificancia.

2e) Porque debemos amar lo que el Hijo de Dios amó tanto y fincar toda nuestra felicidad en la tierra en lo que constituyó el objeto de todos sus amores en el mundo, a saber, en los desprecios y en las humillaciones que llenaron su vida, para, en tal forma, glorificar mejor a su Padre.

Por otra parte, la humildad del corazón consiste no sólo en amar las humillaciones, sino también en odiar con toda el alma la grandeza y la vanidad, según el divino oráculo de Nuestro Señor: «Lo que ante los hombres es grande, odioso es ante Dios» *Quod hominibus altum est, abominatio est ante Deum*. Luc. XVI, 15.

Y repito: debemos odiar toda grandeza, pues no hasta despreciar las grandezas temporales y odiar la vanidad del aprecio y de las humanas alabanzas, sino que hemos de experimentar mayor repulsión por la vanidad que pudiera derivarse de lo espiritual hasta temer y huir cuanto maraville y pueda parecer extraordinario ante los demás en los ejercicios de piedad, como las visiones, los éxtasis, las revelaciones y el don de hacer milagros y cosas portentosas. Y no sólo no debemos desear ni pedir a Dios tales gracias extraordinarias, sino que, si el alma reconociere que Nuestro Señor le brinda alguno de dichos favores preternaturales, debería entonces abismarse en el fondo de su nada, juzgándose indigna en absoluto de semejantes gracias, y pedirle, en vez de tal beneficio demasiado llamativo, otra manifestación de su bondad menos deslumbrante y más conforme con la vida oculta y menospreciada de Jesús en la tierra.

Porque, si en su excesiva bondad Nuestro Señor se complace en colmarnos de gracias ordinarias y extraordinarias, también es cierto que más se deleita al ver que por un sentimiento sincero de nuestra indignidad y por el deseo de asemejarnos más a El en la

práctica de la humildad, huimos de cuanto es grande a los ojos de los hombres. Y quien no tuviere estas ideas y sentimientos estará muy expuesto a engaños e ilusiones del espíritu de vanidad.

Conviene, sin embargo, anotar que hablo de cosas extraordinarias y en modo alguno de las acciones comunes y corrientes en los verdaderos siervos de Dios, como de la comunión frecuente, de la oración de la mañana y de la noche con que rendimos al Señor nuestros homenajes de natural sujeción, del acto de acompañar a la Divina Majestad en su visita a los enfermos, de la mortificación de la carne por el ayuno, la disciplina o cualquier otra penitencia, del rezo del santo rosario, de la oración en el templo, en la casa o en cualquier parte, de la caridad para con los pobres y de la visita de consuelo a los encarcelados, o, en suma de cualquiera otra obra de misericordia... Debéis, en efecto, precaveros de que al querer omitir tales actos so pretexto de falsa humildad, no los descuidéis en realidad, por cobardía y dejadez. Si el respeto humano o el temor al qué dirán de los mundanos se oponen al cumplimiento de vuestros deberes para con Dios, es preciso vencer tales prejuicios, recordando que no debéis avergonzaros sino por el contrario, enorgulleceros de ser cristiano, de vivir y obrar como tal y de servir y glorificar a vuestro Dios ante los hombres y a la faz de todo el universo... Por lo tanto, si el temor de la vanidad y la apariencia engañosa de una fingida humildad, os inducen a apartaros del verdadero servicio de Dios, habréis de rechazar tales ideas, protestando ante Nuestro Señor que no queréis ejecutar nada que no sea para su gloria única y exclusivamente, y considerando que todas estas obras son tan comunes y naturales a los verdaderos servidores de Dios y deberían ser tan corrientes entre todos los cristianos, que en verdad no pueden dar pie a la vanidad y al engreimiento actos que son en la vida del cristiano,

obligada consecuencia de su condición de discípulos de Cristo y seguidores de su doctrina maravillosa.

Bien sé que Nuestro Señor Jesucristo nos enseña a ayunar, a dar limosna y a orar en secreto; pero el gran San Gregorio declara que esto se aplica no al acto, sino a la intención. (Cfr. P. 138... nota ad calcem.). No quiere Nuestro Señor que omitamos tales actos u otros semejantes en público o ante los hombres, ya que en Otro lugar nos dice: «Sic lúceat lux vestra coram homínibus ut vídeant ópera vestra bona, et gloríficent Patrem vestrum qui in coelis est». Math. V.16: Brille así vuestra luz ante los hombres, de suerte que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos». El desea, pues, que nuestra intención sea secreta y oculta, esto es, que en nuestras acciones exteriores y públicas tengamos interiormente la intención de ejecutarlas, no para agradar a los hombres o buscar sus alabanzas, sino para la mayor gloria de Dios a quien sólo deseamos complacer.

Finalmente la verdadera humildad de corazón, que Nuestro Señor Jesucristo quiere aprendamos de El y que es la humildad perfecta del cristiano, consiste en ser humildes como Cristo lo fue en la tierra; odiemos, a su ejemplo, todo espíritu de grandeza y de vanidad, amemos el desprecio y la abyección, prefiramos siempre Y en todo lo que hay de más vil y humillante y vivamos en una disposición constante de ser humillados hasta asemejarnos a Jesús en sus humillaciones de la Encarnación, vida, pasión y muerte que por nuestro amor quiso de todo corazón sufrir.

En la Encarnación, según expresión feliz de San Pablo, «se aniquiló a sí mismo, al tomar la forma de un esclavo»; quiso nacer en un establo, sometándose a las debilidades y bajezas de la infancia: «Exinanivit semetipsum, formam servi accipiens». Philip.II, 7. «Ego autem sum vermis et non homo: opprobrium hóminum et abjectio plebis»: soy un gusano, no un

hombre; soy el oprobio y la hez de la plebe, nos dice al hablar de sí mismo, en su pasión, en la que carga sobre sí con toda la cólera de su Padre, cólera tan grande y tan severa que lo hace sudar sangre en tal abundancia que la tierra del Huerto de las Olivas quedada de ella empapada. Sometióse el poder de las tinieblas: «Haec est hora vestra et potéstas tenebrarum», Luc., XXIIo,53, es decir al poder de los demonios, que por medio de los judíos de su espíritu poseídos y de Pilatos y Herodes, indignos instrumentos de su odio, le hacen sufrir las más crueles afrentas. El, la Sabiduría Eterna, vese tratado por Herodes y su soldadesca como un insensato, luego es flagelado y colgado de una cruz como vil esclavo o como un ladrón de la peor estofa; Dios, que debería ser su amparo y refugio, lo abandona, considerándolo como autor de todos los crímenes del mundo; en fin, según el rudo lenguaje de San Pablo, «factus pro nobis maledictum», hecho por nosotros objeto de maldición, oh extraño y espantoso envilecimiento! Fue convertido todo El en pecado por la Justicia de Dios y mirado por El como tal: «Deus eum pro nohis peccatum fecit». Así, pues, soportó no sólo la vergüenza y desprecio que merecen los pecadores, sino todas las ignominias e infamias debidas al pecado mismo, situación ésta la más vil y abyecta a que Dios pueda reducir al mayor de sus enemigos. ¡Ay! Dios mío, qué humillación para un Dios, para el Hijo único de Dios, para el soberano Señor del universo verse así tratado. ¡Ay, mi Jesús! ¿es posible que de tal suerte améis al hombre que no hayáis vacilado en aniquilaros y abatiros así por su amor? y ¿cómo puedes tú, oh hombre! envanecerte y engreírte, viendo así humillado a tu Dios por tu amor?... ¡ Oh Salvador mío! seayo humillado y despreciado con vos, compartá con vos los sentimientos de vuestra profunda humildad y esté yo siempre dispuesto a soportar toda la confusión y vergüenza debidas al pecador y al pecado mismo por su inmensa maldad!

En esto estriba la verdadera humildad: en estar dispuesto a ser tratado como merecido lo tiene el picador, más aún, en estar dispuesto a soportar toda la ignominia y afrenta debidas al pecado, puesto que Jesús, nuestro jefe, el Santo de los Santos, la santidad suma se dignó sufrirlas de todo corazón, siendo inocente, mientras nosotros, -pecadores, nosotros pecado y maldición, reventamos de orgullo y vanidad. ¡ Ah! si estas verdades estuvieran indeleblemente grabadas en nuestro espíritu comprenderíamos cuánta razón asistía a Santa Gertrudis para exclamar a menudo con ella: «¡ Señor, Jesús!, uno de los mayores portentos que podéis realizar en este mundo, es a no dudarlo, el permitir que la tierra soporte mi presencia».. .

4 - Práctica de la humildad cristiana

Siendo la humildad cristiana tan importante y necesaria, debéis buscar toda clase de medios para adquirirla a toda costa. A este fin, os exhorto nuevamente a leer y releer a menudo, a considerar y pesar atentamente las verdades anteriores sobre la humildad de espíritu y de corazón, y a meditar en las que aún voy a señalaros a continuación, suplicando a Nuestro Señor las grave El mismo en vuestra mente, os las haga saborear, y experimentar en vuestro corazón y en vuestra alma sus maravillosos efectos. No basta, en efecto, que sepáis vaga y superficialmente 'que nada sois, que nada podéis frente al bien o al mal, que *todo bien procede de lo alto, del Padre de las luces*, «Omne datum optimum et omne donum perfectum desursum est, descendens a Patre lúminum» Jac.1o-17., Y que toda obra meritoria nos viene de Dios por su Hijo: necesitáis aún más adquirir el convencimiento Profundo de vuestra esclavitud bajo la ley del pecado, de vuestra incapacidad e indignidad en el servicio de Dios, de vuestra insuficiencia para el bien, de

140-

VIDA Y REINO DE JESÚS

vuestra nada, de vuestra extrema miseria y de la absoluta necesidad que tenéis de Jesucristo y de su gracia.

Hé aquí por qué de continuo debéis de clamar en pos de vuestro libertador, y de recurrir a todas horas a su gracia en busca de su poder y bondad infinita. Permite Dios a veces que trabajemos dura e intensamente para vencer cualquier pasión o para adquirir alguna virtud sin mayor éxito personal; esto nos sucede para que reconozcamos por propia experiencia que nada somos y nada podemos por nosotros mismos, y que esto nos Obligue a buscar fuera de nosotros en Nuestro Señor Jesucristo la fuerza para servir a Dios, Quien no ha dado su Hijo al mundo sino después de cuatro mil años de anhelarlo y desearlo éste, y de experimentar por más de dos mil años Su impotencia, para observar la ley y liberarse del pecado, do, y la necesidad de un espíritu nuevo y de una nueva fuerza para resistir el mal y practicar el bien. De tal suerte nos ha hecho comprender que para otorgarnos su gracia quiere que reconozcamos plenamente nuestra lastimosa miseria.

De acuerdo con esta verdad, debéis diariamente reconocer ante Dios vuestra miseria tal cual Dios la conoce, y renunciar a Adán y a vosotros mismos, ya que no sólo él sino también vosotros habéis pecado y sometido vuestra naturaleza al demonio y al pecado. Renunciad, pues, totalmente a vosotros mismos, a vuestro espíritu y a las fuerzas de que os creáis capaces, puesto que las que Adán os ha dejado en herencia nada son sino incapacidad e impotencia; la confianza que en ellas pudiéramos tener no es sino ilusión y presumida y engañosa opinión de nosotros mismos. Tenernos que convencernos de que jamás estaremos en capacidad y libertad de hacer el bien sin antes renunciar a nosotros mismos y a todo lo nuestro para vivir del espíritu y poder de Jesucristo.

Hecha esta renuncia, *adorad* a Jesús, *entregaos*

a El de un todo y *suplicadle* que ya que por su sangre y muerte ha adquirido los derechos de los pecadores, que tome en vosotros los derechos de Adán y los vuestros igualmente, que se digne vivir en vosotros en lugar de Adán y que os despoje de vuestra naturaleza y se adueñe de cuanto sois para consagrarlo a su uso. Protestadle que queréis despojaros de todo cuanto sois entre sus manos, y que anheláis renegar de vuestro propio espíritu orgulloso y vano y de todas vuestras intenciones, tendencias y deseos para no vivir ya sino de su espíritu, intenciones, tendencias y deseos divinos y adorables.

Rogadle que en su gran misericordia os libre de vosotros mismos como de un infierno, para incorporaros a él y para identificaros en su espíritu de humildad, no por propia satisfacción o personal interés, sino para su mayor gloria y divino beneplácito. Pedidle aún que se valga de su divina omnipotencia para aniquilar vuestro Orgullo y que haga caso omiso de vuestra flaqueza para glorificarse a sí mismo en vosotros por medio de una perfecta humildad. Y, al recordar que en calidad de pecadores no sois más que un Lucifer, un Anticristo y un demonio encarnado, a causa del pecado, del orgullo y del amor propio que siempre alienta en vosotros, prosternaos a menudo, especialmente al principio del día, a los pies de Jesús y de su santísima Madre, diciéndoles: «Oh Jesús!, Oh Madre de Jesús!, mantened bien seguro bajo vuestras plantas a este miserable demonio, aplastad a esta serpiente, exterminad a este Anticristo con el soplo de vuestra boca; amarrad a este Lucifer para que nada pueda hacer durante el día de hoy contra vuestra santa gloria».

Contodo, no pretendo que a diario le habléis a Nuestro Señor en idéntica forma, sino que se lo manifestéis ya de una manera ya de otra, según El mismo (>S lo sugiera de acuerdo con vuestras disposiciones espirituales.

Cuando formuléis vuestros deseos y propósitos de humildad, hacedlo siempre, después de entregaros al Hijo de Dios para su eficaz cumplimiento, diciéndole: «A Vos me entrego, Señor Jesús, para compenetrarme de vuestro espíritu de humildad; quiero en unión vuestra pasar toda mi vida en esta santa virtud. Sobre mi persona invoco el poder de vuestro espíritu de humildad para que destruya mi orgullo y me mantenga humilde unido a Vos. Os ofrezco las ocasiones de humillarme que me brindare la vida, bendecidlas, si os place. Renuncio a mí mismo y a cuanto pueda impedirme practicar con Vos esta virtud».

Mas, luego, no os fiéis de vuestras resoluciones y aún de esta práctica: apoyaos tan sólo en la infinita bondad de Nuestro Señor Jesucristo.

Lo mismo exactamente podéis hacer cuando se, trate de cualquier otra virtud o piadosas intenciones que queráis ofrecer a Dios. Y, de tal suerte, su ofrecimiento no descansará en vosotros mismos sino en Nuestro Señor Jesucristo y en la gracia y misericordia de Dios.

Que deseamos manifestar a Dios nuestros deseos e intenciones de servirlo? Pues bien, ello no será factible sin la convicción profunda de que ni siquiera esto podemos y merecemos hacer, sin su divina intervención, puesto que si El nos tratara con toda justicia y rigor, ni aún nos permitiría pensar en tal cosa, y que sólo por su gran bondad y por los méritos y la sangre de su Hijo nos soporta en su presencia y nos permite esperar de El la gracia de servirle.

Que faltamos a nuestras resoluciones?... No debe ello turbarnos, pues, siendo pecadores, no está Dios obligado a concedernos su gracia. «Yo *bien lo sé*, dice San Pablo, *que el bien no mora en mí:*

desearlo está a mi alcance, mas no el poder cumplirlo. «Scio enim, quod non hábitat in me, hoc est, in carne mea, bonum. Nam velle, ádjacet mihi; perficere áutem non invenio».

VIDA Y REINO DE JESÚS

1 4 3 -

Tan enorme es nuestra flaqueza, que no basta que Dios nos otorgue un buen pensamiento; necesitamos aún recibir de El la voluntad y la resolución de hacerlo realidad; y, logrado esto, si Dios nos niega su cumplimiento y cabal realización, de nadanos sirve tal cosa; más aún, quedamos todavía pendientes de la perseverancia final hasta el fin de nuestra vida, sin la cual todo habrá sido inútil y vano en la obra de nuestra eterna salvación.

Por todo lo cual debemos tender a la virtud con sujeción plena a Dios; -hemos de desear su gracia y pedírsela, maravillándonos de que nos la otorgue, y, en nuestras caídas, adorar sus designios sobre nosotros, sin desanimarnos, antes bien, disponiéndonos a perseverar con mayor ahínco en la práctica de entregarnos siempre a Dios para mejor lograr sus gracias y virtudes. Es preciso vivir permanentemente agradecidos a Nuestro Señor que nos soporta e inspira el buen pensamiento de servirle; más aún, si después de mucho bregar, no nos concediera el Señor sino un solo buen Pensamiento, deberíamos reconocer que no lo merecemos y considerarnos felices de nuestros esfuerzos. Ay!... si los condenados, después de mil años de tormento, pudieran tener un solo buen pensamiento de Dios, lo considerarían como un glorioso honor, y el demonio se enfurece porque sabe que nunca lo logrará, pues mira el bien como una cualidad y una excelencia que su ambicioso orgullo anhela inútilmente alcanzar, Porque tal es la mayor maldición que sobre él lanzó la Justicia de Dios. Nosotros somos pecadores como los condenados; sólo la misericordia divina nos diferencia de ellos y nos obliga a estimar sus dones y a contentarnos con ellos, pues por insignificantes que sean, siempre estarán por encima de nuestros merecimientos. Entrad cuidadosa y profundamente en este espíritu de humilde reconocimiento de vuestra indignidad, y alcanzaréis así bendiciones sin cuento

1 4 4 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

de Dios sobre vuestras almas, siendo El mucho más glorificado de tal suerte en ellas.

Cuando os haya otorgado Dios un beneficio cualquiera en vuestro provecho o en el del prójimo, no lo atribuyáis al mérito de vuestras oraciones sino a la misericordia infinita. Si en las buenas obras que Dios os da la gracia de realizar, sentís alguna vana complacencia y gustosa vanidad, humilláos ante Dios con el pensamiento de que todo bien sólo de El procede y que de vosotros mismos no puede originarse sino maldad y pecado y que tenéis mayores motivos de temor y humillación a la vista de las deficiencias e imperfecciones con que realizáis vuestras buenas obras que de complacencia y orgullo por lo poco que hacéis y eso con ayuda del Todopoderoso.

Os critican y os desprecian?... Aceptad desprecios y críticas como merecidos y en honor de las calumnias y desdenas que se vio sometido el Hijo de Dios. Os honran, alaban y bendicen?... Ofreced esos honores, alabanzas y bendiciones a Nuestro Señor, cuidándoos de apropiároslos y engreiros de ello, temerosos de perder vuestra recompensa y de que en vosotros se cumpla la palabra divina: «Ay de vosotros!... cuando los hombres os bendigan como lo hicieron para con sus falsos profetas!»: *Vae cum benedixerint vobis homines, secundum haec enim faciébant pseudoprophetae patres eorum*». Luc. Vlo,26. Palabras son éstas que nos enseñan a estimar y temer las alabanzas y loas mundanas no sólo como viento, humo y engañosa ilusión, sino como verdadera desgracia y positiva maldición.

Gustosos ejercitáos en desempeñar oficios abyectos y viles para mortificar vuestro orgullo, mas procurad hacerlo con espíritu de humildad y con los sentimientos y disposiciones interiores conformes a tales acciones.

Al comienzo de todos vuestros actos, humilláos ante Dios, recordando que sois indignos de existir y,

VIDA Y REINO DE JESÚS

145 -

por ende, de obrar y que sois absolutamente incapaces de todo acto meritorio sin la ayuda eficiente de su divina gracia.

Grabad, en suma, profundamente en vuestro espíritu estas palabras del Espíritu Santo, practicándolas con esmero: «Humilia te in ómnibus, et coram Deo invénies gratiam, quóniam magna potentia De; solíus, et ab humílibus honorátur: Humilláos en todo y haliaréis la divina gracia, porque grande es el poder de Dios y es honrado por los humildes». Eccli.IIIo,20.

SECCIÓN SEGUNDA

1 - La confianza y santo abandono en Dios N. Señor

La humildad es la madre de la confianza. Viendo que estamos desprovistos de todo bien, de toda virtud y de todo poder y capacidad para servir a Dios y que somos un verdadero infierno de maldad y de espanto nos vemos materialmente obligados a no apoyarnos en nosotros mismos sino fuera de nosotros, a salir de nosotros como de un infierno para buscar a Jesús como nuestro paraíso, en donde hallaremos con abundancia todo aquello de que carecemos; y, por consiguiente, nos apoyamos en El confiadamente como en quien nos ha sido dado por el Padre Eterno para ser nuestra redención, nuestra justicia, nuestra virtud, nuestra santificación, nuestro tesoro, nuestra fortaleza, nuestra vida y nuestro todo. A ello nos exhorta, al invitarnos tan amorosa y poderosamente con estas sus propias palabras: «Venid a Mí, todos los que estáis fatigados y cargados: Yo os aliviaré!: Veníte ad Me omnes, qui laboratis et oneráti estis, et Egoreficiam vos». Mat.XIo,28.; Yo os aliviaré, vale decir, Yo os libraré del peso de vuestras miserias, pues nos asegura que no rechazará a ninguno de cuantos a El acudan: «Eum qui vénit ad Me, non ejiám foras». Joann . VIo,37.

146 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

Y, a fin de obligarnos a buscarle y confiar en El, nos pone de manifiesto diversos textos de la Sagrada Escritura: «Maldito el hombre que en el hombre confía y se apoya en un brazo miserable de carne, y aparta del Señor su corazón... dichoso el varón que confía en el Señor, aquel cuya confianza está puesta en El». Jerem. XVIIo,54. (1) «El Señor me rige y nada me faltará: me ha puesto en lugar abundante en pastos; me ha conducido junto a aguas que recrean y restauran». Psalm..XXIIo,1-2 (2) «Hé aquí que los ojos del Señor están sobre los que le temen y sobre los que esperan en su misericordia». Psalm.XXXIIo,18. (3) «Bueno es el Señor para quienes en El esperan». Jerem. IIIa Lament., 25. (4) «A quien en el Señor espera, rodearále su misericordia» Psalm.XXXI,10. (5) «A tu lado estará el Señor y guardará tus pies a fin de que no seas cogido en el lazo» Prov.11Io,26. (6) «Mi Dios es fuerte, esperaré en El; es mi escudo y el ejército de mi salvación; El es el escudo de todos cuantos en El esperan» Reyes, Libro 2o,XXII,131. (7) «Los que temen al Señor, en El han esperado: El es su ayuda y protección». Psa1m.CX11Io,11. (8) «Los esconderás

(1) Maledictus homo qui confidit in homine, et ponit carnem brachium suum, et a Domino recedit cor ejus... Benedictus vir qui confidit in Domino, et erit Dominus fiducia ejus. Jerem. 17,5 4.

(2) Dominus regit me et nihil mihi deerit: in loco pascuae ibi me collocavit. Salm.22,1-2.

(3) Ecce oculi Domini super metuentes eum: et in eis qui sperant super misericordiam ejus. Sal.32,18.

(4) Bonus est Dominus sperantibus in eum. Lam.3,25.

(5) Sperantem in Domino misericordia circumdabit. Sal.31,10.

(6) Dominus erit in latere tuo, et custodiet pedem tuum ne capiaris. Prov.3,26.

(7) Deus fortis meus sperabo in eum; scutum meum et cornu salutis meae... Scutum est omnium sperantium in se. 2 Re. 22,3 y 31.

(8) Protector est omnium sperantium in se. Sal.17,31. Qui timent Dominum, speraverunt in Domino: adjutor eorum si protector eorum est. Sal.113,11.

VIDA Y REINO DE JESÚS

147 -

en lo más recóndito de tu rostro de la persecución de los hombres; los protegerás en tu tienda de las murmuraciones y lenguas adversas». Psalm.XXXo,21. (1) «Porque en Mí ha esperado, he de librarlo; he de protegerle, puesto que ha reconocido mi nombre; con él estaré en la tribulación; le libraré y le glorificaré». Psalm.XLo,14-15. (2) «Cuán inmensa la multitud de tus dulzuras, oh Señor! las que reservas ocultas a cuantos te temen». Psalm.XXXo,20. (3) «Los que en Tí esperan, eternamente se alegrarán, Y habitarás en medio de ellos». Psalm.Vo,12. (4) «Cúmplase, Señor, tu misericordia sobre nosotros, ya que hemos esperado en Tí». Psalm.XXXI1o,22. (5). «Quienes en El confían, comprenderán la verdad». Sab.IIIo,9. (6) «Y no pecarán quienes en El esperan». Psalm.XXXII1,23. (7) «Y todo aquel que tiene esta esperanza puesta en El, se santifica a sí propio, así como El es santo». Joann. Epist. 11a, 111o,3. (8) «Nadie ha esperado en el Señor y se ha visto confundido». Eccli. 11o,2. (9) «Y todo cuanto pidiéreis esperanzados en la oración, lo re

(1) Abscondese eos in abscondito faciei tuae a conturbatione hominum; proteges eos in tabernaculo tuo a contradictione linguarum. Sal.30,21.

(2) Quoniam in me speravit liberabo eum; protegam eum quoniam cognovit nomen meum.... Cum ipso sum in tribulatione; eripiam eum et glorificabo eum. Sa1,40,14-15,

(3) Quam magna multitudo dulcedinis tuae, Domine quam abscondisti timentibus te! Perfecisti eis qui sperant in te, in conspectu filiorum hominum. Salm.30,20.

(4) Sperant in te, in aeternum exultabunt et habitabis in eis. Sal.5,12.

(5) Fiat misericordia tua, Domine, super nos, quemadmodum speravimus in te. Sal.32,22.

(6) Qui confidunt in illo intelligent veritatem. Sab.8,9.

(7) Et non derelinquent omnes qui sperant in eo. Sal.33,23.

(8) Et Omnis qui habet hanc spem in eo, sanctificat se sicut et ille sanctus est. 1 Juan 3,3.

(9) Nullus speravit in Domino et confusus est. Eccli. 2,2.

148 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

cibiréis». Math. XX1o,22. (1) «Si puedes creer, todo es posible a quien así cree». Marc.IXo,22. (2)

Me hubiera hecho interminable de haber querido aducir aquí todos los pasajes de los Libros Santos en los que Dios nos recomienda la virtud de la confianza. Nunca parece satisfecho de todos los testimonios que en mil lugares de la Sagrada Escritura nos brinda para ponderarnos la excelencia de esta virtud y la estima que tiene por quienes la poseen y cuánto ama y favorece a los que en El confían y se abandonan totalmente en brazos de su paternal providencia.

En el libro tercero de las «Sugerencias de piedad divina» de Santa Gertrudis leemos lo siguiente: «Jesús Nuestro Señor dijo un día a esta gran santa que la confianza filial en El del alma cristiana es el ojo de la mística Esposa de que habla el Amado en el Cantar de los cantares: «Vulnerasti cor méum, soror mea, sponsa; vulnerasti cor méum in uno oculórum tuorum. Has herido mi corazón, hermana mía, esposamía; lo has herido con uno de vuestros ojos», porque, me traspasa el corazón, dice, aquel que tiene plena confianza en Mí de que Yo puedo, de que Yo sé y de que Yo quiero asistirlo en todo con absoluta fidelidad; y tal confianza de tal suerte violenta mi corazón piadoso que me imposibilita a alejarme de su lado, a abandonarlo» (3).

Y en el *Libro de la Gracia Especial*, de Santa Matilde encontramos estas palabras de Nuestro Señor: «Es para Mí un placer inmenso el que los hombres confíen en mi bondad y se apoyen en Mí.

Por consiguiente, a quien de Mí se fía humildemente, favoreceré

(1) Et omnia quaecumque petieritis in oratione credentes accipietis. Mat. 21,22.

(2) Si potes credere omnia possible sunt credenti, Marc.9,22.

(3) Unus oculorum electae qui transvulnerat cor meum secreta confidentia est, quam habere debet de me, quod vere possim, sciam et velim sibi in omnibus fideliter adesse: quae confidentia tantam, vim facit pietati mae, quod nullatenus possum ipsi abesse. Legatus divinae pietatis 1.III, c.VII.

VIDA Y REINO DE JESÚS

149-

en la vida presente y en la futura le trataré mejor de lo que es digno. Mientras más confíe en Mí y se beneficie de mi bondad, mayores favores obtendrá, pues es imposible que no alcance el hombre cuanto cree y espera santamente lograr, según mis promesas. Así pues, utilísimo es al hombre que de Mí grandes gracias espera alcanzar, creer y confiar en Mí». (1)

Y como la misma Santa preguntara a Nuestro Señor qué era lo que debía pensar y esperar de su divina bondad, Este le contestó: «Cree firmemente que después de tu muerte te acogeré como un padre a su hijo predilecto y que jamás padre alguno dejó su herencia con tanto gusto y fidelidad a su hijo único como Yo lo haré contigo al hacerte partícipe de todos mis bienes. Dichoso el que así piense y espere de mi bondad con segura confianza y filial amor». (2)

2 - Práctica de la Confianza y del Santo Abandono en Dios Nuestro Señor

Para mejor afirmarnos en esta santa confianza, nuestro dulcísimo y amable Salvador escoge en relación

(1) Multum placet mihi ut homines de me confidenter magna praesumant; nam quisquis mihi crediderit quod post hanc vitam supra meritum suum illi beneficiam et proinde me laudans gratias egerit in hac vita, in tantum mihi acceptum erit, quod eum in quantumcumque credere aut praesumere potest, tantum et in infinitum amplius; supra omne meritum suum remunerabo: quia impossibile est hominem non percipere ea quae credidit et speravit. Ideoque utile est homini ut a me magnum sperando, bene mihi credat. Liber spec. grat, p. 111. c. V.

(2) «O dulcissime... die quaeso quid credere debeam tuae ineffabili bonitati». Respondit «Certa spe credere debes quod te post mortem suscipiam, sicut pater filium suum amantissimum, et quod nunquam aliquis pater tam fideliter cum unico filio haereditatem suam divisit, sicut ego omnia bona mea et me ipsum communicabo». Liber spec. grat.loc.cit.

150-

VIDA Y REINO DE JESÚS

con nosotros los más dulces y amorosos nombres. Y así, se llama, y de veras lo es, nuestro amigo, nuestro ahogado, nuestro médico, nuestro pastor, nuestro hermano, nuestro padre, nuestra alma, nuestro espíritu y el esposo de nuestras almas; a nosotros, en cambio nos dice sus ovejas, sus hermanos, sus hijos, su porción, su herencia, su alma, su corazón y a nuestras almas las considera como esposas de su corazón.

En diversos pasajes de las Sagradas Escrituras nos asegura que constantemente cuida de nosotros desveladamente (1) ; que nos lleva y llevará siempre en su regazo, sobre su corazón y en sus entrañas; y no se conforma con decírnoslo una o dos veces, sino que lo afirma y repite hasta cinco veces en el mismo pasaje (2). Y en otro texto de Isaías nos asegura que «si una madre llegara a olvidarse del hijo que un día llevó en su seno, El sin embargo, jamás nos olvidaría y que ha escrito nuestro nombre en sus manos para no olvidarnos nunca; (3) que si alguno nos tocara lo heriría a El en la niña de sus ojos; (4) que no tenemos por qué preocuparnos de lo necesario para la vida y el vestido, pues El en persona lo hace por nosotros

- (1) Cui (Deo) cura est de omnibus. Sab,12,13. Ipsi (Deo) cura est de vobis. I Pet. 5,7.
- (2) Audite me, domus Jacob, qui portamini a meo utero, qui gestamini a mea vulva. Usque ad senectam ego ipse, et usque ad canos ego portabo: ego feci, et ego feram; ego portabo et salvabo. Is.46,34. De tal manera gustaba a Juan Eudes este capítulo de Isaías que lo ha insertado en su oficio al Sagrado Corazón de Jesús. Constituye la segunda lección para el día de la octava.
- (3) Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui? Et si illa oblita fuerit ego tamen non obliviscar tui. Ecce in manibus meis descripsi te: muri tui; coram oculis meis semper. Isa.49,15-17. San Juan Eudes ha tomado este pasaje de Isaías para la tercera antífona de las segundas Vísperas de su oficio al Sagrado Corazón de Jesús.
- (4) Qui enim tetigerit vos, tangit pupillam oculi mei Zac.2,8.

VIDA Y REINO DE JESÚS

151 -

ya que de sobra conoce nuestras necesidades (1) ; que ha contado todos los cabellos de nuestra cabeza y que ninguno de ellos caerá sin su licencia (2) ; que su Padre nos ama igual que a El, y que su propio amor a nosotros es idéntico al que profesa a su Padre (3) ; Que El desea estemos en donde El esté, es decir que anhela vernos reposar en el mismo regazo de su Padre (4) ; que quiere vernos sentados con El en el mismo trono (5) ; y que, en una palabra, no seamos con El sino una misma y sola persona unida a la del Padre (6) ; si le hubiéramos ofendido, nos promete que de volver a El arrepentidos, llenos de confianza y humildad y resueltos a nunca más pecar, habrá de recibirnos con los brazos abiertos, y, olvidando todos nuestros pecados, nos revestirá con el ropaje de su gracia y de su amor perdido por nuestra culpa (7).

(1) Nolite solliciti esse, dicentes: quid manducabimus, aut quid bibemus, aut quo operiemur? Haec enim omnia gentes inquirunt. Scit enim Pater vester quia his omnibus indigetis. Quaerite primum regnum Dei et justitiam ejus et haec omnia adjicientur vobis. Mat. 6,31-33.

(2) Vestri capilli capitis omnes numerati sunt. Mat.10,30. Et capillus de capite vestri non peribit. Luc.21,18.

(3) Pater juste... dilectio qua dilexisti me in ipsis sit. Juan 17,26. Sicut dilexit me Pater et ego dilexi vos. Juan 15,9.

(4) Pater, quos dedisti mihi volo ut ubi sum ego et illi sint mecum. Juan 17,24.

(5) Qui vicerit dabo ei sedere mecum in trono meo. Apoc. 3, 21.

Cf. Oficio del Sagrado Corazón de Jesús, primeras vísperas, antífona quinta.

(6) Ut omnes unum sint sicut tu Pater, in me et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint... Juan 17,21-28. Cf. Oficio del Sagrado Corazón de Jesús segundas vísperas, antífona cuarta.

(7) Si autem impius egerit poenitentiam ab omnibus peccatis suis quae operatus est, et custodierit omnia praecepta mea, et fecerit iudicium et justitiam, vita vivet et non morietur. Omnium iniquitatum ejus quas operatus est non recordabor. Ezech.XVII,21. Cito proferte stolam primam, et induite illum. Luc. 15,22.

152 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

Después de saber todo esto, quién no tendrá confianza y quién no se abandonará totalmente al cuidado y dirección de un amigo, de un hermano, de un padre, de un esposo cuya sabiduría infinita conoce lo que mejor nos conviene, prevé cuanto pueda acontecernos y elige los medios más conducentes a nuestra felicidad soberana; cuya extrema bondad anhela para nosotros el bien sumo y cuya infinita omnipotencia aparta de nosotros el mal que pudiera sobrevenirnos y nos hace el bien que desea para los que en El esperan y le aman?...

Pero, para que no vayáis a pensar que sus palabras y promesas son vanas, considerad un poco cuanto ha hecho y sufrido por vosotros en su Encarnación, vida, pasión y muerte, y cuanto hace aún hoy día en vuestro favor en el Santísimo Sacramento del Altar. Ved cómo ha bajado del cielo a la tierra

por vuestro amor; cómo se humilló y aniquiló hasta querer ser niño, nacer en un establo, someterse a todas las necesidades y miserias de una vida humana, pasible y mortal; cómo ha gastado en vosotros todo su tiempo, todos sus pensamientos, palabras y acciones; cómo entregó su cuerpo santísimo a Pilatos, a los verdugos y a la cruz; cómo sacrificó su vida y derramó su sangre hasta la última gota; cómo os da, y con cuánta frecuencia, por la sagrada Eucaristía, su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad, todos sus tesoros todo cuanto El es y todo cuanto de más precioso y caro posee. Oh bondad!... oh amor! ... oh bondadoso y amabilísimo Jesús! que en Vos confíen cuantos conocen tu santo nombre!: «Et spèrent in Te qui noverunt nomen tuum!» Psalm. IXo,1 11.; nombre santo que no es sino bondad y amor, puesto que eso sois Vos: bondad, amor y misericordia.

No me maravilla, con todo, que haya tan pocos que confíen en Vos ya que son tan pocos los que tratan de conocer y de meditar en los efectos maravillosos de vuestra bondad infinita.

VIDA Y REINO DE JESÚS

1 5 3 -

Oh mi Salvador adorado! preciso es reconocer que somos bien desgraciados al desconfiar de vuestra bondad, después de habernos dado tantos tantos testimonios de vuestro amor hacia nosotros!... Porque si tanto habéis hecho y tanto habéis sufrido y si tanto nos habéis dado, qué haríais todavía al presente y qué más nos daríais si acudiéramos a Vos llenos de humildad y confianza?

Procuremos, pues, penetrarnos de un gran deseo de adquirir esta divina virtud; desechemos todo temor y tratemos valerosamente de formar altos designios de servir y amar perfecta y santísimamente a nuestro adorabilísimo y amabilísimo Jesús y de acometer las mayores obras por su gloria, según el Poder y gracia que para ello El nos dé. Porque, aunque nada podamos por nosotros mismos todo lo podemos con El y no nos faltará su auxilio si confiamos en su bondad infinita

Pongamos en sus manos y abandonemos enteramente al paternal cuidado de su Divina Providencia cuanto nos concierna corporal y espiritualmente, nuestra salud, nuestra reputación, nuestros bienes, nuestros negocios, los seres queridos, nuestras faltas pasadas, el progreso espiritual de nuestras almas en las vías de la virtud y del amor, nuestra vida, nuestra muerte, nuestra misma salvación y nuestra eternidad, todo, absolutamente todo lo nuestro, seguros y confiados de que su bondad de todo ello habrá de cuidarse disponiéndolo todo para nuestro mayor bien y provecho personal.

Guardémonos de apoyarnos en el poder o influencias de nuestros amigos, o en nuestra fortuna, o en nuestro espíritu e inteligencia, o en nuestras fuerzas y buenos deseos y propósitos, o en nuestras oraciones, o siquiera en nuestra confianza en Dios, o en los humanos recursos, o en cosa alguna creada y perecedera, sino sólo en la Misericordia Divina. No pretendo con todo negar la necesidad de emplear todo esto y aportar

1 5 4 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

de nuestra parte la indispensable colaboración personal para vencer el vicio, adquirir y practicar la virtud y desarrollar y llevar a cabo las obras que Dios ha puesto bajo nuestro cargo y cuidado y el cumplimiento de los deberes inherentes a nuestro estado y condición social. Mas de nuevo afirmo y sostengo que estamos obligados a renunciar a todo apoyo y confianza en todo esto y a abandonarnos a la ayuda eficiente de la Bondad de Nuestro Señor. De suerte que hemos de preocuparnos y trabajar de nuestra parte como si nada esperáramos de Dios; y sin embargo, desdeñando nuestro esfuerzo y personal capacidad como vana e insignificante que es para no esperar el éxito sino de la misericordiosa Omnipotencia del Altísimo.

A ello nos exhorta el Espíritu Santo cuando hablando por boca del Rey Profeta, nos dice:

«Revela Dómino viam tuam, et spera in eo et ipse faciet,» «Manifiesta al Señor tus designios y confía en El, que El los realizará» Psalm, XXXVIo,5. Y en otro lugar «Jacta super Dóminum curam tuam, et ipse te enútriet» «Abandona al Señor tus cuidados y preocupaciones que El te alimentará» Psalm. LIVo,23. Y por boca del Príncipe de los Apóstoles nos advierte exactamente lo mismo acerca de nuestros desvelos y proyectos que debemos endosar enteramente en manos de Dios. «Omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum, quóniam Ipsi cura est de vóbis» Epís. la Petr. Vo, 7. Es ésta la misma recomendación que hizo Nuestro Señor a Santa Catalina de Sena, cuando le dijo: «Hija mía, olvídate de ti y piensa en Mí que de mi parte no hare otra cosa que pensar en tí». (Raimundo de Capua, «VIDA DE SANTA CATALINA DE SENA», 1e Parte, cap. VIo) .

Aplicáos esto mismo a vosotros: poned todo empeño en evitar cuanto pueda desagradar a Dios, y en servirle y amarle con perfección y El hará redundar

VIDA Y REINO DE JESÚS

155-

en vuestro bien todos los actos de vuestra existencia, aún vuestras faltas y pecados.

Acostumbraos a hacer frecuentemente actos de confianza en Dios N. Señor, en especial cuando sentimientos o ideas de temor y desconfianza combatan vuestra alma, sea a causa de vuestras caídas anteriores o por cualquier otro motivo de índole personal.

Levantad de inmediato vuestro corazón a Jesús y decidle con el Real Profeta: «Ad Te, Dómine levávi ánimam méam: Deus méus, in Te confido: non erubéscam» «A Ti, Señor, he alzado mi alma: Dios mío, confío en Ti y no me veré avergonzado» Psalm. XXIVo,2. «Neque irrídeant me inimici méi, étenim universi qui sústinent te, non confundéntur» «Que mis enemigos no se burlen alegremente de mí; ya que cuantos en Ti confían, jamás serán confundidos». Psalm. XXIVo, 3. «In Te, Dómine, sperávi: non confundar in aeternum» «En TI, Señor he esperado y jamás seré confundido» Psalm. XXXo,2. «Deus méus sperábo in Eum» «Dios es mi Dios, hé aquí por qué he puesto en El toda mi esperanza». Psalm. XCo,2. «Dóminus mihi adjútor, non timébo quid fáciat mihi homo» «El Señor es mi auxilio, y nada temeré de parte de los hombres». Psalm. CXVIIo, 6. «Dóminus adjútor: et ego despíciam inimícos meos: El Señor es mi protector: y así, despreciaré a mis enemigos» Psalm. CXVIIo, 7. «Bónum est confídere in Dómino quam confídere in hómine» «Más vale fiarse del Señor que de los hombres». Psalm. CXVIIo, 8. «Et si ambulávero in médio umbrae mortis, non timébo mála, quóniam Tu mécum es» «Y si caminara yo por entre las sombras de la muerte, no temeré el mal, porque Tú estás a mi lado». Psalm. XXIIo, 4.

Otras veces diréis a Nuestro Señor con el Profeta Isaías: «Ecce Déus salvátor méus, fiduciáliter agam, et non timébo» «Hé aquí mi Dios que es mi

156-

VIDA Y REINO DE JESÚS

salvador: trabajaré confiadamente y sin temor». Is. XIo,2.; o con el Santo Job: «Etiam si occíderit me, in ipso sperábo». «Aun cuando me quitara la vida, en El confiaría». Job. XIIIo,15.; o bien, exclamaréis como aquel infeliz del Evangelio: «Credo, Domine, ádjua incredulitatem meam!». «Creo, Señor! ayuda y sostén mi poca fe!». Marc. IXo,23.; o mejor, aún, le diréis con los Apóstoles: «Dómine, adáuge nobis fidem». «Acrescia nuestra fe, Señor». Luc. M1o,5.

«Oh! dulce amor mío!... Oh! carísima esperanza mía!... en vuestras manos entrego y sacrificio mi ser, mi vida, mi alma y todo lo que me pertenece para que de todo ello dispongáis en el tiempo y en la eternidad según vuestro beneplácito y para vuestra gloria».

La confianza es, después de todo, un don de Dios, corolario de la humildad y del amor; por lo

cual pedídsela a El y El os la dará; tratad, pues, de hacer todas vuestras acciones con espíritu de humildad y únicamente por el amor de Dios, y gozaréis pronto de la dulzura y paz que engendra la virtud de la confianza

SECCIÓN TERCERA

1 - La Sumisión y Obediencia cristiana

La constante sumisión a la santa voluntad divina es la más universal de las virtudes, y cuyo uso ha de ser para nosotros ordinario ya que a toda hora y en todo momento se nos brindan ocasiones de renunciar a nuestra propia voluntad para someternos a la divina. Pues bien, la voluntad de Dios es siempre manifiesta y ostensible, pues ha querido Dios que las cosas absolutamente necesarias e indispensables nos sean de fácil conocimiento. Por ejemplo, el sol, el aire, el

VIDA Y REINO DE JESÚS

157 -

agua y los otros elementos son de todo punto necesarios a la vida humana, y por lo mismo, son cosas comunes y al alcance de todo el mundo.

De igual modo, no habiéndonos Nuestro Señor colocado en esta tierra sino para cumplir su voluntad, y, dependiendo de ello nuestra salvación, es del todo indispensable que conozcamos con facilidad la voluntad divina en cuanto nos toque hacer. Y así, nos la ha hecho muy fácil de conocer, manifestándonosla de cinco diferentes maneras seguras y de suma evidencia: 1e) por sus mandamientos, 2e) por sus consejos, 3e) por las reglas, leyes y obligaciones de nuestro estado, 4e) por las personas que tienen autoridad sobre nosotros y a cuyo gobierno hemos sido confiados, y 5e) por los acontecimientos, ya que cuanto sucede a nuestro alrededor es la señal infalible de cuanto Dios quiere y ordena o por voluntad absoluta o por simple permisión suya. Por consiguiente, si abriéramos los ojos de la fe, siquiera medianamente, nos sería fácil en extremo en todo momento y lugar conocer la santísima voluntad de Dios, llevándonos tal conocimiento a amarla y someternos a ella con indecible docilidad.

Pero para penetrarnos mejor de esta sumisión, preciso es grabar profundamente en nuestro espíritu estas cuatro verdades que nos enseña la fe:

1e) No hay sino un solo Dios creador de cuanto existe, y este Dios infinito ordena y gobierna todas las cosas sin excepción por su voluntad absoluta o por la de beneplácito; y nada ocurre en el mundo sin su mandato o licencia y nada sucede sin que antes su querer positivo y su complaciente permiso no lo haya decretado y definido, según el texto de la Sabiduría:

«Páter, providentia gubernat»: «Tu providencia Padre, todo lo ordena». Sap.XIVo,3.

2e) Dios nada quiere y nada permite que no vaya encaminado a su mayor gloria, y en efecto, de todas sus creaturas proviene su glorificación permanente

158 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

te y segura. Porque si Dios es el creador y conservador del mundo, si todo lo ha hecho para sí mismo, si es inmensamente celoso de su gloria y, si por otra parte es infinitamente sabio y poderoso para dirigirlo todo a este fin, con toda seguridad nada quiere y nada permite en el orbe universo que no tienda a su mayor gloria y al mayor bien de cuantos le aman y se someten a su divino querer, según lo afirma el Apóstol al decir que «todas las cosas contribuyen a favorecer a los que aman al Señor»: «Diligéntibus Deum omnia cooperántur in bonum». Rom.VIIIo,28. De suerte que si queremos amar a Dios y plegarnos a sus mandatos en toda circunstancia, contribuiremos a nuestro personal interés y

bienestar; esto, naturalmente, sólo depende de nuestra voluntad.

3e) La Voluntad divina, sea absoluta o sea de simple beneplácito, es infinitamente santa, justa, adorable y digna de nuestro amor y en todo merece nuestra adoración, amor y glorificación incondicional.

4e) Desde el primer instante de su vida y de su arribo al mundo, Nuestro Señor Jesucristo hizo profesión solemne de renunciar a su voluntad para siempre, según el testimonio auténtico de San Pablo en su carta a los Hebreos: «Ideo ingrediens mundum dicit: Hostiam et oblationem, nolui; corpus autem aptasti mihi. Tunc dixi: ecce vénio; in cápite libri scríptum est de Me: ut fáciam, Déus, voluntatem tuam»: «Al entrar Jesús al mundo dijo: Héme aquí que ya vengo: al principio del libro de Mí está escrito que he de hacer, oh Dios mío, tu voluntad». Hebr. Xo,5-7. Y luégo, en persona exclamó: «He bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino la de Aquel que me ha enviado»: «Descendi de coelo, non ut fáciam voluntatem méam, sed voluntatem ejus qui misit me». Joan., VIo,38. Y en realidad, Cristo jamás obró de otra manera, ya que nunca hizo su voluntad, por más que fuera santa, deifica y adorable, constantemente renunció a ella y la aniquiló para seguir la de su Padre,

VIDA Y REINO DE JESÚS

159 -

protestándole de continuo como en el Huerto de los Olivos la víspera de su muerte: «Padre mío! . . . no se cumpla mi voluntad sino la tuya!»: «Páter, non mea voluntas, sed tua, fiat». Luc.XX11o,42.

Si meditamos detenidamente en estas verdades, experimentaremos una facilidad enorme para someternos en todo a la adorabilísima Voluntad de Dios. Pues, si consideramos que Dios ordena y dispone cuanto sucede en la tierra; que todo lo dispone para su gloria y para nuestro mayor bien y que su Providencia es en grado sumo justa y adorable, jamás atribuiremos los diversos acontecimientos a la fortuna o a la casualidad, ni a la perversidad del diablo o de los hombres, sino exclusivamente al divino querer, digno de nuestro afecto y rendida adoración. Y así sabremos, por fin, que su Voluntad es santísima y amable en grado infinito, que no ordena ni permite nada que no tienda a nuestro mayor bien ni a su mayor gloria, gloria que hemos de amar sobre todas las cosas puesto que no hemos sido creados sino para amarla y procurarla con todas nuestras fuerzas.

Y si meditamos atentamente en que nuestro Jefe Jesús menospreció y anuló una voluntad tan santa y divina como la suya para seguir la rigurosísima y en extremo severa de su Padre por cuyo querer sufrió tan extraordinario martirio y murió de un modo tan cruel y humillante por sus propios verdugos, experimentaríamos la menor dificultad en renunciar a una voluntad tan depravada y corrompida por el pecado como la nuestra, para hacer vivir y reinar en su lugar la santa, dulce y amable sobre manera Voluntad de Dios, Nuestro Señor?

En esto estriba la sumisión y cristiana obediencia que en suma no vienen a ser sino la continuación de las mismas perfectísimas virtudes de Jesús en acatamiento a los divinos queres y designios de su Padre que le fueron por El mismo claramente significados, o por medio de su Madre Santísima, o de San

160 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

José, o por el Ángel que lo llevó a Egipto, más aún, por los judíos, por Herodes y Pilatos, sometiéndose así a todas las creaturas por la gloria de su Padre y amor a los hombres.

2 - Práctica de la sumisión y obediencia cristiana

A fin de poner en práctica las verdades precedentes, adorad en Jesús esta divina y adorable

sumisión por El tan perfectamente ejercitada. Aniquilad a menudo a sus pies vuestro querer, deseos e inclinaciones, protestándole que no queréis tener sino su Voluntad, deseos e inclinaciones y suplicándole haga reinar en vuestras almas tales disposiciones.

Vivid dispuestos siempre a morir, sufriendo toda clase de tormentos antes que contrariar el menor de los mandatos divinos y en una permanente disposición de seguir estas normas y consejos, conforme a las luces y gracias que El os Otorgue al respecte y de acuerdo con las directivas de vuestro confesor y maestro de vida interior.

Considerad y honrad a vuestros superiores como a representantes de Dios cerca de vosotros y obedecedles en todo siempre que no sean sus órdenes manifiestamente contrarias a la Ley del Señor.

El Príncipe de los Apóstoles va mucho más lejos al exhortarnos a someternos a toda creatura por amor a Dios: «Subjecti estóte omni humanae creaturae, própter Deum». Epíst. D. Petr. 119,13, y San Pablo quiere que nos consideremos superiores los unos a los otros: «Superiores sibi ínvicem arbitantes» Philipp. 110,3. De acuerdo con estas divinas enseñanzas, hemos de mirar y honrar a toda clase de personas como superiores a nosotros y estar dispuestos a renunciar a nuestro propio juicio y propia voluntad para someternos al juicio y voluntad de los demás. En efecto, como cristianos que debemos vivir de los sentimientos

VIDA Y REINO DE JESÚS

161 -

y disposiciones de Jesucristo, a la par de El tenemos que hacer profesión de renunciar a nuestra propia voluntad, de obedecer a todas las disposiciones de Dios, y, en caso de duda, es decir, cuando deseozcamos con certeza qué es lo que Dios quiere o exige de nosotros, en determinadas situaciones de la vida, tenemos que plegarnos a la voluntad ajena, considerando a todos los hombres como superiores a nosotros y doblegándonos a su voluntad en lo posible, siempre que no sea ésta positivamente contraria a Dios y a las obligaciones de nuestro estado, prefiriendo naturalmente la sumisión y obediencia de aquellos que sobre nuestras personas tienen mayor derecho o autoridad.

Mirad y observad las leyes, reglas y obligaciones de vuestro estado, oficio o condición como señales inequívocas de lo que Dios exige de vosotros, y en honor de la obediencia exactísima y del sometimiento perfecto de Jesús no sólo a las órdenes de su Padre hasta en el detalle de la hora y momento en que debía cumplir su santa Voluntad, sino aún a las leyes y prescripciones humanas, sometéos a las reglas y obligaciones de vuestro estado, a las horas y momentos en que debáis cumplir los deberes y funciones de vuestro oficio y aún a las leyes humanas y civiles; todo ello por amor a Aquél que quiso antes que nadie daros ejemplo de esta virtud.

En todos los acontecimientos que os sobrevengan, sea por la voluntad absoluta de Dios o por su divino beneplácito, adorad, bendecid y amad la Divina Voluntad con el Hijo de Dios, diciéndole con El, o al menos con el deseo de decírselo en cuanto sea posible, con el mismo espíritu de Jesús, con el mismo amor, con la misma sumisión y humildad suya, las siguientes palabras: «Páter, non quod ego volo, sed quod Tu; non mea voluntas, sed tua fiat»: «Padre, no se haga lo que yo deseo sino lo que Tú quieres; no se cumpla mi voluntad, sino la Tuya». Marc.XIVo,36 y Luc. XXIIo,42.

162 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

«Ita, Páter, quóniam sic fuit plácitum ante Te: «Sí, Padre mío, así lo quiero pues tal es tu voluntad».

Cuando experimentéis una inclinación o deseo cualquiera, aniquiladlos en seguida a los pies de Jesús; y, si la inclinación o el deseo persisten, no cejéis en vuestra renuncia, y suplicadle al mismo Jesús que los destruya personalmente hasta que os sintáis dispuestos a querer o anhelar lo contrario

si tal es su voluntad.

Si de pronto os acomete la idea o el temor de perder vuestra salud, o vuestra reputación, o vuestra fortuna, o vuestros padres, o vuestros hijos, o vuestros amigos, o cualquier Otra cosa Semejante, doblegad vuestra voluntad a los pies de Jesús, para adorar, amar y bendecir la suya, como si tal desgracia ya os hubiera sucedido o para el momento en que esto os sobrevenga, valiéndoos más o menos de la siguiente oración: «Oh! Jesús, aniquilo a vuestros pies todos mis deseose inclinaciones. Adoro, amo y bendigo de corazón vuestra santísima y adorabilísima Voluntad; y a pesar de toda mi repugnancia y sentimientos en contra, quiero amaros, bendeciros y glorificaros en todo cuanto os ha parecido o parezca bien mandarme, en el tiempo y en la eternidad con relación a mi persona o a las de mis seres queridos. Viva Jesús! ... Viva la santísima Voluntad de mi Jesús!... desaparezcala mía y esfúme para siempre, para dar lugar a la suya en mi corazón por toda la eternidad así en la tierra como en el cielo»!...

3 - Perfección de la sumisión y obediencia cristiana

Jesucristo, Nuestro Señor, cumplió no sólo todas las órdenes de su Padre y le estuvo sujeto en todo por su amor, sino que fincó en ello toda su felicidad y pleno gozo: «Méus cibus est, ut fáciam voluntatem Ejus qui misit me»: «Mi alimento es cumplir la voluntad

VIDA Y REINO DE JESÚS

163-

de Aquél que me ha enviados. Joann.1Vo,34., es decir, nada tengo, nada es para mí más apetecible que el cumplimiento de la voluntad de mi Padre. Efectivamente, Jesús experimentaba un gozo infinito en cuanto hacía, puesto que no buscaba sino la realización del divino beneplácito. Afligíalo alguna pena o contrariedad?... fincaba en ello toda su alegría y felicidad espiritual, convencido de que tal era el querer de su Padre. Por esto, el Espíritu Santo, al hablar del día de su pasión y muerte, lo denomina el «día alegre de su corazón»: «In die laetitiae cordis méi». Cant.111o,2. De igual modo, cualquier suceso que aconteciera o previera debía llegar, encontrábalo serenamente imperturbable y espiritualmente feliz, ya que en todo no veía sino la expresión segura de la Voluntad de Dios sobre todas sus creaturas.

Así pues, como cristianos que en todo momento han de estar revestidos de los mismos sentimientos y disposiciones de su Jefe, hemos de estar constantemente sujetos en todo por amor a Nuestro Señor y poner en ello toda nuestra dicha, alegría y felicidad.

Consiste en ello la perfección suprema de la sumisión cristiana. No es, por ventura, esta nuestra oración cotidiana: «Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra»: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»? Pues bien, en el cielo los bienaventurados de tal modo fincan su dicha en el cumplimiento de la voluntad divina que varios de ellos, viendo a sus padres, hermanos, esposa e hijos en el infierno, se alegran de los efectos terribles de la Justicia Divina en la persona de sus mismos seres queridos, porque, no forman con Dios Nuestro Señor sino un mismo ser y no tienen, ni pueden por lo mismo, tener sino la misma voluntad y el mismo criterio y modo de sentir y de apreciar los acontecimientos y personas que sólo de Dios dependen. Pues bien Dios quiere que su Justicia caiga inexorable sobre' estos desgraciados que bien merecido se lo tienen, y se goza infinitamente en

164-

VIDA Y REINO DE JESÚS

el castigo que su Justicia impone a los culpables como se complace en los premios y recompensas que otorga su Misericordia y Bondad a los justos y fieles servidores de su Ley. Hé aquí por qué el alma santa puede exclamar con el Salmista: «Laetábitur justus cum viderit vindictam; manus súas lavábit

in sanguine peccatoris»: «Se regocijará el justo ante la venganza y lavará sus manos en la sangre del pecador». Psalm. LV11o,2. Es así como debemos nosotros de alegrarnos siempre ante los designios de Dios, por duros y terribles que sean, ya que hemos de tender siempre en la tierra y en el cielo al cumplimiento perfecto de su Divina Voluntad.

A ello nos impelen dos razones poderosas: 1e) No habiendo sido creados sino para glorificar a Dios, y siendo su gloria nuestro fin último, síguese de ahí que hemos de fincar nuestra única felicidad en la gloria divina y, por consiguiente en el beneplácito y voluntad de Dios que todo lo ordena y endereza a este fin necesario e indeclinable.

2e) Nuestro Señor ha manifestado terminantemente su voluntad de que no formemos con El sino una misma persona y un mismo ser en unión con su Padre celestial, de donde resulta que no podemos tener sino sus mismos pensamientos y, su mismo espíritu y su misma voluntad como ocurre a los bienaventurados en el cielo; por lo tanto, nuestra felicidad, nuestra alegría y gozo supremo en la tierra lo han de constituir necesariamente el cumplimiento perfecto del querer de Dios en el tiempo y en la eternidad.

Los santos, la Virgen Santísima, el Hijo de Dios y el Eterno Padre encuentran la plenitud de la dicha en todo porque los bienaventurados y la Madre de Dios en todo ven la Voluntad Divina y en ella se recrean y Dios mismo se goza plenamente en la realización de su voluntad en todas sus creaturas y acontecimientos «Laetábitur Dóminus in opéribus suis»: «En sus obras se regocijará el Señor». Psalm. C111o,31. Dejaría

VIDA Y REINO DE JESÚS

165 -

Dios de ser Dios si no se alegrara de todo cuanto hace. Y esto es tan cierto que lo mismo se alegra de los efectos de su divina justicia sobre los condenados como de los de su infinita misericordia en los bienaventurados: «Et sicut ante laetátus est Dóminus super vos, bene vóbis fáciens. . . , sic laetábitur dispérens vos atque subvértens»: «Y si antes se regocijó el Señor favoreciéndoos..., también luégo se alegrará al perderos y aniquilaros». Deut. XXVIII,63. Y hé aquí por qué también si nosotros hemos de poner toda nuestra dicha y felicidad en la voluntad de Dios acerca de sus obras y creaturas y en general en toda cosa, menos en el pecado de suyo detestable y odioso, tenemos sin embargo la obligación de adorar y bendecir el querer y la permisión de Dios que, en orden a su justicia, tolera la maldad y por justos e inescrutables designios permite que en castigo del pecado, el pecador una y muchas veces más recaiga en sus mismas culpas y criminales acciones.

Esta es la única forma de vivir con la gracia de Dios siempre contentos en el mundo como en un paraíso anticipado. Y en verdad que seríamos muy difíciles de contentar si no nos alegráramos con lo que a Dios deja plenamente feliz y con lo que constituye el paraíso de los ángeles y santos, quienes no se alegran tanto por su gloria y felicidad inenarrable como por el cumplimiento de la Voluntad divina en sus personas al glorificarlos y engrandecerlos sin medida. Por lo tanto, es evidente que no podremos quejarnos de compartir anticipadamente el mismo gozo, la misma dicha y el mismo cielo de la Madre de Dios, de Nuestro Señor Jesucristo y del Padre celestial cumpliendo y amando siempre la divina Voluntad así en la tierra como en el cielo.

166 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

4 - Práctica de la perfecta sumisión y obediencia cristiana

Si pues anheláis disfrutar en la tierra de un paraíso anticipado, rogadle a Jesús que grave en vosotros estas santas disposiciones de sumisión irrestricta a la voluntad divina. Y para cooperar, en

cuanto de vosotros dependa, a lograrlo, tratad no sólo de someteros en todo a lo que Dios quiere y ordena sino poned en ello vuestro mayor empeño y felicidad.

Cuando vayáis a hacer cualquier cosa, procurad hacerlo no sólo por amor a Dios, sino de tal suerte influenciados por esa intención que en ello pongáis toda vuestra dicha, felicidad y gozoya que por ese solo y exclusivo fin lo hacéis y porque tal es su gusto y voluntad. Si algo desagradable os aconteciere, aceptadlo con todo alegremente, pues ese es a no dudarle el querer de Dios; si, por el contrario todo os viene a pedir de boca y según vuestros deseos, regocijaos igualmente, no de que se realicen vuestras aspiraciones y anhelos, sino de que se cumplan los de Nuestro Señor. En todo cuanto ocurra en el mundo no veáis sino la voluntad divina, pensando que Dios en ello busca su mayor gloria y felicidad; detestad, si, los pecados que contra El se cometen en el desarrollo de los sucesos humanos, sin dejar de alegraros de todo cuanto a El procura siempre mayor gozo y glorificación.

No pretendo con esto decir que experimentéis en todo evento que os concierna una alegría y gozo sensible, privilegio único de los bienaventurados, sino que en todo conforméis vuestra voluntad espiritualmente a la de Dios, lo que fácilmente lograréis diciendo: «Dios mío!... yo quiero, si tal es vuestra voluntad, regocijarme siempre en querer, hacer o soportar esto o aquello, porque tal es vuestro querer y adorable benepósito». Así disfrutaréis siempre del espiritual gozo que nos trae el cumplimiento y plena aceptación de la voluntad divina; aún más, esta práctica

VIDA Y REINO DE JESÚS

167 -

mil veces reiterada, disminuirá y hasta llegará a eliminar totalmente la repugnancia natural que pudierais sentir en muchos casos y a haceros encontrar dulzuras y escondidos gozos aún naturales y sensibles, en donde, de otra manera, no hallaríais sino motivos de tristezas y amarguras indecibles.

Para lograr familiarizaros mejor con esta práctica, habituáos en todas las circunstancias de la vida a elevar vuestro corazón a Jesús para decirle fervidamente: «Oh Jesús!.., sois Vos quien ordena o permite todo cuanto acontece y ello, con un placer infinito. Pues bien, oh Dios mío!, me entrego a Vos, haced, si tal es vuestro querer, que yo no tenga otro espíritu, otro sentimiento, otra disposición y otra voluntad que la vuestra; que yo no quiera sino lo que Vos queréis, que lo quiera gozosamente como lo queréis Vos y que finque toda mi alegría y paraíso en todas vuestras obras y mandatos».

En los casos desagradables y adversos, decidle sin vacilar: «Oh Jesús!..., a pesar de toda la repugnancia y contrariedad que experimenta mi amor propio y mi propia voluntad, yo quiero soportar esta pena y aflicción, (o ejecutar esta acción), por amor vuestro y de tal modo quiero sufrirla, (o realizarla), sólo por amor a Vos, que pongo en ella toda mi felicidad, gozo y paraíso, porque Vos así lo queréis».

En los acontecimientos felices de vuestra vida y que os procuren gozo y consuelo espiritual, exclamad, igualmente: «Oh Jesús!... me alegro de todo lo sucedido, (o quiero hacer esto), no porque haya ello ocurrido según mis deseos, (o porque me agrada ejecutar tal acción), sino porque tal ha sido la expresión de vuestro divino querer».

Procediendo así en todo, comenzaréis desde esta vida a gozar las delicias del paraíso, y disfrutaréis de una paz y serenidad espiritual indecibles, puesto que obraréis como Dios y Nuestro Señor Jesucristo obran en la tierra y en el cielo, es decir, con espíritu alegre

y satisfecho de cumplir en todas las órdenes y designios del Padre Celestial realizando en vosotros los votos y anhelos de Nuestro Señor: «Ut hábeant gáudium méum implétum in semetípsis»: «Que gocen mis discípulos, oh Padre mío!, de mi propia felicidad indeficiente». Joann. XVII,13.

En esto radica la perfección suprema de la sumisión cristiana y del mayor amor a Dios, ya que el amor perfecto a Nuestro Señor consiste en hacerlo todo, en sufrirlo todo y en aceptarlo todo únicamente por amor a Dios con alegría y gozo supremos. Y quien así se enfrentara a todos los acontecimientos de la vida y con tales disposiciones soportara todas las penas del vivir, proporcionará mayor gloria y felicidad a Dios y avanzará más seguramente en la senda del amor divino en un solo día que en todos los de su existencia obrando de modo diferente, y atendiendo a sus personales caprichos y deseos.

CUARTA SECCIÓN

1 - La Caridad cristiana

No sin motivo después de habernos enseñado en el Santo Evangelio Nuestro Señor que el primer mandamiento del decálogo es amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, añadió que el segundo, en un todo semejante ante al primero, es el que nos prescribe amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. En efecto, estos dos amores son inseparables; mejor dicho, no son dos amores diferentes, sino uno mismo y único amor informado y enderezado al mismo fin, puesto que hemos de amar a nuestros semejantes con el mismo corazón y afecto con que amamos a Dios, puesto que debemos amarlo, no en sí mismo, ni por lo que el prójimo

VIDA Y REINO DE JESÚS

169 -

represente para nosotros sino en Dios y por Dios, o mejor dicho, es Dios mismo a quien tenemos que amar en nuestro prójimo, imagen y figura de Dios.

Y es así como nos ama Jesús: en su Padre y por su Padre, o mejor, ama en nosotros a su Padre y quiere que nosotros nos amemos mutuamente como El nos ama: «Hoc est praecéptum méum ut diligáti in vicem, sicut diléxi vos»: «Este es mi mandato: que os améis los unos a los otros así como Yo Os he amado». Joan. XV,11. Así, pues, la caridad cristiana consiste en amarnos mutuamente como Cristo nos ha amado. Pues bien, El nos ama tanto, que nos da todo lo que posee, todos sus tesoros y aún se nos da a Sí mismo y se vale de todo su poder y sabiduría para con bondad infinita colmarnos de beneficios. Su caridad para con nosotros es ¡limitada al sufrir nuestras imperfecciones y defectos, disimulándolos con dulzura y paciencia infinitas; caídos en su desgracia, es el primero en buscar de nuevo nuestra amistad y tendernos su mano generosa, sin tener en cuenta lo inmerecido de nuestras ofensas y desacatos ya que nos ama de verdad y no quiere en todo sino nuestro bien y felicidad, como nos lo probó al someterse en su vida mortal a toda suerte de incomodidades, miserias y sufrimientos para libertarnos del yugo de satán y devolvernos la felicidad.

En una palabra, tal es su amor hacia nosotros, que su vida toda, su cuerpo, su alma, su tiempo, su eternidad, su divinidad, su humanidad, todo cuanto es y todo cuanto tiene y puede lo pone a nuestro favor y disposición, realizando así su definición perfecta: «Déus cháritas est»: «Dios es amor», todo caridad, todo amor para con nosotros en pensamientos, palabras y obras.

Hé aquí la norma y modelo de la caridad cristiana; hé aquí lo que nos exige, al ordenarnos amar a nuestros semejantes tal cual El nos ama. Y así es como debemos amarnos mutuamente,

los unos con los otros como El mismo lo hizo con respecto de cada uno de nosotros, con una caridad infinita, según nuestros propios alcances multiplicados y reforzados por su divina gracia.

Para mejor alentarnos en este propósito, ved a vuestro prójimo en Dios y a Dios en él: consideradlo, es decir, como algo que ha salido del corazón y de la bondad de Dios, como una participación divina, como un ser creado para volver al seno de Dios en fusión perfecta con El para glorificarle por toda la eternidad y como una creatura suya que de hecho lo glorificará eternamente sea en los efectos de su infinita misericordia o en los de su justicia implacable con las recompensas celestiales de la virtud o los tremendos castigos del infierno justamente merecidos por el pecado. Miradlo como objeto del amor divino en cualquier estado o condición en que se halle, pues Dios ama y estima cuanto creó, aún a los demonios, como creaturas, obra de su mano, y no aborrece nada de cuanto ha hecho: no existe sino el pecado que El no ha creado y por lo mismo lo odia y detesta con todo su poder, por su maldad intrínseca e inconcebible. Miradlo como a alguien que tiene vuestro mismo origen, que es hijo como vosotros de un mismo Padre, que ha sido creado con el mismo fin, que pertenece a un mismo Señor, que ha sido rescatado por el mismo precio, por el de su sangre preciosa, del yugo abominable del pecado, como a miembro de un mismo Jefe, Jesucristo, y de un mismo cuerpo místico, su Iglesia inmortal, que se alimenta con el mismo manjar, con la carne y la sangre preciosa de Jesús, y en unión del cual, por consiguiente, no debéis tener sino el mismo espíritu, la misma alma y el mismo corazón. Consideradlo como templo del Dios vivo, que en sí encierra la imagen de la Trinidad beatísima y el carácter de Jesucristo, porción del mismo Jesús, hueso de sus huesos, carne de su carne; como alguien por quien tanto trabajó Jesucristo y por quien tanto sufrió sin

escatimar (un solo instante de su vida, ni una sola gota de su sangre que en cuerpo y alma por él se entregó a la muerte ignominiosa de la cruz; miradlo, en suma, como a su propio representante y recomendado ya que nos asegura solemnemente que toma como hecho a Sí mismo el favor o el daño que ocasionemos al más pequeño de los que en El creen: «Amen dico vobis, quám diu fecistis unj ex his frátribus méis mínimis, Mihi fecistis». Math. XV,40.

Oh! si midiéramos y pesáramos bien la importancia de estas verdades, qué caridad, qué respeto, qué honores dispensaríamos a nuestros semejantes!.. . Cómo temeríamos ofender la unión y caridad cristianas por nuestras palabras, pensamientos o acciones! Qué no haríamos, qué no soportaríamos los unos por los otros!... Con cuánta caridad y paciencia no toleraríamos y excusaríamos las ajenas faltas y debilidades! ... Con cuánta dulzura, modestia y miramiento trataríamos a los demás!.. . Qué cuidado pondríamos en agradar a nuestro prójimo para su propia edificación ... según deseo de San Pablo expresado en estas palabras: «Unusquisque véstrum próximo suo pláceat in bonum ad aedificationem». Rom., XV,2. Oh Jesús! Dios de amor y de caridad, grabad estas verdades y disposiciones en lo más hondo de nuestro espíritu y de nuestro corazón.

2 - Prácticas de la caridad cristiana

Si deseáis vivir en espíritu de caridad cristiana, que no es sino la continuación y perfecto desarrollo de la caridad de Jesús, es indispensable que os ejercitéis en las prácticas siguientes.

Adorad a Jesús, todo caridad; bendecidlo por toda la gloria que ha tributado a su Padre con el ejercicio de su caridad perpetua e inagotable. Pedidle perdón por las faltas cometidas contra esta virtud en

vuestra vida pasada, suplicándole ofrezca a su Padre su propia caridad por vosotros y en reparación de vuestras deficiencias en esta materia. Entregaos a El para que destruya en vuestros pensamientos, palabras y acciones cuanto sea contrario a la caridad y hagareinar en vuestros corazones esta santa virtud con toda perfección.

Releed y medita a menudo estas palabras de San Pablo: «La caridad es paciente y benigna; no es envidiosa, insolente o vanidosa; carece de ambiciones y es desinteresada; no se irrita ni piensa mal de los demás. No se alegra de la iniquidad, sino de la verdad. Todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera y todo lo sufre. La caridad no desfallece jamás» :Cháritas pátiens est, benigna est; cháritas non aemulátur, non agit pérperam, non inflátur, non est ambiciosa, non quaerit quae sua sunt, non irritátur, non cógitat málum, non gáudet súper iniquitáte, congáudet áutem veritáti; ómnia suffert, ómnia crédito, ómnia spérat, ómnia sustinet. Cháritas núnquam éxcidit. 1a Cor. XIII, 4-8.

Adorad a Jesús en la actitud de pronunciar estas palabras por boca de su Apóstol, daos a El para practicarlas suplicándole que os otorgue su gracia para hacerlo con toda perfección.

Al prestar un servicio cualquiera a uno de vuestros hermanos, sea por obligación o por pura caridad, elevad vuestro corazón para decir a Nuestro Señor: «Oh, Jesús!, quiero ejecutar esta acción, si es de vuestro agrado, en honor y unión de vuestra caridad para con esta persona y sólo por Vos a quien anhelo ver y servir en esta misma persona».

Quando, impulsados por la necesidad, deis algún descanso a vuestro cuerpo o algo de alimento o de refrigerio al mismo, hacedlo con la misma intención, considerando vuestra salud, vuestra vida y vuestro cuerpo, no como cosa vuestra sino como un miembro de Cristo a quien pertenecéis, según este divino oráculo:

VIDA Y REINO DE JESÚS

173 -

«Corpus áutem. Dómino»: «El cuerpo es para el Señor». 111 Corint.1Vo,13; por consiguiente, debéis cuidar de él, no por interés personal, sino por amor a Dios, en cuanto pueda necesitar de vuestro cuerpo Para su servicio, sin olvidaros, a ejemplo de Santa Gertrudis que en ello pensaba siempre, de estas palabras de Jesús: «Quámdu fecístis unj ex his frátribus méis mínimis, mihi fecístis»: «Cuanto se haga en bien o en mal del más pequeño de los suyos, es a El mismo a quien se le hace». Math.XXVo,40. Al saludar o tributar alguna muestra de respeto a cualquier persona, saludadla y honradla como a templo y semejanza o imagen de Dios, más aún, como a un miembro de Jesucristo.

En los discursos o felicitaciones no permitáis a vuestra lengua explayarse en palabras de vana complacencia y carentes de sinceridad. Las almas santas y cristianas se valen de los mismos cumplidos y palabras, de las mismas maneras de hablar en sus visitas y relaciones sociales que las mundanas, pero con la diferencia de que éstas las utilizan para el engaño, la adulación y la maledicencia y aquellas, en cambio las ponen al servicio de la caridad, mutua comprensión y expresión de la verdad.

No quiero con esto deciros que sea necesario tener siempre el espíritu en tensión y de continuo aplicado a formular estos pensamientos e intenciones cada vez que saludéis a alguien y Os entretengáis en modesta y sencilla charla con él, aunque ello fuera evidentemente lo más perfecto, sino que al menos sería lo mejor mantener de un modo general y habitual este espíritu caritativo en vuestras relaciones con vuestro prójimo, y renovar varias veces al día tan felices y nobles disposiciones.

Cuando sintáis alguna repugnancia o aversión o envidia hacia determinada persona, procurad desde un principio rechazar y aniquilar a los pies de Nuestro Señor tales sentimientos, pidiéndole que El mis

174 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

se encargue de borrarlos de vuestro corazón y de llenaros de su divina caridad, sin dejar de hacer setos interiores de caridad para con dicha persona, más o menos en la forma siguiente:

«Oh, Jesús! quiero amar a esta persona por amor vuestro. Sí, Salvador mío adorado, en honor y unión de la caridad que Vos le demostráis, yo quiero amarla con todo mi corazón, y me entrego a Vos para hacer y sufrir por ella cuanto sea de vuestro agrado». Esforzáos igualmente por hablarle, y demostradle con actos externos de caridad tales sentimientos Y no os canséis de obrar así con ella hasta tanto no hayáis logrado extirpar de vuestra alma tales pensamientos de aversión y antipatía personal.

Si se os ha ofendido, o si habéis ofendido a alguien, no esperéis a que la contraparte dé en la vía de la reconciliación los primeros pasos, sino que recordando las palabras de Nuestro Señor, sed los primeros en solucionar el problema: «Si ergo offers munus tuum ante altáre et ibi recordátus fúeris quia frater tuus hábet áliquid advérsus te; relínque ibi munus tuum ante altáre et vade príus reconciliári fratri tuo» «Si pues ofreces tu sacrificio ante el altar del Señor y ahí recuerdas que tu hermano tiene algún resentimiento contra tí, deja ahí tu ofrenda y vete en busca de tu hermano para reconciliarle con él». Math. Vo,24. Y para obedecer en esto a Nuestro Divino Maestro, como también para honrar su caridad infinita que invariablemente le mueve a buscar de nuevo nuestra amistad cuando por nuestras culpas la hemos perdido, ofendiéndole, id siempre a buscar a quien os haya ofendido o a quien vosotros hayáis contristado con vuestro mal proceder, para reconciliaros con él, dispuestos a hablarle en adelante con dulzura y caritativa sencillez.

Si en vuestra presencia alguien se permite hablaros mal de otro, tratad de cerrarle el paso a su murmuración, con prudente suavidad si es posible,

VIDA Y REINO DE JESÚS

175 -

procurando que vuestras palabras no contribuyan a exacerbarle más su lenguaje, pues en caso contrario, más valdría callar manifestando con vuestro silencio cuánto os desagrada la maledicencia y la chismografía. Rogad al Señor especialmente que imprima en vuestro corazón una caridad y un afecto tierno hacia los pobres, los extranjeros, las viudas y los huérfanos. Miradlos como los recomendados predilectos del mejor de vuestros amigos, Cristo Nuestro Señor, quien os pide a menudo en los libros sagrados con persistente ansiedad los acogáis como lo haríais si de El mismo se tratara: habladles, pues, con dulzura, tratadlos con caridad y prestadles cuantos servicios estén a vuestro alcance.

3 -Caridad y celo por la salvación de las almas

Manifestad de modo muy especial una gran caridad para con las almas de todos vuestros semejantes, pero particularmente por las de vuestros familiares y amigos o subordinados y contribuid a su salvación según vuestras posibilidades. Porque San Pablo nos declara que «quien no se preocupa por los suyos, Y principalmente por los miembros de su familia, ha renegado de la fe y es peor que un infiel»: «Si quis áutem suórum, et máxime domesticórum curam non hábet, fidem negávit et est infidéli detérior». 1 Tim. Vo,8. No olvidéis que las almas han costado treinta y cuatro años de trabajos y de sufrimientos, la sangre y la vida de un Dios y que la obra máxima, la más divina Y grata a Jesús y a la que vosotros podríais consagraros en este mundo es la de trabajar con El en la

salvación de las almas, que le son tan caras y preciosos objetos de su predilección.

Entregaos, por consiguiente a El para trabajar en ello en todas las formas que os sugiera la gracia divina. Consideraos indignos en grado sumo de ser

176 -

VIDA Y REINO DE JESÚS

los obreros del Señor en una empresa tan noble y sublime; con todo, cuando se os brinde la oportunidad de colaborar con vuestro esfuerzo en la salvación de un alma desgraciada, (y estos casos no son nada raros), no la dejéis escapar, sino que, después de pedirle fervorosamente su gracia a Dios Nuestro Señor, consagraos con todo empeño a esta buena obra según vuestra condición y las posibilidades que tengáis a vuestra disposición, con diligencia suma y gran caridad, como si se tratara de un negocio de capital importancia y en que os fuera la vida o la salvación de vuestro patrimonio y fortuna personal. Y todo esto habréis de ejecutarlo únicamente por amor de Dios, para que sea eternamente amado y glorificado en las almas, convencidos de que debéis estimar como un insigne favor y un honor indecible el poder consumir todo vuestro tiempo, toda vuestra salud, toda vuestra vida y todos los tesoros del mundo, si os pertenecieran para ayudar a la salvación de una sola alma ya que por ella Jesucristo ha dado toda su sangre y ha empleado y consumido todo su tiempo y su vida entera sin escatimar esfuerzos y penalidades.

Oh Jesús! celoso amante de las almas, Vos que anheláis salvar las almas de toda la humanidad, grabad, si os place, los sentimientos y el celo de vuestro caritativo corazón en todas las almas de los cristianos para que con Vos colaboren a la salvación del mundo entero.

